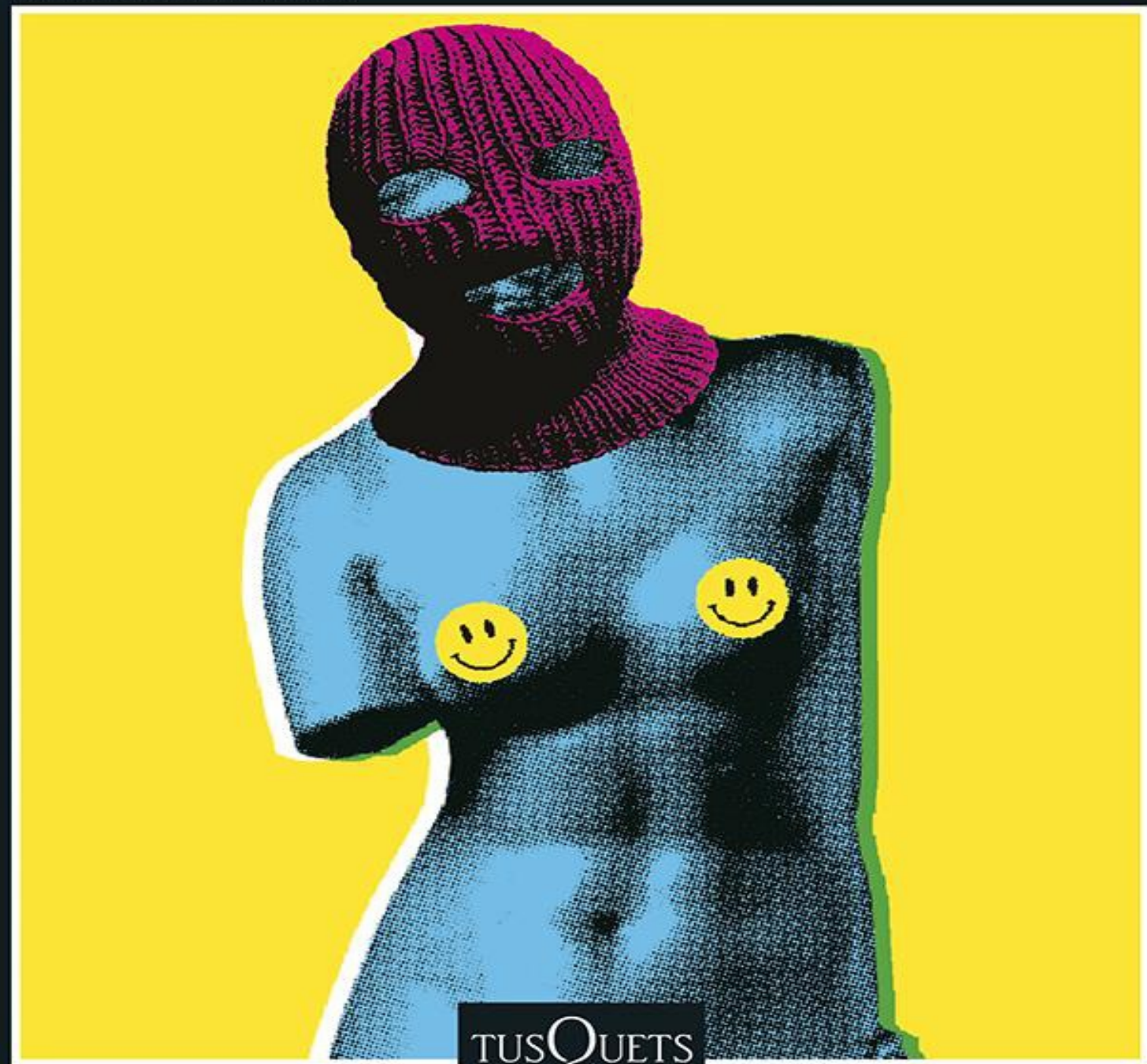


Ginés Sánchez
LAS ALEGRES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Obras de Ginés Sánchez en Tusquets Editores

Dedicatoria

Cita

Desambiguación

Primera parte. La primavera

1. La mujer

2

3

4

Segunda parte. Las calles

5. Hugo

6. La abuelita de Hugo

7. Cynthia

8. Cynthia

9. Luiz y Benjamín

10. Luiz y Benjamín

11. Cynthia

12. Hugo

13. Hugo

14. Luiz y Benjamín

15. Luiz y Benjamín

16. Luiz y Benjamín

17. Cynthia

18. El primo Severiano

19. Cynthia

20. Hugo

21. Hugo

22

23. Luiz y Benjamín

24. La mamá de Yanela

25. Cynthia

26. Cynthia

27. Cynthia

28. Luiz y Benjamín

29. Luiz y Benjamín

30. Hugo

31. Hugo

Tercera parte. Las Alegres

32. Las dos mujeres

33

34

35

36

37. Nadia	
38	
39	
40. El hombre	
41	
42	
43	
44	
45	
46	
47. La mujer	
Cuarta parte. Alessandro	
48. El papá de Alessandro	
49. Alessandro	
50. El papá de Alessandro	
51. Alessandro	
52. Alessandro	
53. Alessandro	
54. El papá de Alessandro	
55. Alessandro	
56. Alessandro	
57. Alessandro	
58. El papá de Alessandro	
59. El papá de Alessandro	
60. Alessandro	
61. El papá de Alessandro	
62. Alessandro	
63	
Agradecimientos y advertencia	
Créditos	

SINOPSIS

En una sociedad donde la violencia contra las mujeres es estructural y las agresiones se suceden a diario, surge un movimiento de protesta cada vez más numeroso que quiere hacer visible la situación. Formado por mujeres de todas las condiciones e inicialmente pacífico, algunas de sus líderes pronto se radicalizan y reclaman pasar a la acción usando la misma violencia que utilizan los hombres. «Las Alegres» es el nombre de una de esas facciones violentas y esta novela cuenta su historia, la del grupo y la de las cuatro mujeres que han decidido dar un escarmiento a los hombres.

GINÉS SÁNCHEZ
LAS ALEGRES

TUSQUETS
EDITORES

Obras de Ginés Sánchez
en Tusquets Editores

ANDANZAS

Lobisón

Los gatos pardos
IX Premio Tusquets Editores de Novela

Entre los vivos

Dos mil noventa y seis

Mujeres en la oscuridad

Las Alegres

A Ángela, a Begoña

«Sin putas no hay pasta. Sin pasta no hay putas.»

[Óído por la calle a un chaval de unos trece años.]

Desambiguación

«Cheetah.»

La palabra «Cheetah» puede referirse a:

1. Cheetah, felino del género *Acinonyx*. Guepardo.
2. Cheetah, ciudad del medio este. Capital del condado de Harrison.
3. La mandíbula de Cheetah (véase yacimientos calcáreos de Manrique).
4. El «Mal de Cheetah» (véase «Trastorno hipervigilante en el hombre»).
6. Los Oxherds de Cheetah, equipo de baloncesto tres veces campeón del torneo nacional.
7. Los Maraners de Ciudadela, equipo de béisbol seis veces campeón del torneo nacional.

Primera parte
La primavera

La mujer

La mujer no es sino un insecto más en la ciudad de veinte millones de almas. Ha surgido, temprano, de una boca de metro en Colón y ha subido por la cuesta que llega al castillo y ha estado dando vueltas por las tiendas de recuerdos. Se la ha visto en la cola de un puesto que vende té y *pretzels* y sentarse en un banco que la copa de un plátano protege de la lluvia. Es una mujer alta y huesuda y no faltará quien piense que su peinado está sacado de alguna revista de las que estuvieron de moda años atrás. No faltará, pero lo cierto es que cuando se limpia con la servilleta muestra unas manos finas y de uñas bien arregladas. Al poco está entrando en una tienda de todo a tres pesos. Por ahí deambula, entre velas de colores y lámparas que semejan gatos. Examina lo que parecen ser flecos para cortinas, y al final elige un cordón de tonos dorados y dos sábanas blancas como para cama de matrimonio. Todo lo echa en una bolsa que lleva al hombro, y en el metro cambia de la seis a la cuatro y reaparece lejos, por Barrio Sur. Ahí se repite la operación. Tienda. Papel de regalo. Sábanas para cama de matrimonio. En otro puesto callejero toma una crepe rellena de brotes de judías y gambas. Y sigue. Aún otras tres tiendas. Siempre algo y las sábanas. Siempre todo a la bolsa, y mientras la mañana transcurre entre insistentes llamadas de campanas y humo azul que escapa del tubo de escape de los coches. A las tres toma un autobús para regresar a casa. Ahí deja todo lo que ha comprado sobre una mesa y mira al teléfono. Este es pesado y de disco. Un grueso cable negro lo une a la pared. La mujer marca y al otro lado suena y ella lo deja sonar. Luego cuelga y vuelve a llamar pasados diez minutos y tampoco contesta nadie. La mujer se prepara su té y se sienta y vigila el reloj y espera. La tercera vez que llama sí le contestan.

—¿Diga?

—No soy pacífica —dice la mujer—, ni tampoco rumiante.

—Ok —le dice la voz de una mujer joven—, recibido. ¿Cuál es tu clave, cariño?

La mujer dice su clave y después cuelga. Se queda un rato detenida en la misma silla. Luego se acomoda en el sofá y pone la televisión y al rato está amodorrada y se duerme y repite el sueño que la obsesiona a cada poco: una mosca de tonos verdosos la va guiando a lo largo de una carretera. Hay, por momentos, árboles que parecen haber sido tumbados por el viento, y en otras ocasiones nada más que vertederos de los que emergen brazos de grúas. La mosca avanza por delante de ella y se posa al fin al borde de un barranco. Hasta él llega la mujer. La mujer llega, y nota que en el fondo del barranco habitan unos ojos y habita una voz. Lo sabe pero la mujer no quiere oírla. Porque intuye lo que la voz va a decir. Cuando se despierta tiene un momento de mirar a su alrededor, porque es como si justo entonces un fantasma hubiera caminado por el pasillo. La mujer se quita la manta que tiene sobre las piernas y comprueba que fuera aún llueve y musita algo sobre el frío de marzo. Luego se hace otro té y se sienta en el sillón a esperar.

[«Carta a Hugo y Emma», tal y como fue leída por la señora Agustina Cienfuegos en la plaza Rosalind Franklin de Cheetah con ocasión de la marcha del domingo 9 de abril]

Yo, niños, ahora soy vieja. Aquí me veis. Pero hace muchos años fui joven, incluso niña. Por supuesto yo también tuve un papá y una mamá y también tuve hermanos. Lamentablemente vosotros no llegasteis a conocer a ninguno de ellos, porque todos se fueron hace ya mucho tiempo. Es curioso lo que nos pasa a los viejos con los muertos. Porque entre la vida y la muerte, a veces lo pienso, lo que hay es una pared. Y a cada lado están los unos o los otros. A este, nosotros armando jaleo. Y al otro lado, ellos. Ellos que hablan en voz baja, que a ratos solo respiran o murmuran. Y ¿sabéis qué pasa? Que esa pared, conforme uno se va haciendo más viejo, se vuelve más fina. Se hace más fina y a ratos a uno le parece que escucha. Que ve. Y eso me pasa. Que ahora me asaltan los muertos con sus palabras.

Y de entre todos los muertos, niños, hay uno que destaca entre los demás. Uno que viene con rostro brillante, con una sonrisa que es como esos peces que, de noche, brillan en el fondo de los estanques.

Esa persona que me habla, niños, es mi hermana. Vosotros no la conocisteis.

Cuando yo era niña, nosotros no éramos ricos, pero tampoco éramos pobres. Entonces no vivíamos en la ciudad sino en un pueblito en la falda de la sierra. Allí crecían las palmeras y las higueras y había regatos de agua y acequias y los niños jugábamos entre las tapias de las casas. Teníamos una parcelita con algunos árboles y algunos animales. Ah, pero con eso, a veces, no era suficiente. Así que, en las temporadas, alquilábamos nuestros brazos y nos hacíamos monderos. Un mondero, niños, es el que se mete en el cañaveral con su machete y corta la caña de azúcar.

Todos los años se iba el pueblo entero para los ingenios. Íbamos por allá por mayo y allí pasábamos el verano.

La primera vez que yo fui tenía tal vez un año. Fui en el pañuelo que llevaba mi mamá al pecho. Ahí me debí impregnar ya de por siempre del olor de la melaza y del cañaveral ardiendo. Caña de azúcar me daba mi mamá si lloraba.

Pero yo tuve una hermana, ya os lo he dicho. Íbamos todos juntos, ella también, en un carro que mi padre tenía. Con los vecinos y los primos formábamos las cuadrillas. Mi primer machete me lo dieron cuando tenía doce años.

Ven conmigo, me dijo mi mamá aquel día, y no te separes de mí.

Ella lo dijo y su voz estuvo llena de angustia y de urgencia. Contenía una premonición.

Por las tardes bajaban los muchachos y prendían grandes fuegos en el cañaveral para aclararlo y matar a las avispas. Negras columnas de humo cruzaban el cielo. Las cañas explotaban. Por la mañana, temprano, nos poníamos nuestros trajes de faena, agarrábamos los

machetes e íbamos. Los monderos cortábamos y grupos de hombres iban recogiendo las cañas y llevándolas hasta el camino, donde esperaban las filas de camiones.

No te apartes de mí, me decía mi mamá.

La primera vez fue que me despisté en el laberinto de cañas. Que me quedé, lo mismo, mirando a algo. Entonces todo fue muy rápido. Recuerdo una manaza, una cara enrojecida, un bufido. Un empujón que quería meterme para lo hondo. De alguna manera conseguí desasirme. Mi mamá, por supuesto, se dio cuenta enseguida de lo que había pasado.

No te apartes de mí, me decía.

Te acostumbrabas a que pasara. Miento. Sabías que iba a pasar. Sabías que cada vez había cien ojos, doscientas manos, acechando. Las mujeres íbamos al baño, entre las matas, en grupo. Y ni así estábamos seguras. Pobre de la que se atreviera a ir sola.

Sabías que iba a pasar y cada vez te sentías más diminuta...

Una vez un hombre me agarró y me metió entre las cañas y me tiró al suelo. Con la manaza tiznada de hollín me tapaba la boca mientras con la otra mano forcejeaba con mi ropa y con la suya. Luché. Luchó mi cuerpo de niña contra su cuerpo de hombre. Conseguí gritar y el tipo salió corriendo. Mi hermana, esa que vosotros no conocisteis, niños, no tuvo tanta suerte.

Mi hermana era un año mayor que yo. Era también una niña, por entonces. Recuerdo, de aquella mañana, la agitación de mi mamá cuando no la vio. Cuando se hizo la cuenta de que no la veía y empezó a rebuscar. Luego supimos que uno de los capataces la había mandado para la fábrica. ¿A hacer qué? Esa información se perdió en el tumulto.

La perdimos de vista y la imagino, ahora, caminando por aquel sendero. Una muchacha sola en medio del cañaveral en el que acechaban las fieras, una muchacha bajo el peso de aquellas decenas de ojos, una víctima enviada al sacrificio, expuesta en el altar.

Qué responsabilidad tan grande, niños. En un cuerpo tan frágil.

Y los tiempos, niños, no han cambiado. O no tanto. Porque en cada muerte yo vuelvo a verla a ella como la vi aquel día. Con la lengua fuera, con los ojos muy abiertos y las uñas ensangrentadas y las manos llenas de porquería. Con el pecho abierto a puñaladas y la cara marcada por los surcos que las lágrimas habían cavado a fuego a través del hollín.

La recuerdo de aquella mañana y, sin embargo, su cara me llega llena de luz y de paz. Mientras las hogueras vomitan aquel humo negro que cruza el cielo.

[De *Verano en Cheetah*, por el doctor Samuel Zacuzzo, Editorial Universidad Popular de Cheetah. (Pies de foto.)]

De la página 79.

Foto 1. Cabecera de la marcha del 14 de marzo tomada desde la plaza Laura Bassi, en La Renca, Cheetah. El Movimiento Artemisia Gentileschi convocó tres Jornadas de Huelga Reproductiva durante aquella primavera. Las huelgas reproductivas fueron un intento de romper con el concepto de huelga clásica y poner el acento en las tareas de cuidados que eran realizadas principalmente por las mujeres en los hogares y que andaban apartadas del denominado «círculo capitalista». A la marcha del 14 de marzo asistieron más de cinco mil personas. En primera fila, al centro y con sombrero, puede verse al padre Juan Pablo Orellana, párroco de la iglesia de la Buena Muerte y llamado «El cura de las mujeres». A su derecha marchan, con un pañuelo al cuello, Natalia Soledad Amato y, con su inconfundible cabello blanco, Fernanda Salazar. (Fotografía cortesía de *El Nacional*.)

De la página 86.

Foto 2. Mujer portando una bengala en lo alto de un autobús en Barrio Sur, el 9 de mayo. Los ataques contra los autobuses se llevaron a cabo principalmente durante las marchas de la primavera. Los manifestantes montaban barricadas móviles para obligar a los autobuses a detenerse. (Cortesía de *El Nacional*.)

De la página 102.

Foto 1. Manifestantes repartiendo *Resignificación*, el periódico del Movimiento Artemisia Gentileschi. *Resignificación* era gratuito y en los momentos de mayor tirada llegaron a repartirse más de doce mil ejemplares por número. Inicialmente dirigido por Raimundo Rondón, pasó a manos de Rafaela Parisi en enero de aquel año y es con el cambio de dirección cuando el periódico avanza hacia posiciones extremas. Particularmente significativos serán los artículos «Reinterpretación Política», de Natalia Soledad Amato, y «La razón y el pueblo», de Sofía Navarro. Después de la detención en agosto de Fernanda Salazar, el periódico agoniza. Primero es devuelto a las manos de Raimundo Rondón para, dos meses después y ya en franca decadencia, ser disuelto por la Corte de Justicia. (Fotografía cortesía de los archivos municipales de Santiago, Cheetah.)

De la página 116.

Foto 3. Muchacha por las calles de Cheetah portando un cartel de CHAMPIÑÓN, PLÁNCHEATE TÚ. El término «Champiñón» se empleó para designar a los hombres que, correctamente alimentados y planchados, montaban cada mañana en el metro. Durante las Jornadas de Huelga

Reproductiva hubo grupos de mujeres repartiendo bandejas de champiñones entre los hombres que viajaban en los autobuses y los metros. (Fotografía cedida por la Colección Fernanda Salazar.)

De la página 128.

Foto 1. Las tres hermanas Navarro, Sofía, Isabella y Cynthia, fotografiadas en la azotea de la casa que Sofía ocupaba en Santiago, Cheetah. La foto está tomada el propio 7 de junio, sobre las quince horas. Tal vez dos horas después el papá de las tres pasó a recoger a Cynthia para llevarla a casa de Severiano Cabrol. (Fotografía cortesía de los archivos privados de la familia Navarro.)

De la página 143.

Foto 4. Danaides, 25. Gorge e Hipotoo. Grafiti que se encontraba entre las calles Barranca y Perú, en el Pequeño Tokio, Cheetah. (Fotografía cortesía del archivo de Carlos Alberto Juárez.)

Foto 5. Danaides, 26. Adiante y Daifron. Grafiti que aún se encuentra en la calle Venecia, en Maternidad. (Fotografía cortesía del archivo de Carlos Alberto Juárez.)

[De la conferencia «Cheetah, una mirada calmada», pronunciada por la doctora Claudia Messerschmitt. (Fragmentos.)]

... bien, así hemos llegado al año en cuestión. Será ese verano que el país entero va a estar en vilo por los acontecimientos que tendrán lugar en Cheetah. Pero recapitulemos, si les parece. Vayamos fecha por fecha.

El 20 de enero, si recuerdan, tiene lugar la reunión del comité ejecutivo del Movimiento Artemisia Gentileschi. A las seis de la tarde Natalia Soledad Amato pronuncia su célebre discurso. Las votaciones tendrán lugar el 21. Entonces es cuando todo se precipita. Por la mañana el Movimiento se declara «Reinterpretacionista». Por la tarde, a las cinco, el doctor Raimundo Rondón es apartado de la dirección de *Resignificación*.

A las ocho se eligen los nuevos órganos directivos y el ala más moderada es derrotada. Katherina Zsarkova es defenestrada, y con ella su grupo, al que se llamaba despectivamente «Las huelguistas». A la cabeza del movimiento quedan las «Blanquiazules», es decir, Fernanda Salazar y su cabello tan blanco, y Sofía Navarro y su cabello teñido de azul. Va a ser el momento en que todo empiece.

Es enero, como decimos, y cambia el tipo de lucha. Ya no van a ser huelgas ni protestas. No, ahora, dentro del Artemisia, empiezan a formarse subgrupos de acción. Se aplica la doctrina de «la mano izquierda no sabe qué está haciendo la derecha».

Es en este periodo que va de enero a junio cuando nos encontramos con ese llamado «escalón intermedio» que hemos visto ya en otros grupos y que podríamos considerar clásico. Asistimos, a mediados de febrero, a la creación del Grupo Pietro Gori.

Si nos situamos en el mapa, podemos ver con precisión la estrategia de lucha organizada, de guerrilla, que plantea el Grupo Pietro Gori. A fin de facilitar la comprensión he dividido los ataques en tres grupos diferentes. De ellos, los verdes, que son aquellos que se llevaron a cabo contra autobuses y vagones de metro, son los más conocidos.

Estos ataques, que se llevaron a cabo siempre durante las jornadas de huelga reproductiva, fueron en total cuarenta y cinco y tuvieron las mismas características de base. Esto es, bloqueo del medio de transporte en cuestión, personas encapuchadas y bengalas. Esta fotografía es del 11 de abril, en la línea 102, en Maternidad. Esas otras son del bloqueo de la línea 5 del metro en Ciudadela. Es durante estos ataques cuando se producen los primeros heridos, lo que manifiesta a las claras el cambio de actitud del movimiento. También son destacables los daños a la propiedad privada. Ello puede apreciarse con claridad en las siguientes fotografías.

Estas acciones, marcadas en verde, tuvieron lugar sobre todo en marzo y abril. Es a principios de mayo cuando comienzan los ataques contra las estatuas de los generales y cuando aparecen en el mapa marcados en rojo. Continuarán hasta el 5 de junio y el *modus operandi* es

siempre el mismo: un grupo de personas encapuchadas llega hasta la estatua y le rocía la entrepierna de pintura roja. Por supuesto siempre se hace de madrugada.

Esta es la estatua del general Benavente, en Castilla.

Esta es la estatua del general Hernando Ormaz.

En total se produjeron dieciocho de estas acciones. Y cesaron por completo precisamente tras el único ataque que el Pietro Gori llevó a cabo en La Renca, su alma mater. Este último se llevó a cabo el 5 de junio. Es decir, un día antes de la desaparición de Camilo Vergara, el cual, como saben, fue el primer muerto reivindicado por Las Alegres.

Queda, finalmente, un último tipo de ataque. Este solo se produjo dos veces y forma, para algunos autores, parte de la leyenda. ¿Por qué digo esto? Porque nunca fueron reivindicados. Ni por el Pietro Gori ni por Las Alegres ni por nadie. Sin embargo, existieron. Me estoy refiriendo a los ataques a los clubes Indalo y Pétalos y que fueron llevados a cabo los días 7 y 21 de mayo.

El Pétalos y el Indalo eran, digámoslo claro, clubes en los que se ejercía la prostitución. Más aún, clubes en los que, como se demostró ampliamente más tarde, las mujeres que estaban ejerciendo la prostitución lo estaban haciendo en régimen de esclavitud. Uno estaba situado aquí, en la zona exterior del Industrial San Juan. Y el otro por acá, entre Obregón Hidalgo y Manrique. Los dos fueron atacados de una forma idéntica. El 7 de mayo, domingo por la noche y casi siendo ya el 8, tres artefactos del tipo cóctel molotov vuelan por encima de la tapia del Indalo y estallan en el patio generando el incendio de varios coches que estaban allí aparcados. No hay heridos porque en ese momento no hay allí más que dos vigilantes, que están junto a la puerta. Lo mismo sucede el 21 de mayo...

Segunda parte

Las calles

5

Hugo

La raya del atardecer ha ido subiendo a lo largo del pasquín. Primero ha devorado los teléfonos de la familia, de la policía, del ayuntamiento. Después ha trepado por el nombre y de ahí ha pasado al rostro en sí. Se ha comido los labios gordezuelos, lo mismo que la nariz recta, lo mismo que los ojos sombríos. El pelo, negro, caído a plomo, se ha fundido rápido con las sombras de la tarde. María Belén, 19, eso dice el pasquín. Desaparecida desde tal día. Vestía una remera roja y una falda y un bolso. Hugo, que no puede tener más de trece años, que es rubio y flaco y alto, dicen, para su edad, ha sacado el teléfono del bolsillo y ahora apunta con él y saca una foto. Por un momento ha seguido clavado en los ojos de la muchacha. Hay un coche armando un estruendo de bocinazos junto a la tienda de todo a tres pesos. Hugo tira Caldas abajo y aún ve dos veces más los ojos de María Belén. Una en un poste de la luz y otra en la persiana cerrada de una pastelería. Es donde se abre la plaza que se ha formado el barullo. Bajo el toldo a rayas, apoyada en el estribo de un coche, está la mujer del pelo tan blanco. Hugo la ha visto algunas veces por la televisión. La mujer arenga con el megáfono y la gente confluye como una marea de pies arrastrados.

Hugo mira hacia allá un momento. Luego se pierde por las calles estrechas y amarillentas. Aún está oyendo el retumbar del megáfono cuando se detiene ante otro pasquín. Dolores, 26. También desaparecida. Hugo vacila, pero al final saca el teléfono y toma otra foto. El rumor se le diluye justo cuando ya tiene a la vista el luminoso del cine. Para entonces ha oscurecido bastante y las letras rojas son como lágrimas olvidadas.

Imperial. Eso pone.

—Me encanta esta escena.

Es Carlos Alberto quien lo ha dicho. Carlos Alberto tiene veintitantos años y los dientes muy salidos y el pelo alborotado en grises. También es el encargado del Imperial y también acaba de sentarse junto a Hugo. La sala, en la sesión de tarde, está casi vacía y Hugo, que tenía los ojos cerrados, mira al otro y mira a la pantalla. Y normal, se dice, que te guste. Porque hay tetas y fuego. Una larga columna de humo que trepa. Se quedan los dos en silencio.

—La gente iba bajando, ¿sí?

—Ahí iban —dice Hugo.

—¿Iba el cura?

—No lo vi. Sí estaba la del pelo tan blanco, ¿cómo se llama?

—Fernanda algo. No me acuerdo bien. Esa es otra de las que acabará mal. El cura acabará muy mal. Pero ella también.

—Bueno.

—Un día —dice Carlos Alberto— se va a armar. Tú hazme caso.

Hugo no dice nada. Como mucho se encoge de hombros. Permanece con la vista fija en la película, que ahora está en modo conversación entre el viejo rey y la Bella. Hugo se sabe los diálogos tan de memoria que podría recitarlos.

—Esta es nueva —dice Hugo.

Ha sacado el teléfono, ha mostrado la fotografía de María Belén, 19. Carlos Alberto la mira fijamente.

—Espera —dice—, que consulto mis notas. ¿Dónde la viste?

Hugo se lo explica mientras Carlos Alberto saca su teléfono y busca entre sus propias fotos. Hugo le muestra también el pasquín donde aparece el rostro de Dolores, 26, y Carlos Alberto le expone a cambio la foto de un grafiti que representa a una mujer en el momento de alzar un cuchillo sobre un hombre que duerme. Es un dibujo sencillo porque no es más que unos monigotes de pintura negra sobre un fondo blanco. La pared está llena de agujeros y la mano de la mujer es inmensa y cruel. Abajo, en la esquina, pone Estigne y Polictor. Y firma P.G. Hugo toma el teléfono del otro y mira largamente, luego lo devuelve.

—¿La sacaste tú?

—No, me la mandó un colega. La encontró allá por Lima. Cerca de Parque Manrique. Y fíjate si es grande. Es como un coche de grande.

—Está bien —dice Hugo—. ¿Estigne es una de ellas?

—Sí —dice Carlos Alberto—, una de las cuarenta y nueve.

Hugo no dice nada. Mira al otro.

—¿Qué es P.G.?

—Ni idea. Patatas gratinadas, lo mismo.

La película, lentamente, se acerca a su final. Cuando acabe, Carlos Alberto tendrá que levantarse y limpiar entre las filas y Hugo aprovechará para dormir un rato.

Carlos Alberto lo mira un momento con preocupación.

—¿Anoche estuviste vigilando? —le dice.

—Sí.

—Y ¿entonces, hoy?

—No. Hoy no. Hoy casa.

En la penumbra azulada el rostro de Hugo tiene un aspecto fino y huesudo, casi de cadáver. Cuando Carlos Alberto se levanta, Hugo puede al fin dormir. Una máquina como un dragón, con eso sueña. Una máquina que lo busca en la noche reseca. Que se le quiere abalanzar. Se incorpora bruscamente cuando el otro regresa con los croissants y los donuts que han sobrado en la cafetería. También trae algún refresco, algo de agua. Lo pone todo en una butaca entre los dos y eso cenan.

La abuelita de Hugo

Agustina Cienfuegos, que así se llama, está esperando en la ventana. Antes ha acostado a la pequeña Emma. Antes ha recogido todos los cacharros de la cena y ha fregado el hule y lo ha guardado en el armario. Antes ha regado las flores y ha puesto los tallarines con los chicharrones y los huevos de codorniz en un cuenco y ha bajado, muy quedito, por las escaleras y se ha parado en la puerta del sótano. Ha dejado allí todo y después ha dado una vuelta por la casa y ha entrado un momento en la habitación donde duerme la niña. Esta son unos rizos apenas rubios sobre una almohada. La abuelita murmura algo en voz baja y se pone el babi con el que duerme y vuelve a cocina y se prepara un té. De pronto está segura de que alguien se movía por la calle. Se ha asomado entonces, pero no. Aún le ha dado tiempo a ordenar un poco de ropa y a recolocar un cojín. Es entonces cuando se sienta junto a la ventana. Ahí sigue. Atenta a todo, mientras se hace aire con una revista. Lo mismo ladra un perro que pasa un coche a lo lejos que la brisa mueve el toldo que una mariposa resbala por la luz de la farola.

Espera. Y se acuerda de la conversación que tuvo con Hugo allá por enero.

—Hugo, hijo —le había dicho ella al nieto, allá en enero—, ¿dónde están tus cosas?

—Las he bajado al sótano, abuelita.

Allí la voz grave del nieto. Y los ojos. Ya distintos. Con aquella reserva tan esperada. Y las lágrimas aguantadas. Mejor.

—Pero, hijo, ¿cómo vas a vivir ahí? Si no hay ni luz ni agua...

—No importa, abuelita. Es que no quiero molestar. Porque voy a andar siempre por ahí. Por las noches. Y no quiero que te preocupes. Que voy a estar bien.

—Pero, hijo, ¿y tu hermana?

—Yo me ocupo lo mismo. De llevarla al parque y al jardín de infancia.

—Pero, hijo, si vas a estar por ahí por la noche...

La señora Agustina Cienfuegos espera. La calle está amontonada sobre sí misma y en cada balcón hay un aparato de aire acondicionado y un número indeterminado de macetas. Las terrazas están conectadas las unas a las otras por los cables del tendido eléctrico y a veces algún distribuidor chisporrotea y explota. A ratos la señora Agustina toma la foto del aparador, esa en la que están sus nietos y su hija, y se la pone sobre el regazo y cierra los ojos y murmura para sus adentros. Por el dolor. Y porque en aquella casa, al final, están condenados a no dormir. Si la cabeza se le vence un instante, si siente aquel latigazo sordo en el cuello, no es raro que al abrir los ojos tenga en la nariz el olor pesado de la melaza. Puede entonces murmurar nombres

perdidos en el pasado. Y eso la enfada. Porque se le ahoga el alma y no puede ella permitírselo. Al final se duerme en la mecedora, pero al poco la despierta un chasquido que llega de abajo. Se mueve entonces con cuidado y se asoma apenas. Le da tiempo a ver una puerta que se cierra.

La bandeja sigue allí. Sin tocar.

—Hugo, hijo —otra vez era aquella conversación tan corta que los dos habían tenido en enero—, no tienes por qué sufrir más. Ya va bueno.

Luego el nieto la había mirado. Pero no había dicho nada.

La vieja se mueve por la casa y se tiende en la cama, cerca de Emma, que duerme. Se tiende y abre mucho la boca. Como si pudiera devorar aquel polvo que parece estar remetido en todas las cosas. O soplarlo.

7
Cynthia

Cynthia espera junto al semáforo. Ha dejado la bolsa con la compra en el suelo y vigila. Cuando la luz cambia recoge la bolsa y camina medio escondida detrás de una mujer que lleva un pañuelo en la cabeza. Va caminando y mirando, por si ve al tipo. Y no, de momento. Solo que no puede estar tranquila. El paso entre el socavón y el árbol es estrecho y Cynthia tiene que dejar paso a un hombre que viene cargado con una cesta. Es cuando el hombre pasa que ella ve al tipo. Estaba ahí mismo, medio metido en un portal.

—Negra —le dice el hombre cuando pasa junto a él, tan cerca que durante un instante está al alcance de sus brazos—, ¿te ayudo? Que mucho pesa eso.

Cynthia se comprime contra la pared y baja la cabeza y se apresura. Cuando alcanza el portal anda aún vigilando atrás. Pero el tipo, que es uno de los que van levantando la acera, está lejos ahora. Así que cierra y vuelve a dejar la bolsa en el suelo y trata de expulsar aquello que se le ha metido dentro. El espejo que hay en el hall le devuelve unos ojos negros y un pelo igual de oscuro que le cae recto y pesado hasta la cintura. Eso y el uniforme del colegio, que aún no se lo pudo quitar. Y la cara de niña de labios gordos y la piel un poco acanelada.

Porque Cynthia no es negra, por más que le digan. No. Ella es, como mucho, quinterona. Porque tiene ahí como un resto que le queda a la familia de su mamá. India. Así la llaman. Así le dicen los muchachos más mayores en el colegio cuando la ven que pasa.

India, que seguro que lo tienes todo igual de negro.

India, que tengo aquí un potro por si le quieres entrar.

Pero ya está en casa. El papá habla por teléfono en el despacho y ella va metiendo cosas en la refri. La tarde es azul pero también cálida pero también fosca. Llena de los petardeos de los martillos neumáticos lo mismo que de las bocinas de los buses. Por la ventana de su cuarto se cuelan las ramas de los plátanos que hacen túnel en la avenida. Cynthia se echa en la cama y enciende el teléfono. Camila está conectada. Cynthia y Camila son las mejores amigas. Les gusta hacer la tarea juntas.

—Vi —dice Camila— a tu hermana Sofía por la tele local. Andaba en la manifestación y subió a leer una cosa.

—Es difícil que no destaque con ese pelo azul —contesta Cynthia.

—Había mucha gente, ¿sabes? Lo menos que mil quinientas personas.

—Está bien.

Pueden hablar de eso o de otras cosas. De pronto Camila se pone misteriosa. Sonríe y se vuelve todo malicia.

—¿Viste lo que subió Fabio Jara? —dice.

—Y no. Recién llegué de la calle.

—Pues entra. Y ahora me dices.

Así que Cynthia entra y rebusca y ve. No sabe lo que debe encontrar aparte de las típicas fotos. Aquella carita como de ángel, aquellos abdominales tan lindos, aquellos pectorales tan como tallados en piedra. Pero la sorpresa. Porque es como si fuera el cumpleaños de ellas. Porque allí está Fabio en modo panza abajo, sobre algo similar a una alfombra y en versión completa, enseñando un culo de cachetes blancos como melocotones tiernos. Camila se ríe mientras a Cynthia le sube el calor. Le sube, pero siente al mismo tiempo que algo se le atora en la garganta. Pero allí anda Camila, ya sin freno. Y que la foto se la habrá hecho Marcia, la cabrona. Y el pozo de los deseos. Quién tuviera acceso a todo lo que tiene que haber en el móvil de él. Y a sus contraseñas. Aunque fuera un rato. Cynthia se ríe, aunque no tanto como la amiga.

Cynthia ha exprimido las limas y ha añadido la pimienta y el cebollino y los brotes de soja. Luego deja hervir y añade la albahaca. El papá está apoyado en el rincón que queda entre el microondas y los cuchillos. Es un papá alto, con medio bigote y muy claro de piel. Se ha puesto ya el pijama y huele a sudor y a restos de colonia y necesita ya el afeitado de por las mañanas. Un rato antes han comentado la manifestación. Sofía en el estrado, con su pelo azul. Y que allí anda también Isabella, la otra hermana, que ahora la trae Sofía. Cynthia se aparta de la olla y mira al papá.

—¿Mamá?

El papá la mira. Se encoge de hombros.

—Hoy duerme allá —dice.

«Allá» es la casa de Stella Valenzuela, la que desapareció. El papá le informa someramente porque tampoco hay novedad alguna. La mamá de Stella que está postrada en la cama y que no puede ni moverse. Y la mamá de Cynthia que es como es y que se siente responsable u obligada. O lo mismo que hay cosas que no tienen remedio. Cynthia va sirviendo los trozos de carne mientras en la televisión dan un programa en el que un grupo de hienas atacan a algún tipo de despojo. Cuando las hienas ríen, Cynthia se estremece. Luego suenan llaves y entra Isabella, que es como Cynthia solo que un par de años mayor.

—Y ¿qué tal?

—Bien.

—¿Cenaste?

—Sí.

Isabella abre el frigorífico y toma algo y desaparece rumbo a su habitación y deja tras de sí un rastro helado. El papá anda pelando una manzana y Cynthia alega que tiene tarea y se levanta y le deja un beso en la mejilla. El papá le acaricia el pelo.

—Buenas noches, princesa.

Cynthia aún lo mira antes de retirarse.

Es que Cynthia entre en su cuarto y que se transforme en otra. Una versión más fría, más fantasmal. Primero, en el baño, se ha aseado y ahora es cuando va a ponerse el pijama para dormir. Allí nadie puede mirarla y el espejo que tiene tras la puerta ya capta la transformación que hacen sus ojos hacia el apagado. Lo último de lo que Cynthia se despoja es de la banda de tela que con tanta fuerza lleva sujeta en torno al tórax. Sus pechos, poca cosa todavía, brotan y parecen flotar. Cynthia los mira en el espejo y los odia, y por su cara cruza un estremecimiento que es resignación y también miedo. Cuando se mete en la cama anda aún pensativa, así que enciende el teléfono y conecta con Camila.

—Mi papá —le dice a la otra— me ha llamado «princesa».

Lo debaten, pero es claro que ya tienen tema para el día siguiente. Están ahí un rato más. Hasta que ya les puede el sueño.

8

Cynthia

Cynthia se despierta cada noche de madrugada. Puede ser a las cuatro y diecisiete lo mismo que a las tres y cincuenta y ocho. En cualquier caso, siempre es el mismo ahogo, el mismo boqueo desesperado. Solo que lo único que le entra por la garganta es un chorro helado que le comprime el pecho mientras nota que algo que había en su sueño se aleja irremediablemente. Y ¿qué era? Nada, tal vez una sensación de caída a través de un espacio infinito. La amargura.

—Todo —puede ser que musite— va a estar mal. Todo.

Le pasa cada mañana. De pronto aquella respiración brusca y la misma sensación. Entonces el esperar en la penumbra turbia del cuarto, las horas pasando mientras enciende cada poco el teléfono para ver la hora. A las cinco y quince llega la furgoneta del reparto de los periódicos. Luego pasa alguna otra y a las cinco y cuarenta se abre la persiana de la panadería, diez minutos más tarde la del bar. Aproximadamente entonces Cynthia se levanta y se va a la ducha. Cuando tiene que vestirse repite a la inversa el ritual de la noche. Primero estira bien la banda de tela y luego envuelve con ella sus pechos y la sujeta atrás, y poco a poco los va comprimiendo, disolviendo, nebulizando. Cynthia se pone la camisa y luego se mira de frente y de perfil. Una muchacha lisa, una niña. Para no ser mirada ni deseada. Lo normal es que el despertador del papá suene cuando ella ha terminado de vestirse. Entonces se oye ya a Isabella por el pasillo y se ponen en marcha los rituales de la mañana. Porque el desayuno es cada día la misma cosa. Isabella manifestando que se niega a estar por el sistema de tener en todo momento los auriculares puestos, y el padre haciéndose el desentendido y deambulando por su teléfono. Y todos cruzándose por el pasillo, pero siendo como fantasmas fríos que pudieran herirse con los codos o con los cafés o con los donuts. A las siete y quince bajan los tres al garaje.

Esto fue muy discutido tiempo atrás. Sin duda Isabella y Cynthia eran más ingenuas entonces.

—¿Por qué tenéis que llevarnos? —se quejaba Isabella en aquel tiempo.

—Porque sí —decía la mamá, la voz cortante.

—De mi clase no acompañan a nadie. Soy la única. Todo el mundo se burla. Parezco una bebé.

—Pues escápate de casa. Pero ya sabes que, conforme salgas, cambio las cerraduras.

—Papá, dile algo.

Pero el padre no estaba. Isabella se revolvía, se convertía en fiera.

—Hay una parada de metro ahí abajo, joder. Justo enfrente. Y son solo dos paradas hasta Desamparados, joder. Podríamos ir andando, incluso. Como va todo el mundo.

—No. Y no se dice joder aquí.

—Papá, habla con ella. Es ridículo. No somos bebés.

—No.

Insistir, Isabella y Cynthia lo aprendieron bien, era peor. Porque entonces la mamá jugaba a romperse. Y empezaba la canción. «Con todo lo que ha pasado con la pobre Stella. Y ¿por qué le pasó eso a Stella? Porque no le hizo caso a su mamá. Por hacerse la valiente. ¿Y qué consiguió? Consiguió que su mamá no pueda levantarse de la cama.» La mamá se arañaba las manos, se vertía en lágrimas. Y Cynthia sabía que podía ser aún peor. Porque la mamá podía introducirse por la noche en su habitación y sentarse junto a su cama y hacer como que lloraba. «Cyn, tú no me harás eso, ¿verdad? No, no me lo harás porque tú eres buena, porque tú me quieres y no quieres que tu mamá sufra.» La mamá haciéndolo saber y la niña en silencio. Porque hay cosas que las niñas no les dicen a las mamás. Y, como no se las dicen, entonces a las siete y quince los tres en el coche. Y a las siete y treinta Cynthia está en el colegio. El papá la besa.

Luego se va.

Luiz y Benjamín

El triplano Fokker Dr. I de Luiz ha dejado atrás Pozières y ha entrado en territorio enemigo. Ahora recibe fuego de cañón desde tierra. Es la 34.º inglesa. O la 8.ª. Luiz ve los destellos sobre la llanura y se ríe cuando una granada se cruza en su trayectoria. Se ríe, pero tira de la palanca para hacer que el avión se eleve. Después mantiene el timón firme hasta que cesa el ahogo del motor y llega la estabilización. Cambia entonces la perspectiva para ver cómo van los demás y ordena virar hacia la derecha. Hay una larga carretera que brilla entre el barro y más allá está el siguiente pueblo. Que puede ser Doullens o Marieux. No llevan ni un minuto con el nuevo rumbo cuando ya ven a lo lejos las manchas amarillas de los Camels. Luiz vuelve a gritar a través del micrófono. Le contestan voces.

—Lucha clásica —grita.

—Ala de caza —le contestan.

Luiz se concentra y arma la LMG 08/15 y nota cómo le vibra la vida a través del brazo. El poder de matar. El humo, el fuego y la sangre. A eso se dedica el siguiente rato. A picar remontar abatir. Sus balas se incrustan en el fuselaje de un Camel y el avión se precipita en una larga estela de humo negro. Pedazos de madera desprendidos van siendo llevados por el viento mientras en otro lugar del mundo un semejante maldice o patatea o incluso llora. Luiz se recrea y esa es su perdición. Porque tiene de pronto a uno detrás. Uno que le ha entrado como desde las siete. Luiz lo ve y sabe que está frito. Trata de salvarse aún. Pero no. Ahora es su fuselaje el que revienta en chorros de luz y casi siente su propia sangre brotar. Entonces cede los mandos al viento y cambia la perspectiva. Porque le gusta eso. Verse caer, verse explotar contra el barro en una bola crepitante. Le gusta tanto como el sonido del viento que queda detrás de cada una de sus muertes.

Luiz muere y se quita los auriculares y se despereza. Luego se pone las zapatillas.

De la cama a la ventana no hay más que un paso, así que al instante está pisando el descascarado de la terraza. De ahí es fácil bajar al patio.

Es un grupo de bloques, un patio mustio. Una tapia que da a las vías ahí donde La Renca ya linda con Cementerio Industrial. Un lugar de noches inmóviles y turbias, de hollín incrustado en los poros de las paredes, de centelleantes ojos de gatos resonando en las arcadas, de viejos palés amontonados al final del callejón.

Allí los vecinos se llaman a lo largo del patio o reclaman a sus hijos desde los balcones. También hay algunos árboles amarillentos y sábanas tendidas y ninguna mujer debería dejar su ropa interior expuesta en una cuerda.

Porque los niños están allí, siempre atentos. Y es su derecho.

Si tú dejaste ahí tu ropa, pues tú sabías lo que había, ¿o qué?

Luiz se ha deslizado por la parte del patio que está en sombras y ha tocado en una ventana de la planta baja. Más allá de la reja hay una habitación y después un pasillo en el que luce una bombilla. Pasado un minuto ya distingue la silueta de Yanela, que se asoma, que mira atrás, que se acerca. Yanela es su novia. Y es suya. Es un poco más baja que él y todos saben que es guapa. Tira a rubia pero tiene las cejas muy negras y muy espesas. Eso le gusta a Luiz. Por eso no le va a dejar nunca que se depile. Yanela ha llegado junto a la reja. Ahora susurra.

—¿Qué haces?

—Nada, salí a dar una vuelta.

La muchacha lo mira y se calla y a Luiz le fastidia aquel silencio. Porque es como si ella estuviera tratando de mirarle detrás de los ojos. Y a él no le gusta. Ya lo han hablado en el pasado. «Tú lo que tienes que hacer es aceptarme y nada más. Y tienes que acostumbrarte a quedarte fuera cuando yo te expulso.» Entonces, para castigarla, Luiz contraataca. Y pone esa otra cara y la mira de arriba abajo. Las piernas largas y morenas que escapan de los pantalones cortos, la sombra de las tetas en la camiseta de tirantes. Yanela se queda muy quieta y Luiz sonríe y se acerca más a la reja. Ha sentido ya el tirón en la entrepierna.

—Oye, ¿tu madre está trabajando?

—Sí.

—¿Que estás, con tu abuela?

—Sí.

—Oye, déjame entrar.

—No.

—Si tu abuela no se entera. Está sorda.

—No.

Él la mira. Estira la mano como para agarrarla. Ella se aparta.

—Ven.

—No, Luiz.

Luiz suspira. Se encoge de hombros. Mira hacia el patio.

—¿Vienes ahora? —le dice a Yanela.

Ella le dice que sí. Él le manda un mensaje a Benjamín. «Baja, capullo.»

Benjamín ha bajado y se han ido a la zona en que las escaleras se convierten en callejón. Escondidos en las sombras de la arcada han puesto la película en el teléfono de Benjamín y ahí están los dos. Con los ojos fijos en la mujer de grandes pechos y en los hombres que la acometen. Se han sacado las pingas y porfían. A ratos comentan.

—Mira qué cara pone ahora, mira.

—Perra, perra.

—Ya te encontró el punto, ya te encontró el punto —se burlan.

Se ríen. Y lo intentan y lo vuelven a intentar. Pero nunca lo consiguen. Aquello los frustra. Benjamín dice que por la tarde cree que ha estado cerca. Porque de pronto ha sentido otra cosa, una como de los huesos. Solo que luego se le ha ido. También dice que aquello venía tan fuerte que casi le ha dado miedo.

—Ah, mira esta. Se parece a la mamá de Oliver.

Aquello les hace reír. Porque bien conocen a la vecina en cuestión. Solo que la vecina, concluyen, no tiene las tetas tan grandes. Aunque sí que se nota que le gustan las pingas lo mismo. Benjamín vuelve a contar de aquella vez que él estaba en casa de Oliver y que la mujer pasó y que él le rozó el culo con la mano. Luiz vuelve a contar de aquella otra en que la mujer estaba atrás, en el lavadero, y no llevaba sostén.

—La muy perra —dice—. Que bien que notaba que me estaba poniendo y bien que se reía.

Los dos se ríen y comentan. Que cualquier día tienen que pasar por allí y ver si la mamá de Oliver se las enseña de verdad. O ver cómo se podría poner una cámara escondida en el baño.

—Eso es fácil. Se tiene que poder hacer.

Luiz y Benjamín

En la noche ardiente han ido llegando más muchachos y se han ido acomodando en torno a los bancos del patio. Está Mateo, está Renato. Con Oliver ha bajado su hermana Martina, y un poco después ha comparecido Yanela. Las dos niñas están un poco aparte. Como hablando entre ellas y con sus teléfonos, pero pendientes de lo que dicen los chicos. También puede ser que Martina esté ensayando algún paso, lo que siempre hace que Luiz y Benjamín se miren y sonrían. Tan pequeña y tan perra, parecen decirse. Como la madre.

—Te estás mojando —tararean—, y veo que no es de sudor.

Y es que Martina, la hermana de Oliver, se la pasa yendo a clases de baile. Así que luego practica en el patio. Ahora levanta la pierna. Ahora da la voltereta. Y sin que parezca importarles enseñarles las bragas a los niños que están en las ventanas y que sienten aquel calor del verano y aquella furia. Ahí están otra vez. El destello blanco. Porque lleva una camiseta y una faldita. Y tiene esa forma de sentarse que tanto enfada a Luiz.

—¿Tú qué? —le dice a la niña.

La niña se ha parado, se ha quedado quieta. Desciende sobre el banco un silencio que es de miedos y de desganas. Pero ya está Luiz adelantándose.

—Qué pasa, te gusta enseñarlas, ¿eh? Pues, venga, enséñalas. Pero no hagas como si no. Si las enseñas, las enseñas. ¿O no ves cómo me has puesto la pinga?

Hay jaleo entonces. Porque Yanela sale a defender a la otra niña, que es un poco más pequeña. Y porque también está Oliver, el hermano. Aquello enfada a Luiz y también a Benjamín. Que lo encaran.

—¿Qué pasa, capullo? —le dicen a Oliver—, ¿quieres bronca? Ven.

Luiz ha dado un paso hacia delante, ha sacado mucho el pecho, ha invadido el espacio del otro. Oliver, aunque es un año mayor, se retrae. Porque sabe cómo son los otros dos. Porque dicen las lenguas, incluso, que Luiz lleva siempre una navaja encima.

—Venga, Martina, vámonos.

—Adiós, capullo —los despide Luiz—. Y tú me la pones gorda.

En la zona más oscura, donde la arcada es más cueva, en el rincón entre la pared de brillos húmedos y la escalera, se han quedado Luiz y Yanela. La niña ha estado hablando, pero de pronto se ha callado porque ha notado que él no le prestaba atención. Así un minuto. Mientras un mercancías ha bajado resoplando y ha callado a los grillos del descampado.

—¿Por qué te callas? —dice él.

—No sé.

Él la mira un momento. Gruñe. Percibe en la escasa luz el brillo de los ojos de la muchacha. Entonces enciende el móvil y la alumbra. Le gusta su expresión. Le gustan sus cejas tan negras, por eso no la va a dejar nunca que se depile.

—Ven —le dice.

—No, que ya estás pesado. Y me haces daño.

Ella se queda quieta, así que va él. Ha dejado el móvil en modo linterna y apuntando al techo. Las sombras se afilan y hay pintadas en las paredes. Él la toma del brazo y como ella se resiste se lo retuerce hasta que ella bufa y se queja. Se le para la pinga cuando ella queda de rodillas. Solo que ella es lista y sabe poner esa mirada ausente que lo desespera. Se enfada. Y la agarra del pelo y tira con fuerza. Hasta que la cara de ella se contrae en aquella mueca. Le gusta eso. La cara de ella cuando agoniza. Sus ojos cerrados cuando suplican. Forcejean. Ella lleva la camiseta y los pantalones cortos y él se ha bajado los suyos. Ven, ven. Él está presuroso, pero ella lo evita, se quita. Él se enfada más. Ella se desase y él la empuja. Es un empujón suave, como si empujara al agua o al viento, pero es lo suficiente como para que la cabeza de Yanela haga clong contra la pared. Ella dice ay y se queda ahí como un animalillo o un trapo. Él se aparta y se va al rincón y vuelve a agarrar su teléfono. Ella lo mira.

—Ven —dice ella cuando ya ha pasado un rato.

Pero él ha agachado la cabeza y ha abierto el juego en el teléfono y está en lo alto del Fokker rojo que sobrevuela la llanura embarrada y cruzada de trincheras. La mira un momento.

—Mejor vete a tu jodida casa. Y no me hinchas las bolas.

11

Cynthia

—La cuestión —está diciendo Sofía, que es la mayor de las tres hermanas Navarro y también la que lleva el pelo teñido de azul— es el punto de partida de cada uno de los bandos. Porque uno de ellos actúa como si fuera un ejército en tiempo de guerra. Una guerra no declarada, si se quiere, pero guerra. Y mientras uno actúa así, ¿qué hace el otro? Pues poca cosa, la verdad. Casi que andar pidiendo perdón. Casi que nada más que andar educando al primero. «Oh, ¿es que no veis que eso que hacéis está mal, es que no veis que nos duele?» ¿Y qué sucede como consecuencia de todo esto? Pues sucede que el segundo bando pierde la iniciativa. Más aún, pierde la capacidad de réplica.

Sofía ha llegado un rato antes a la casa familiar. Esto sucede pocas veces. Porque tiene que ser que el papá no esté, ni la mamá. Y porque Sofía está muy atareada, siempre llegando de una reunión y pendiente de la siguiente. O que no tenga patrulla de madrugada. Las tres hermanas se han abrazado y se han subido a la terraza de la casa. Sofía es la más alta y también la de la piel más clara. También es cierto que el kárate le ha dado, en los últimos tiempos, músculos en los brazos y en las piernas. Las otras dos la miran con arrobó.

—El problema —sigue ahora— son las acciones que cada uno de los bandos sea capaz de asumir. Lo que os decía de la iniciativa. Y ahí sucede que la capacidad de actuar del otro bando es muy superior. Porque el otro bando sabe que no estamos en condiciones de replicarle en sus mismos términos. Entonces, ¿cuál es el planteamiento? Pues sería algo así: «¿Qué habéis hecho, pequeñas zorras?, ¿habéis creado una asociación de ayuda a las familias de las víctimas? Pues muy bien: aquí tenéis, dos muertas. ¿Que habéis ido a un instituto a hablar de violencia de género? Bien. Una muerta más. Oh, ¿y ahora un memorial de gimnasia, una obra de teatro en una escuela? Ok, eso vale cuatro muertas. Ah, ¿y formar a los jueces en violencia machista? Pues dos muertas. Y cinco que os cobramos por cada manifestación. Y otras tres por cada concentración o por cada minuto de silencio. ¿O qué os creéis?».

Sofía enciende un cigarro, se apoya en la barandilla de la azotea. La luna avanza a lo largo de la avenida y ahora golpea en brillos fríos contra la estatua que domina la plaza. Isabella y Cynthia están muy quietas, sentadas en las sillas de plástico.

—La estrategia —dice Isabella— del débil.

Sofía sonríe.

—Pensad en los zelotes —dice—. Pensad en los zelotes cuando tuvieron que rebelarse contra el Imperio romano. Pensad en los sicarii. ¿Acaso se sentaron a negociar la paz? No. Ellos replicaron. ¿Y para qué lo hicieron? Para forzar a la gente a luchar. Para obligarla. Cambiaron las cosas para que la gente no tuviera más remedio que levantarse de sus divanes.

Sofía habla con pasión. Isabella sonríe. Cynthia se estremece, encoge las piernas, se abraza las rodillas.

—El viejo Bakunin —susurra Isabella— y la vieja propaganda por el hecho.
—Y Kropotkin —sonríe Sofía—, y Malatesta. Sante Caserio.
—Morózov y el terror puro.
—Naródnaia Volia y la violencia redentora.
—Y el olor a dinamita por la mañana.

El primer rato lo han pasado haciendo coreografías de autodefensa. Parar. Golpear. Esquivar. Sofía les ha ido explicando cómo defenderse con las llaves de casa cogiéndolas como si fueran una maza o un puñal.

—Apuntar bien —les ha ido diciendo— es esencial. Porque tenéis que pensar que los brazos, los hombros y el tórax están llenos de músculos. Y los músculos duelen, sí. Pero duelen luego, al rato. Porque a lo primero lo que hacen es que amortiguan. Así que mejor no pegar ahí. No.

Sofía se mueve. Sus movimientos son precisos, están llenos de fuerza. Las tres hermanas, a fuerza de repetir, han terminado por estar cubiertas de una película satinada que les hace brillar la piel.

—Mejor —les dice Sofía— apuntad a las manos. Las manos son puro hueso. Y el hueso es dolor. Y el dolor es tiempo.

Luego Cynthia ha bajado a por agua. Luego se ha sentado en los muslos poderosos de Sofía. Sofía tiene dieciocho años y once meses, y hace exactamente once meses que agarró sus cosas y salió por la puerta. Lejos de papá y mamá. Ahora vive en una buhardilla al final de Santiago, con otras dos compañeras, y las hermanas la envidian.

—Suerte tú —le dice, a veces, Isabella—, que escapaste.

—La cuestión —está diciendo Isabella con voz soñadora— es la guerra. Porque, ¿qué es la guerra sino una sucesión de actos simbólicos?, o ¿qué es cada muerte?, ¿no es cada muerte que contamos un acto simbólico?

—Las muertas son mensajes —dice Sofía—. Mensajes que nos mandan.

—Sí, porque las muertas están muertas. Y nosotras estamos vivas. Y ahí está el mensaje, calando: «Estáis vivas porque nosotros queremos. Así que mejor dadnos las gracias».

—Es el problema del esclavo, querida.

—Solo que —se revuelve Isabella—, cuando los hayamos educado a todos, ¿qué pasará?, ¿regresarán las muertas de sus tumbas?

—No. Porque la tortura se ha normalizado. Porque somos, todas, cómplices. Si no hacemos por adoptar las medidas necesarias para dar la réplica.

—Nada más —Isabella mueve la cabeza, pensativa— que pacíficos rumiantes listos para ser esquilados. Eso somos.

Sofía ha tratado de agarrar a Cynthia para hacerle cosquillas, solo que la pequeña no se ha dejado. Ya no. Sofía mira cada poco el reloj y la luna brilla sobre los caparazones de las excavadoras que dejaron atrás los operarios.

—¿Viste —dice Isabella de pronto— el perfil de la enana?

—¿Qué le pasa?

—Que te lo traiga. Tiene más de dos mil seguidores.

Así que Sofía la mira fijamente y Cynthia baja y luego vuelve a subir con el teléfono, y va mostrando. Sofía se detiene en cada foto y tal vez suspira o gruñe de placer. Cuando le devuelve el aparato a Cynthia aparenta estar confusa, o pensativa. Luego abraza a la pequeña hasta que es la hora de irse. Patrulla nocturna. Y a ver. Las tres se juntan y cantan, entre risas y en perfecto latín, el *Ave María*. Luego Sofía toma su bolsa y bajan las tres, Cynthia la ve marchar. Ve cómo la puerta se cierra tras ella.

12

Hugo

—Todo es un accidente, eso es lo que tienes que pensar. Todo y desde el principio. Porque tú eres lo que eres porque fue justo ese espermatozoide el que fecundó a tu mamá. Porque si hubiera sido otro ahora tú serías diferente. Diferente y por lo tanto no tú. ¿Y sabes cuál era el cálculo de probabilidades? Pues de una entre doscientos cincuenta millones. Así que ahí ya puedes empezar a dar las gracias. Porque tenías todas las demás posibilidades de no haber sido. Así que accidente, lo que te digo. Y que luego está todo lo demás. Porque todo es relativo. Porque se te olvida poner el despertador una mañana y entonces en el metro no te cruzas con la tía que te ibas a estar tirando mil años. Porque no tienes clara la ruta y tuerces por una esquina en vez de por la siguiente y no te atropella el camión. Todo es así. Y se va liando la cosa cada vez más. Cada una generando un universo nuevo. Porque eso es cada posibilidad, un universo.

Es Carlos Alberto el que habla. Hace rato que terminó la sesión y en el patio de butacas solo quedan ellos. Un rato antes entró en la cabina y anduvo trasteando con la película. Ahora está la pantalla inmovilizada en un solo fotograma, la imagen favorita de Carlos Alberto. Aquella en que la reina y la Bella están castrando al viejo rey. Más concretamente el momento del estallido de sangre y mientras los hijos del rey y de Bella miran la escena desde un segundo plano. En modo aprended, niños. Las caras de estos, varón y hembra, tienen algo de doloroso, pero también de impaciente, de extático. Un rato antes, han estado trasteando con los teléfonos y revisando las fotos que suelen tomar de los pasquines.

—Esta ya lleva un mes.

—Esta más.

—A esta ya no la buscan. Ya no hay carteles. Se los llevó el viento.

—Esta es la que encontraron la semana pasada en un descampado en el Industrial Bellavista.

—¿Y esta?

A veces no hay respuestas. Carlos Alberto se ha traído una cerveza. Ha puesto las piernas sobre el respaldo del asiento de delante.

—Todo es azar —dice—. Todo es un milagro. Piénsalo. Todo. El propio cáncer, ¿qué es? Aleatoriedad. Un número que habías sacado en la lotería.

Carlos Alberto habla y Hugo deja de prestar atención. Ha seguido pasando fotos hasta que ha llegado a un grafiti. Este es parecido a otros. Un hombre durmiendo y una mujer alzándose sobre él y que parece esperar. Los trazos son finos y el artista ha dejado manchas rojas aquí y allá. La leyenda reza «Celene e Hiperbio». Y firma P.G. Hugo pasa los dedos por la pantalla y cierra el archivo y vuelve a atender. Carlos Alberto anda ahora con la vieja historia del teniente coronel Stanislav Yevgráfovich Petrov.

—Porque —está diciendo Carlos Alberto—, ¿dónde estabas tú en el 83?, ¿habías nacido? No. Ni yo tampoco, carajo. Pero piénsalo, 26 de septiembre del 83. Y nosotros sin nacer. Y el teniente coronel. Que de joven había estado sirviendo en Crimea. E imagínate qué hubiera pasado si lo hubiera pateado una mula o lo hubiera alcanzado una bala perdida. ¿Entonces qué? Entonces ese día no está en su puesto en el búnker Serpukhov-15. Y, si no está él, entonces es que está otra persona. Está otra persona y el mundo vuelve a cambiar. Vuelve a abrirse otro universo. Un universo en el que ni tú ni yo habríamos nacido.

La voz de Carlos Alberto se alza, por momentos se emociona. El teniente coronel, la inclinación del sol en el momento del equinoccio aquel 26 de septiembre, la doctrina de la destrucción mutua asegurada.

—Pero tuvimos suerte, cabrón. Porque estaba él. Él, que luego fue degradado. Y, como estaba él, pues el mundo se salva y nuestros padres pueden conocerse y siguen abriéndose los universos hasta que confluyen en este segundo en que los dos estamos aquí. Y piénsalo, cabrón, ¿qué probabilidades había? Si lo piensas te estalla la cabeza.

Hugo no dice nada. Ha levantado la vista de su teléfono y está mirando hacia el fotograma congelado. Lo está mirando, pero se acuerda de otra película. Aquella que pusieron justo en el invierno y que iba de aquella muchacha flaquita que se subía por los canalones hasta la azotea y que luego se ponía allí a dibujar. Aquella misma que luego se iba con los gitanos para la playa. Hugo se está acordando, pero no quiere. Y cómo era aquella canción que ella cantaba. La aparta, sin embargo. Mira a Carlos Alberto.

—¿Tú sabes —le dice— que hay una hora todas las noches en que todos los semáforos se ponen en rojo al mismo tiempo?

Carlos Alberto se calla. Lo mira.

—¿Cómo?

Hugo se lo explica al otro. Por supuesto que él no puede estar seguro de que pase en toda la ciudad y todas las noches. Pero que le da la impresión de que sí. Porque él lo ha visto allí mismo, en La Renca. Pero también en las avenidas de California. Y no es, le explica al otro, que sean las luces que detienen a los coches sino también los semáforos de los peatones. Todos. Carlos Alberto lo mira. Hugo está muy serio.

—Primero —dice— hay un silencio que se apodera de todo. Como si la ciudad entera se callase. Entonces hay como un parpadeo en las luces. Una. Dos. Tres. Y entonces todos los semáforos se van a rojo y están así como un minuto. Es como si la ciudad se reiniciara. Como si se recargara.

Carlos Alberto lo está mirando con atención. Se nota que no lo cree. Se nota que le molesta que él le haya quitado el foco. Se encoge de hombros.

—Y con este calor de mierda, ¿qué hacemos?, ¿qué hacemos?, ¿eh?

13

Hugo

El sótano tiene la pared pintada de azul y dos ventanas arriba, de esas pegadas al techo y con reja de hierro remetida. A través de ellas puede Hugo ver las piernas de las personas que caminan por la acera. A través de ellas, pues no cierran bien, se cuelan la lluvia en invierno y el polvo seco en verano. También las cucarachas. El agua la coge de un grifo que hay en el pasillo. Ahí llena su palangana. Si tiene que ir al baño sube, aunque prefiere ducharse de madrugada, cuando la abuelita ya se ha acostado. Por supuesto, Hugo sabe que la abuelita lo espera junto a la ventana, que está despierta cuando él llega, que se hace la dormida si él sube. Lo sabe, pero no encuentra cómo poner remedio a la situación porque entiende que no es algo que pueda solucionarse con palabras. El despertador lo suele encontrar exhausto y con una luz cenicienta bajando entre las rejas. En la habitación, que es un tres por dos, hay poco que ver.

Porque está el colchón, al suelo. Y el viejo armario. Aparte, una estantería que fue arrancada de alguna pared y que ahora está ahí metida de cualquier manera. Con pocas cosas encima. Los lápices, los bolígrafos, los rotuladores, los cuadernos. Algún libro del Liceo. El teléfono, que lo carga por el cable que echó la abuela escaleras abajo. Y las fotos, que son cuatro, puestas con chinchetas en la pared porosa.

Una. Emma. Una Emma reciente, de hace unos meses. Emma en los columpios de Reconquista. Con aquella bufanda azul de la flor y la sonrisa.

Dos. La mamá y Emma. Emma de bebé. La mamá de cuando llevaba el pelo moreno. Las dos en la casa que tenían por Maternidad, cerca del cementerio.

Tres. La mamá mirando a la cámara. La mamá con los ojos pensativos. De cuando ya se había cortado el pelo y lo llevaba de rubio. La misma foto que usaron luego, cuando no sabían de ella y la estaban buscando.

Cuatro. La abuelita con Emma en brazos, una tarde. Delante de la tapia del convento. Una palmera brotando como una explosión en la selva.

—Hijo, no tienes por qué estar ahí —le dijo en su día la abuelita, la última vez que hablaron de todo aquello—. Puedes hacer lo que quieras. Entrar. Salir. Esta es tu casa.

—Abuelita, es que no quiero molestarte.

—Tú no molestas, hijo, ¿cómo vas a molestar?

—Abuelita, es que no quiero que sepas cuándo entro o cuándo salgo. Es eso.

El despertador lo ha encontrado estragado y cuando se ha movido ha tenido la misma sensación que tuvo la noche antes al llegar. Aquella impresión de mundo lejano. De no querer estar más. De estar porque no queda otro remedio. Se levanta y se asea en la palangana, se viste, mete unas cuantas cosas en la mochila y sube. Ahí está la abuela y está también Emma. Emma con sus mejillas sonrosadas y sus charlas incansables. Hugo abraza a su hermana, la besa, la ayuda a terminar de peinarse. La abuela lo mira a ratos y como desde el rincón. Luego Hugo sale con Emma, los dos Gandhi abajo y cogidos de la mano. La mañana son los recortes de sombra que proyectan los manzanos, pero también autobuses atravesados en las rotondas y muchachas detenidas entre los palos de la luz para hacerse autofotos. Hugo le coloca bien la coleta a Emma y se espera hasta que llega la profesora. Luego carga la mochila y sigue camino. El Liceo no está lejos, pero él tuerce y se va Vera Rubín arriba, como atravesando.

—¿Y qué haces todo el día? —le preguntó una vez Carlos Alberto—. ¿Qué haces si no vas al Liceo?

—Nada. A ratos camino. A ratos me siento en un parque. Y espero.

—¿Esperas a qué?

—No lo sé. —Hugo lo piensa un poco—. En realidad, es una sensación de estar esperando más que una espera en sí.

—¿Y si te entra hambre o te entran ganas de mear?

—Pues voy a algún sitio. A alguna cafetería. Esas cosas.

—Ah, tienes dinero, tú.

—Mi mamá me dejó. En una cuenta.

—¿Y qué más?

—Nada más. A veces estoy muy cansado y me duermo. Me he dormido en los parques, en las cafeterías, en los autobuses, en el metro...

—Y, si vas a dormir, ¿por qué no vas a la escuela?

—No, ahí no voy más.

—¿Por qué?

—Porque, al final, siempre me peleo.

Así es su día. Esa mañana, de primeras, no se aleja mucho. Cruza la avenida y echa por Mileva Maric hasta el parque. Ahí pasa el rato. Lo mismo pasea por las veredas que se esconde entre los ficus si ve que hay algún coche de policía. Un rato se sienta junto a la fuente y mira a las carpas rojas que se cimbrean cerca del fondo en el que ondula el barro. La mayor parte del tiempo, sin embargo, no hace nada más que estar sentado. Cuando le entra hambre se acerca al puesto de pretzels, y cuando tiene que ir al baño se va hasta la pizzería. Ahí se toma un refresco mientras mira la televisión sin voz y ahí es donde se entera que han encontrado a Dolores, 26. Y también a otra. Ha sido lejos de allá, como por Barrio Sur. Hugo toma nota de todo y le manda los mensajes a Carlos Alberto. Después de comer busca más pasquines por la zona de la Buena Muerte, cerca de las vías del tren, y a las cinco está otra vez para recoger a Emma. La tarde la pasa dormitando en el cine. Se duerme, de hecho, cuando la Bella aún es niña y todo el mundo

anda con tanto miedo. Cuando despierta anda otra vez acordándose de aquella muchacha que trepaba por aquellos canalones. Y cuál era la canción que ella cantaba. Sobre las diez sale y sube por la Montalcini y se mete en el metro y de la tres pasa a la cinco y cuando vuelve a salir está ya en las descomunales avenidas de California. Hugo mira la hora y se apresura. Nada le dicen las altas palmeras ni los luminosos ni los restaurantes atestados de gente. Más adelante se anuncia. Motel Cóndor.

Luiz y Benjamín

El sol calcina y los domingos Cementerio Industrial es un desierto de hormigón. Solo naves vacías y viento. Sombras que lentamente se llenan de moscas. Eso y los gatos que deambulan sin rumbo o el autobús que pasa vacío en dirección a la Ada Lovelace. Alguna furgoneta también. Aparte Luiz y Benjamín. Que temprano saltaron la tapia y cruzaron la vía por el paso elevado, que ahora husmean por los rincones, o tiran piedras a los cristales o acarrean algún palé o se suben a las cabinas de los bulldozers o saltan sobre las básculas para camiones. Si presienten a los de seguridad se esconden. A veces alguien surge y les grita. Ellos entonces se quedan quietos un instante como asegurando la línea de huida y miran al que haya sido.

A ratos, también, eligen sus posiciones, puede ser en el rincón de un muelle, puede ser detrás de una valla, y esperan con la escopeta de perdigones preparada.

Benjamín apunta. La escopeta suspira. El perro chilla. Huye. Los niños ríen. En el callejón que queda entre dos naves, metidos por donde los bidones y los enmohecidos restos de maquinaria, se sientan y lo vuelven a intentar. Están en la sombra, con la espalda apoyada en la pared, con los pantalones por los tobillos, las pingas fuera y el teléfono colocado entre los dos. Cada cual tiene, aparte, sus preferencias. Porque a Luiz le gustan sobre todo las escenas en que ella no quiere, así de primeras, pero que luego, cuando ya le han arrancado la ropa y ha comprendido, como que sí. Que sí un poco al principio, pero ya mucho al final. Eso a Luiz, porque a Benjamín lo que le va es cuando son cuatro contra una, o cinco. Y siempre que ella tenga unas buenas tetas. Claro que una cosa es lo que Benjamín dice que le gusta y otra la realidad. Y otra cosa es que Luiz se crea realmente lo que Benjamín le cuenta. Lo que hacen, sobre todo, es saltar de un video al siguiente. Porque hay una avaricia en eso, o un hastío. A ratos vuelven sobre la actriz que se parece a la mamá de Oliver. En las sombras huele a agua fresca y a remolacha. Eso los adormece. Sobre las doce acorralan a un gato contra una pared. Lo hieren. El gato bufa y ellos se ríen y luego el gato muere lentamente. Eso los tranquiliza. Encienden los teléfonos y al poco están al mando de sus Fokkers y vuelan sobre la llanura. El Fokker de Luiz es rojo. El de Benjamín es verde.

Gritan si abaten a algún inglés.

Se aburren, a ratos. Van de regreso entre las gibas de los vagones dormidos cuando escuchan la música. La siguen hasta la plataforma de descarga. En el rincón de sombra están los chicos mayores. Cuando me llama al celular, dice la canción, es porque quiere de mí, y yo no se lo voy a negar.

Por supuesto han conocido a los otros ya de lejos. Porque son todos como de los bloques o de un poco más allá. Porque aquel es el hermano mayor de Yanela. Así que los niños se acercan y se colocan como pueden entre ellos. Los mayores los miran un momento, les vacilan.

—¿A qué mierda de juego estáis jugando? Uuuu, chavales, eso es una mierda.

—Es una mierda en el teléfono —se defienden los niños—. En la consola está de puta madre.

—Claro, pringado, si tú lo dices.

El hermano mayor de Yanela le hace un gesto a Luiz y este entrega su teléfono. El otro lo revuelve. Lo mira.

—Si te pilló una foto de Yanela te corto el cuello, chaval. ¿Tú lo entiendes? Di que lo entiendes.

—Lo entiendo.

Aparte se llevan algún coscorrón. Alguna colleja. Pero ese es el trato. Los mayores, aparte, comentan. Siempre hay alguna novedad.

—Tú sabes ahí, el restaurantito. Que tiene las mesas en el baldío.

—Sí.

—Pues ahí. Que estaban las mesas llenas. Lo menos que treinta personas había.

—¿Y qué?

—Pues que la tipa estaba ahí, de mesera. Solo que agarró la bolsa de la basura y fue a tirarla.

—¿Y qué?

—Pues que el contenedor estaba ahí. En el solar. Justo donde se acaba la luz de la farola.

—¿Y qué?

—Pues que ahí, cabrón. Que ahí fue la tipa a tirar la basura y ya no volvió ni se sabe de ella.

Los chicos se miran, alguno escupe, otro se encoge de hombros, alguno sonríe porque es como si se imaginara alguna escena.

—¿Y quién dices que era?

—Ni mierda. Una que conocía mi prima. O algo de eso.

Los niños siguen camino. En una farola hay puesto un pasquín. DESAPARECIDA. María Belén, 19. Luego unos ojos, un pelo cayendo. Luiz ha sacado la navaja y se entretiene en ir haciendo cortes sobre la cara de la muchacha. Le vacía los ojos, le apuñala las mejillas, le borra la boca, le resigue todo el perímetro del rostro. Benjamín está más abajo, mirando fijamente a la tapia que separa la Colonia de las vías. Allí donde hay una inscripción medio borrada por el hollín. Un estarcido, o lo mismo un estampado, en grandes letras negras y un extraño comido en las aes.

NADA PERDURA. Y firma H.G.W.

Benjamín mira aquello largamente y parece pensar. Luego lo dice.

—¿Te acuerdas que por el otro lado de la tapia hay otra frase así puesta con pintura?

—No.

—Sí, joder. ¿Qué dice? Además, que estoy seguro de que está justo al otro lado de esa. En el mismo sitio, ¿entiendes? Y que las dos hacen una frase.

Luiz mira a la inscripción un momento y luego se encoge de hombros. Siguen camino, pero no lo comprueban. La inscripción, al otro lado, espera.

Y DESPIERTAN CON LAMENTOS. Eso dice. Y la firma es C.T.

Luiz y Benjamín

Los niños han regresado a sus casas para comer y después han vuelto a saltar la tapia y han deambulado hasta donde los contenedores de gas. En la tarde que se desvanece hacia el cromo se han quitado las zapatillas para que se les refresquen los pies. La tierra parece hecha de cáscaras de almejas, y hay remolinos que recorren enloquecidos la distancia que va de los vagones a las torres de alta tensión. Luiz ha sacado su teléfono y le ha marcado a Yanela. Benjamín, tirado panza arriba sobre el metal caliente, escucha.

—Ven —está diciendo Luiz—. Ven y hablemos. Que necesito hablar contigo.

El tono de Luiz es seductor, incluso sumiso. Lo es, pero a Benjamín no lo engaña. Ahora Luiz está escuchando y Benjamín lo mira de reojo.

—Ven —dice Luiz—. Ven, ¿no me quieres? Pues ven. Y no digas eso.

Luiz termina por dejar el teléfono, por tenderse él también sobre la plancha. Un poco más allá está el edificio abandonado que primero iba a ser garajes y que ahora no está más que habitado por palomas. Se adormece, pero lo despiertan unos pasos que llegan. Por supuesto es Yanela. Luiz se ha incorporado y la mira fijamente.

—Ven —le dice a la niña.

Benjamín los mira mientras se alejan, los ve dar la vuelta a uno de los contenedores. Siente de lejos el susurro de sus voces y sabe que si se echara al suelo vería los pies de los dos. Los de Luiz aún descalzos y manchados. Los de Yanela con las zapatillas azules. El tono de la voz de Luiz es suave, meloso, cohibido. Yanela parece cansada. Lo parece y Benjamín se pregunta qué habría dicho la muchacha un rato antes, cuando estaba hablando por teléfono con Luiz y Luiz le pidió que no dijera eso. Que no dijera qué. Aquello le deshuesa el corazón, solo que, por supuesto, él no puede decir lo que está pensando. No puede decir eso como tampoco puede decirle a Luiz que es falso que le gusten los videos de mujeres de tetas grandes que son acometidas por cuatro o cinco machos. No. Porque hay una actriz que Luiz no conoce y él sí. Y esa actriz es así como flaquita y medio rubita y además tiene unas cejas muy negras y muy espesas. Lo malo es que tiene muy pocas escenas, solo cinco que Benjamín haya localizado, y que en tres de ellas está en modo lencería. A cambio en otra hace de jovencita. Y llora.

A Benjamín la escena que más le gusta de la actriz es precisamente esa en la que llora. Con esa es con la que más lo intenta, con esa fue la que le pasó aquello de los huesos y que casi le dio miedo aquella vez.

Solo que todo eso, por supuesto, no puede decírselo a Luiz. Aunque le gustaría decírselo a Yanela.

Luiz y Benjamín

Hay un retumbar entre los bloques y es una Honda roja y negra que anda llegando. Los chicos se asoman al paso elevado y miran. El piloto, alto, flaco, se está quitando el casco y luego alza la vista y busca a su alrededor. Los chicos agitan las manos hasta que el piloto los ve. Entonces Luiz mira a Yanela.

—Mejor te vas —le dice a la muchacha.

Yanela suspira y es un suspiro muy hondo, muy arrancado al pecho. Como si estuviera muy cansada. O eso le parece a Benjamín.

—¿Ese es el hermano de Renato?

—Quien sea.

—No sé qué mierda lleváis con ese —dice Yanela.

—Y está bien que no lo sepas —dice Luiz.

Luiz hace por agarrarla de la cintura y hay un momento de forcejeo y un beso. Luego la muchacha echa a andar por la plataforma. En las escaleras se cruza con el piloto, que viene subiendo, que la mira largamente, que luego mira a Luiz y se ríe. Los dos muchachos son como estatuas que temblaran al sol de la tarde.

—No la mires —le dice Luiz a Benjamín—. Si te pilló mirándola te rajo.

—Tú vas a rajar a mucha gente.

—Estás avisado, cabrón.

Yanela no lo entiende, pero para los muchachos el hermano —medio hermano en realidad— de Renato es todo un ídolo. O ¿es que su historia no es un poco la historia de todos? Pero, a saber, un chaval flaco que no conoce a su padre y cuya madre, una drogadicta borracha, comparece cada poco por el barrio para parir al siguiente crío y luego dejarlo con los abuelos y largarse. Pero ¿se había achantado él, se había ido lamentando por las esquinas? No. Había agarrado, con quince años, y se había largado. Y ahora era él el que también regresaba cada poco. Cada vez más alto y más flaco, y cada vez con mejores motos. Y, a veces, con chavalas de dieciséis o diecisiete colgadas del brazo. Chavalas de vaqueros muy ceñidos y cabellos largos y hondos silencios y ojos de pantera. Y ya por eso hubiera sido. Pero había más.

Porque luego había empezado la historia de los dos con él.

Fue en el invierno. Un día que ellos se acercaron a la moto y hablaron con él. Que si cuarenta y siete caballos, que si embrague multidisco en baño de aceite. O las ocho válvulas o la inyección programada. El otro mirándolos y notándole aquello en los ojos. Entonces se había reído. Y cuando se reía era como que le desaparecían los ojos en la cara.

—¿Sabéis de dónde sale todo esto? —les dijo.

—No.

—Sale de que yo consigo cositas. Cositas que le gustan a la gente.

Los chicos seguían en la moto. Que tenía los ojos de un demonio. El hermano de Renato se había vuelto a reír.

—¿Y vosotros, capullitos, qué teléfono lleváis?, ¿esa mierda? ¿No queréis uno mejor? o ¿una consola nueva?

Pero eso había sido en el invierno. Ahora se ha puesto con ellos, acodado en la barandilla enrobinada, y mira hacia donde Yanela se aleja caminando. Yanela que es unas piernas largas y una camiseta de baloncesto que le queda grande. El otro la mira fijo y mira a Luiz y se ríe.

—¿Esa es tu novia, capullín?

—Sí.

El otro se ríe y vuelven a desaparecerle los ojos de la cara. Tiene, además, los labios estrechos, descoloridos. Silba.

—Yo me la casaba. ¿Le has quitado el precinto ya?

Luiz lo mira, mira a Benjamín.

—Claro.

El hermano de Renato se echa a reír.

—Claro, lo que tú digas. Si se nota que estás muy follado.

Se quedan los tres en silencio. Desde lo alto dominan la explanada cuajada de contenedores. Hay montañas de traviesas apiladas y una pick up roja va cruzando con un montón de niños montados en la bañera. El hermano de Renato se vuelve a reír. Mira a Luiz.

—Oye —le dice—, ¿tienes fotos de ella en cueros?, ¿no te manda fotos? Si tuvieras, eso se paga bien. Y si os hacéis un video los dos follando, pues también. Aunque vale más pasta ella sola, te lo aviso.

El hermano de Renato se ríe y a Benjamín le arden las orejas. De pronto está muy enfadado. El otro los mira. Se descuelga la mochila que lleva a la espalda y la deja en el suelo.

—Entonces, qué, capullitos, ¿trabajamos un rato?

17

Cynthia

La cuestión del perfil, aquel que aquella noche en la terraza había hecho que Sofía mirara a Cynthia de aquella manera, estalló de una forma por completo casual. Al menos en lo que se hubiera podido llamar primera ola. Solo dos muchachas, Cynthia y Camila, que tienen el pelo igual de negro y los ojos igual de grandes, subiendo una foto. Por supuesto, ellas ya habían notado lo parecidas que eran. Solo que si se recogían el pelo de una determinada manera entonces se parecían más aún. Y que, además, las dos eran expertas en sonreír con la boca mientras sufrían con los ojos. Y eso fue lo decisivo: los cabellos negros recogidos y las caras casi tocándose y aquel sufrimiento en los ojos que quedaba acentuado por el patetismo de sus sonrisas tan falsas. «Lo que aparento y lo que siento», ese había sido el mensaje. Y los corazones y los seguidores amontonándose. Cincuenta la primera mañana. Doscientos al caer la tarde. Y luego cuatrocientos, quinientos. Y las dos, cuando aquello paró, mirándose y considerando. Entonces el cálculo.

—Y mejor así, mira, con la chaqueta del uniforme puesta del revés. Con el forro, ¿ves? Que se vean los colores.

—¿Y por qué no nos hacemos trenzas así, estilo Miércoles Addams?

Fue a partir de Miércoles Addams como la idea tomó verdadera forma. Un poco de raya aquí, alrededor del ojo. Luego vino todo lo demás, en cascada. La chaqueta del uniforme establecida como la seña de identidad, lo mismo que las trenzas. Por supuesto era preciso tener una buena recopilación de frases.

—Pero mejor hacer una cuenta que sea de las dos. Que no sea ni la tuya ni la mía.

—Y qué nombre le ponemos.

—Las Felices.

—Las Risueñas.

—Tampoco hay que obligarse a poner una cada día, pero sí hay que tomárselo en serio. Y traer atrezo.

Hubo algo mágico en aquello. Porque era cuestión de revisar los historiales y ver qué había tenido más éxito y qué menos. Y después el ascenso. Las dos muchachas echándose las fotos debajo del grafiti de Einstein o delante de los bulldozers azules que andaban levantando la acera. Los corazones cayendo como un torrente sobre ellas. Supieron que habían triunfado el día que vieron cómo otros alumnos las vigilaban y tomaban fotos de su make up y las subían a su vez a sus propios perfiles. Y luego intuir. Cuál era la ola a la que debían subirse.

«Pasa la vida. Pesa la vida.»

«Somos las amas del destino.»

«Usaré un cuchillo. Las otras armas son demasiado lentas.»

Aquello fue yendo bien. Luego llegaron los hits.

«¿A una mujer enamorada no le importa el infierno que tenga que vivir?» Aquello tuvo casi ochocientos corazones. Y el camino.

«Papá, no me llames princesa. Llámame por mi nombre.»

«Si llamas zorra a tu amiga estás jugando en el otro equipo.» Y luego más. El éxito.

«¿Qué hace clang en la ventana? El hombre con tenedores clavados en los ojos.»

«Un hombre muerto disfrazado de payaso es más divertido que un hombre muerto.»

«Hombre, deja de columpiarte. Pones nerviosa a la francotiradora.»

Las fotos las hacían en el recreo, o en el rato antes de entrar a clase, o en el momento después de comer. Lo mejor era aquella sensación en el estómago que les producían las niñas más pequeñas cuando se acercaban a que les pusieran, con rotulador, una sonrisa en el brazo o en la mano o a que les firmaran en una libreta. Y mejor aún con las mayores. E incluso los chicos. Que de pronto, aunque fueran jactanciosos, molestos, eran más cálidos, más reconocedores de su presencia. E incluso Fabio Jara, el del culito de melocotón y aquellos abdominales y aquellos ojos, llegando un día y diciendo de hacerse una foto con ellas y luego poniéndola en su propio perfil. Camila siguiéndolo de lejos.

—Ay, quién tuviera libre acceso a tu móvil. Y a tu contraseña.

—Sí, jaja.

—¿Te imaginas lo que habrá ahí?

—Jaja.

Las clases son una lenta modorra y hay crucifijos encima de las pizarras y los profesores huelen a frustración y a mundo viejo. Algo semejante a momias pálidas que cruzaran un momento por el horizonte y se perdieran rumbo a cuevas de tiempo. También siempre hay alguien que se ha enrollado con alguien. O alguien que se ha sacado la pinga delante de las compañeras. O alguien que ha mirado a alguna de las dos de aquella manera. En el comedor son fideos de arroz con ternera, pimienta y hierba limón y un largo andar revisando la actualidad en los teléfonos. Porque estaba, por ejemplo, lo de aquella chica rubia, que era de cuarto y que parecía que se había desaparecido. Lo típico. Que el papá y la mamá separados y ella pasando el fin de semana en lo del papá y luego volviendo para el otro lado. Volviendo que no llegando. Porque parecía que se había subido a un bus. Y hasta ahí. Otro día hubo ya pasquines con la cara de la muchacha y otro día fueron a darles una charla. Cynthia conocía, por supuesto, a la mujer del pelo tan blanco que les estuvo hablando. Luego se lo dijo a Camila.

—Esa es de las que va siempre con mi hermana Sofía. Es de su cuadrilla.

Los pasquines están puestos en todas partes. Lo mismo en el mural que en la recepción que en el comedor. Si Cynthia pasa cerca de alguno de ellos baja la cabeza y solo lo mira de reajo. Los jueves se siente especialmente mal y más conforme avanza la tarde. A veces Camila se preocupa.

—Oye, ¿tu problema con el viejo lo arreglaste?

El viejo es el primo Severiano. Un primo de la mamá. Cincuenta y pico de años y bigotito blanco. A Cynthia le toca pasar los jueves por la tarde en su casa. Por el asunto de la desaparición de Stella Valenzuela y el hecho de que la mamá de Stella Valenzuela no puede levantarse de la cama.

—¿Y qué problema? No hay ningún problema.

—Tú me dijiste.

—Nah, eso solo fue una vez. Y, vamos, que lo intente...

—¿Qué?

—Bueno. Le mandaría a Sofía y a sus amigas.

—Eso sí sería un buen pollo.

Las dos se ríen pero la risa de Cynthia se apaga antes. Su amiga no le nota la preocupación. Porque, por supuesto, es mentira. Mentira la risa. Lo que ha contado.

El primo Severiano

Al primo Severiano le pusieron una vez una pistola en la cabeza. Eran otros tiempos. Cuando él todavía era joven y no llevaba el bigote, justo al poco de estar ya casado con Norma, pero antes de los hijos. Cuando sentía aún aquella fuerza en los muslos y aquel calor como de hierro al rojo en la pinga a cada rato. Buenos tiempos entonces. De levantarse temprano para irse al camión, de pasar días enteros en la ruta, de rebasar pueblos a oscuras en las noches, de guiar hasta los infinitos depósitos de contenedores que olían a grasa y a la sal del mar. Y luego aquel viaje en que le había pasado lo de la pistola en la cabeza. Azúcar, eso llevaba. De la sierra y a través del desierto y para la exportación. Y los avisos que le habían dado. «Mira, Severiano, que pasar por esa zona por la noche es sacar números para la lotería mala.» Y sí. Solo que las excepciones existían. Y no entendían de según qué pendejadas.

Porque un hombre no podía dormir siempre en la cabina del camión. Porque un hombre a veces necesitaba una cama.

Porque en los sitios en que los camioneros podían parar a dormir en una cama siempre había muchachas rondando. Muchachas que se podían encargar, que se ofrecían, que eran ofrecidas por las propias madres.

—Y si tiene usted ahí doscientos pesos se puede arreglar.

—Pero toda la noche, ¿sí?

—Bueno.

Ella no podía tener más de catorce años, aparte los ojos oscuros y el pelo negro y enmarañado. El primo Severiano le había preguntado cómo se llamaba y ella lo había mirado.

—Thais.

—Eso es mentira. No te llamas así. Dímelo.

—Flora.

Él tampoco se lo creyó. La puso sobre sus muslos, boca abajo, y jugó a que ella había sido mala. Por la mañana la había mirado dormida y había decidido quedarse un poco más. Por aquello de la bañera y el terciopelo que desprendía la piel de la muchacha al ser rozada por el jabón.

—Ven, que estás sucia.

Luego se vistió y pagó y desayunó fuerte y se fue al camión. Desde una ventana lo estuvo mirando Flora y sus ojos le prometieron una venganza, solo que él no lo supo. Salió hacia la costa y a mediodía se quedó parado en una columna y tuvo, en la cabina, un sueño confuso en el que le vertían agua sobre el rostro con una regadera mientras más allá florecía una maceta con lilas. Todo ello en un patio que recordó vagamente durante un segundo. Por la noche, en el área de servicio, lo volvió a discutir con los otros camioneros.

—No debes pasar por ahí. O no puedes.

—¿Y qué hago, cojones?

Todo eso era porque había perdido la mañana con la tal Flora. Que estaba seguro de que tampoco se llamaba así. Se dijo que lo mejor era templar bien el corazón con un poco de guaro antes de emprender la marcha. Los faros, al salir de una curva, allí donde se estrechaba el desfiladero, lo iluminaron un momento antes de que él lo viera. Pero ya tarde. La cinta de clavos y los neumáticos estallando. Y bastante que hizo que no se mató. Así que se quedó tranquilo y quieto en la cabina y bajó la ventanilla para que los otros no pensaran que se hacía el bravo. Luego llegaron las esperadas sombras. Y ahí el hombre montado en el estribo, la pistola que asoma por la ventanilla, el tacto frío del metal contra la sien.

—Cabrón, ¿llevas un arma?

—No.

—Pues baja.

Otra vez la pistola en la cabeza. Se la pusieron y todo el rato él no hacía más que acordarse del tacto de la piel de aquella tal Flora y de su olor. Lo pensaba y decía su nombre por si era lo último. Lo decía y le pareció, durante un momento, que reconocía aquel patio con el que había soñado y que todo tenía que ver con algún recuerdo oculto en su memoria.

19

Cynthia

El papá de Cynthia ha metido el coche como ha podido entre una retroexcavadora y una furgoneta de reparto y ha bajado con la muchacha. Cynthia lleva la mochila y los libros, y padre e hija sortean el socavón y suben los dos hasta la misma puerta. Es la prima Norma la que viene a abrir. Pasa, hija, pasa. Luego el papá le da las gracias otra vez y los dos hablan un momento en el rellano. Stella, que sigue sin aparecer. Y la mamá de Cynthia. Pero él ha dejado el coche puesto de cualquier manera y tiene que irse rápido, y Cynthia, que va adentrándose en la casa, tiene un atisbo del primo Severiano. El hombre, que está sentado delante de la televisión, la mira. Levanta una mano.

—Hola, ¿qué tal estás?

—Hola.

Pero Cynthia pasa de largo. Se sienta en la cocina. La prima florea a su alrededor y le ofrece algo de merendar. Y no, no hace falta. Pero la mujer insiste y la muchacha mordisqueea por cortesía. Luego la prima la deja porque tiene que ir a arreglarse para su gimnasia de los jueves. Al poco es el primo Severiano el que asoma por la puerta, el que se hace el simpático.

—Qué estudiosa es Cynthia. ¿Tienes algún examen? Luego te lo tomo.

Lo dice y se queda un momento a su lado, junto a la silla en la que ella se ha sentado, y hasta le acaricia el pelo. Y Cynthia sonrío y su expresión es precisamente esa que aparece en el perfil de Las Risueñas y que tantos corazones les proporciona. Solo que la prima no lo nota.

—Tu papá —le dice la prima— vendrá sobre las ocho y media, ya lo sabes. Tú, mientras tanto, estudia. Y, si acabas, pues ves un rato la televisión con el primo.

—Vale.

La prima la besa en la mejilla, pero no nota que Cynthia se ha convertido en una fría piedra. Luego la puerta se cierra y la niña espera.

Había empezado de una forma sutil, inocente. Aparentemente inocente. Ella en la silla de la cocina y el viejo detrás de ella. Mirando sus deberes y alisándole el pelo. Cogiéndoselo en una cola.

—Qué bien hueles, Cynthia. ¿Qué perfume es?

Esa era una variante. Podía haber otras. Con la niña muda y el primo que insiste.

—Qué guapa te pusiste, Cynthia. Con lo feúcha que eras de niña, ¿te acuerdas?

Pero ella no era fea, no. Nunca lo había sido. Ahí la risa. Solo que ahora ella ya era una señorita. Luego la tía yéndose y ella en el salón, viendo la televisión. Y el viejo, con el pijama, con la bata, sentándose en el mismo sofá que ella. Queriendo hablar, contar chistes, hacerle

cosquillas. La mano en su costado, en su pierna. Y aquel brillo en los ojos de él. Que ella levantó los ojos al notar la mano y viéndolo. Así que ese día pase. Pero de ese día en adelante en la cocina, escondida. Pero el viejo cada vez llegando. Deteniéndose en la puerta.

—¿No vienes a ver la tele?

—No, primo, que tengo tarea que hacer. Muchos exámenes.

Entonces los dos se miraban un momento y el viejo se iba. Solo que volvía a los diez minutos. Que quería agua. Pero ella notándole lo que de verdad era. Y los capítulos, sucediéndose. Porque estaba el día en que él la había sorprendido de pie y le había pasado por detrás y le había agarrado el culo. Porque estaba el día que se había sentado con ella en la cocina y había estado preguntándole si ya jugaba con sus amigos.

—Di, ¿juegas?

—Juego en el recreo. Y los fines de semana.

—No, no me entiendes.

—No.

Aparte estaba la falda. La maldición del uniforme. Porque ella era de muslos largos y ahí se le iban al viejo los ojos. Ahí ponía la mano en cuanto podía. Si acercaba una silla para estar a su lado en la cocina. Mientras la vigilaba y le hablaba, mientras ella lo ignoraba. Convertida en piedra.

Porque eso había decidido hacer. Ser piedra. Y nada más.

Y más conforme el viejo se había ido desesperando y habían empezado los ataques.

La puerta se ha cerrado detrás de la prima y Cynthia siente sus zapatos perderse escaleras abajo. Entonces la espera, que será breve. Porque el viejo primero se levanta de su sillón y se va a la ventana a comprobar que efectivamente la esposa se pierde Cervantes abajo. Solo entonces recorre el pasillo y se asoma a la puerta de la cocina y se planta ante la niña que mira sin expresión al frente. Hay diversas variedades, unas que implican más lucha que otras. En cualquier caso, no hay palabras y todo se desarrolla en un silencio que es más doloroso que los propios gritos. Pero ya se acerca el hombre, que huele a polvo aposentado, que lleva un batín azul oscuro, que va despeinado como si acabara de levantarse, que tiene la piel muy blanca y muy flácida. Ya avanza y la toma de la barbilla y la hace que levante la cara para mirarlo. La mano puede estar en la barbilla de Cynthia o puede estar sujetándola por el pelo. Mientras tanto, la otra mano rebusca en la bragueta y saca una pinga aún más blanca que su propia cara. Cynthia es piedra y no puede decir que verdaderamente vea lo que sucede a su alrededor. O que sus ojos estén mandando a su cerebro la debida información. Sin embargo, al otro eso no le importa, sino que prosigue y se endiaba hasta que de pronto hay algo semejante a un estremecer, o un entornar de ojos, y entonces le tira con más fuerza del pelo y bufa como un animal.

—Ah, perrita, perrita, perrita —va diciendo él después, cuando se está limpiando con un trapo.

Pero Cynthia no tiene voz. Ha vuelto a bajar la mirada, a perderla. El primo Severiano la vuelve a tomar de la barbilla y la hace alzar los ojos hasta él. En los ojos del hombre Cynthia ve un mundo lejano, incomprensible, alienígena. Atisba eso y se pregunta qué verá el hombre en los

ojos de ella para que se comprendan tan poco, para que a él le importe tan poco. El hombre le sostiene la mirada aún y hace como que se sonríe un momento.

—Reconoce que lo has pasado bien. Que te ha gustado —le dice—. ¿Un día me lo vas a reconocer, o no?

Luego, el primo Severiano se vuelve al salón y se queda allí hasta que a las ocho y media suena el timbre, y es el papá de Cynthia. Los dos hombres conversan un momento junto a la puerta mientras ella espera al borde de las escaleras. Puede ser pelota como puede ser política como puede ser lo estudiosa que es ella. Cuando los dos hombres se ríen, o se dan la mano, o se palmean las espaldas, Cynthia se hunde más profundamente en aquel vacío, en aquella certeza estelar, en aquella sensación de vida truncada.

Y se odia más, entonces.

20

Hugo

Hugo y Carlos Alberto hablaron de aquello tiempo atrás. Lo mismo hacía un año. Estaban los dos en el cine, iluminados por el brillo de la pantalla. Carlos Alberto había mirado al otro con preocupación.

—Yo lo que sé es que el que hace eso no lo hace solo una vez. No. Lo hace más veces —había dicho Hugo.

—Y tú dices que volverá a ese motel..., ¿cómo se llama?

—Cóndor.

—Tú dices que volverá al Cóndor.

—Sí. Volverá porque aquella vez le salió bien. Porque ahí se dan las condiciones.

Carlos Alberto se removió inquieto en la butaca, entonces. Miró al muchacho.

—Tú dices que él volverá. ¿Y dices que hará lo mismo, que matará a otra?

—O no. Quién lo sabe.

—¿Entonces?

—Entonces, nada —dice Hugo—. Solo que le veré la cara y lo sabré. Porque lo llevará escrito. Esas cosas se llevan escritas. Y yo lo sabré.

Luego Hugo, así lo recordaba Carlos Alberto, quedó en silencio. Y él también.

Y es que eso es lo que hace Hugo por las noches. Pasarse de la tres a la cinco y bajarse en California. A veces lo que hace es irse ya por la tarde, vagabundear por las avenidas y mirar a la gente. Otras veces se va en el último metro y entonces se escabulle como un ratón que buscase su cubil. Su puesto ha sido cuidadosamente buscado. Se trata de una pequeña plazuela que da a la puerta del motel Cóndor desde la que se puede vigilar todo el patio. Además las farolas dejan un cono de sombra al fondo de la plaza. Donde los contenedores de basura. Así que ahí se mete y ahí pasa las noches que decide estar de guardia. Aparte, el motel también es de poner fáciles las cosas.

Porque hay una sola entrada al patio desde la calle, de modo que los coches tienen que darle el culo al entrar y el frente al salir. Porque justo donde está la entrada no hay árboles que obstaculicen la visión.

Así que Hugo se esconde en las noches y vigila. Lleva su botella de agua y algo para comer, también su cuaderno y sus bolígrafos. Y nunca se duerme. La rutina, en cada caso, es casi exacta.

Un coche da la vuelta en la rotonda y regresa. Es al enfilarse la entrada cuando muestra su matrícula y así Hugo puede anotarla. Entonces el coche pasa y aparca más allá. Luego es el conductor un instante en la pecera de la recepción y luego a lo largo del patio, hacia los edificios con forma de bungalow. Al poco tal vez una luz que se enciende y que está un rato encendida y

que luego se apaga o tal vez no. Por supuesto la mayoría de esos hombres aparecen al rato. Por supuesto a veces no es un hombre solo el que entra sino un hombre acompañado de una mujer. Otras veces no es un coche que entra sino que es una mujer que viene caminando por la calle, o un hombre. También puede ser alguien que se baja de un taxi. Gente que tal vez no vuelve a salir o que sale pasadas unas horas. Los hombres, si van caminando, le muestran claramente el rostro.

Hugo los vigila. Anota cada movimiento. Los hombres son indistintos y a veces son tipos jóvenes y otras veces viejos. Los hay flacos y gordos, blancos y oscuros de piel. El patrón se repite más en las mujeres. Porque suelen llevar botas o tacón y falda corta. Y siempre son jóvenes y lindas. Como era la mamá de Hugo.

Se pone especialmente nervioso si un hombre que ha entrado con una mujer sale más tarde solo. En tales casos espera con el corazón apretado hasta que ve la silueta de la mujer caminando a lo largo del patio. Luego la vigila a ella también. Mientras sale, mientras llama a un taxi, cuando sube y se aleja.

Vigila y anota.

23:47, sale coche. Un Chevelle SS del 70, color amarillo. Lo guía un hombre con bigote caído. Ojos oscuros y pelo hacia el blanco, con entradas. Piel de mestizo o de gitano. Remera azul. Matrícula CL4-544.

23:52, entra coche rojo. Pontiac descapotable del 64. Dentro van un hombre y una mujer. Matrícula E77284.

00:04, entra hombre de pelo blanco. Sesenta años. Ojos claros. Grandes bolsas bajo los ojos.

00:09, entra Thunderbolt negro del 65. Un hombre solo. Matrícula TF1-008.

00:17, sale coche azul. Dodge GT del 75, matrícula GNY-336. Lo guía un hombre de pelo largo con un bulto en la cabeza y arrugas en la frente. Alto. Lo acompaña una mujer.

00:22, sale un Lancia Flaminia del 59, rojo. Lo guía un hombre con sombrero blanco y bigote. Posible cicatriz en la mejilla.

00:24, sale mujer sola. Se va avenida abajo.

—¿Qué pasó?

—¿Qué pasó con qué?

—Con tu mamá. Si quieres hablar de ello...

Hugo mira al otro. Se encoge de hombros.

—Un tipo la mató en un motel. La mató y la dejó ahí. La encontraron a la mañana, cuando fueron a limpiar. Estaba con las manos atadas, ¿sabes? Así atrás. Y la habían navajeadado pero bien. Así, con unas tijeras.

21

Hugo

—Eh, Bravo.

—Bravo —le dicen los muchachos.

—No huyas, cabrón.

Bravo es Hugo. Hugo Bravo. Que ha venido cruzando el patio, que ha bajado la cabeza y lleva la mochila sobre los hombros. Pero los chicos, tres o cuatro, son mayores que él y tienen los ojos turbios y llenos de risa y lo siguen.

—Bravo, ¿qué pasó con tu mamá?

—¿Qué hacía tu mamá en el motel? —le vuelven a decir.

—¿La mamaba por horas?

Así que Hugo se vuelve y carga contra las risas y los ojos brillantes. Hugo carga y sabe que le va a doler. Carga y mientras lo hace se dice que lo más probable es que aquello sea justo de alguna manera. Que aquel dolor sea algo que pueda consolarlo de las ganas de no estar que lo atenazan a todas horas. Así que va y sucumbe, y cuando regresa a la casa le dice a la abuelita cualquier cosa. Que se cayó o lo que sea. Lo dice y la abuelita lo mira como si sobre la familia hubiera caído alguna maldición. Otro día lo agarran entre varios y lo llevan a los baños y lo desnudan y le atan las manos a la espalda y lo tienden boca abajo en el suelo. Y alguien le roza el cuello con unas tijeras y le pincha un poco mientras los demás se ríen.

Luego lo dejan allí.

Se despierta de golpe. Porque alguien ha tosido en la penumbra azulada. Es el momento en que los dos hijos de la Bella andan rebuscando en el cuerpo dormido de la mujer.

De pronto los niños se apartan.

Hay entonces una inspiración brusca, semejante a la de un pulmón que buscara aire por primera vez en cien años.

La mujer se incorpora de golpe. Bella abre los ojos.

Los niños se aterroran. Se echan a llorar.

22
Hugo

—¿Y la policía no supo quién se hospedaba en esa habitación en que encontraron a tu mamá?

—No.

—¿No hay que dar un carné o algo para registrarse en un motel?

—Ya, eso dice la lógica. Pero no.

—¿No?

—No. Porque, ¿sabes qué pasa? Pues que si los de los moteles se ponen a pedir carnés se les jode el negocio. Así que nombre falso.

—Ah, ¿y qué nombre era?

—Julián Páez. Hasta detuvieron a dos que se llamaban así. O los interrogaron, lo menos. Solo que ninguno de los dos era. Uno hasta tenía ochenta años.

—¿Y no hay cámaras ahí?

—Supuestamente. Pero pasa lo mismo que con los carnés. No interesa.

En la televisión de la pizzería ha estado viendo, durante la tarde, al padre Orellana, el párroco de la iglesia de la Buena Muerte. Al padre lo llaman «El cura de las mujeres» y es un hombre más bien bajito y muy blanco de piel que a Hugo le recuerda a una magdalena que alguien sacó del horno antes de tiempo. La entrevista tiene lugar en el propio despacho del sacerdote y Hugo solo puede imaginar lo que está diciendo. Cuando acaba el cura empiezan los gráficos y las estadísticas. Tantas muertas este mes solo en el área de Cheetah. Tantas en lo que va de año. Lo que quiere decir que son tantas al día de promedio. Cuando va hacia el metro localiza un pasquín nuevo. Mónica, 25. Y en California aún otro. Escondido en su puesto vigila y anota.

En la avenida ha habido un parpadeo de luces. Hugo ha mirado la hora y ha sentido y se ha dicho que lo mismo puede arriesgarse. Porque los restaurantes y los bistrós cerraron hace rato y nada se mueve. Porque es el momento en que se callan los perros y la ciudad parece estar respirando. Entonces sucede. Hugo, asomado entre los contenedores de basura del frente del Cóndor, lo ve con claridad. Primero el parpadeo, leve, de las farolas, como un temblor. Luego los semáforos destellando todos al mismo tiempo. De repente todas las luces son ámbar y dan uno, dos, tres toques. Entonces se apagan. Todas. Seguidamente vuelven a encenderse. Todas al mismo tiempo y todas en rojo. Los semáforos de los peatones lo mismo que los de los coches. Hugo saca el teléfono y graba. Para enseñarle a Carlos Alberto. Aquello dura tal vez treinta segundos. Luego cesa y Hugo va a meterse de vuelta en el escondite, pero entonces algo en la pared de un edificio le llama la atención. Hugo controla la calle y se acerca y empieza a arrancar

carteles de bandas de música. Pronto lo tiene. Otra vez aquella manera de dibujar tan basta y tan básica, otra vez una mujer y un hombre, solo que esta vez el hombre no duerme y la mujer está tras él y lo está ahogando con una cuerda que le ha puesto alrededor del cuello. La mujer le pisa la espalda al hombre. Este aparece con la boca y los ojos muy abiertos.

Hugo toma una foto. También el título y la firma. Adite y Menacles.

P.G. La firma.

Va a guardar el teléfono, pero se detiene en el último instante. Porque se da cuenta, de pronto, que se ha salido de la avenida en la que está el motel y ha entrado unos metros en una de las calles transversales. Ahora observa y ve la calle hasta abajo y por instinto se agacha, se mete en la sombra.

Lejos, como a cincuenta metros de donde él está, hay un hombre detenido junto a una furgoneta que está aparcada en la acera. El hombre, un tipo alto que viste una remera blanca, está acodado contra la ventanilla del vehículo, y la impresión es que habla con alguien de dentro. Hugo sigue allí cuando la trasera de la furgoneta se abre y surge otra persona. Una figura de poca talla que lleva puesta la capucha de la sudadera a pesar del calor. Hay una risa entonces y todo se precipita.

Primero hay un destellar en blanco y el hombre acodado cae desplomado al suelo. Después la trasera de la furgoneta vuelve a abrirse y surge otra persona. Las dos figuras cargan al desplomado y lo echan atrás y miran a su alrededor y vuelven al vehículo. Entonces la camioneta arranca y se pierde calle abajo.

Hugo se mete en su escondite y nota que le late muy fuerte el corazón. Como nota que no ha anotado la matrícula de la furgoneta. Sin darse cuenta anda musitando una canción que le ha brotado de pronto. Es tiempo de adrenalina, de empujar el peligro. De regresar al filo. Junto a ti.

Más tarde, cuando ya ha amanecido y viaja en el metro de vuelta, seguirá pensando todavía. Es un elemento que se le escapa de la ya de por sí extraña escena. Algo sutil. A lo que no llega.

Luiz y Benjamín

—¿Vosotros sabéis de dónde sale todo esto? —les había dicho aquel día el hermano de Renato, cuando había sido invierno y ellos se habían acercado a la moto y habían hablado con él de si los cuarenta y siete caballos o el embrague multidisco—. Pues sale de que yo consigo cositas. Cositas que le gustan a la gente.

Luego se vieron más veces. El hermano de Renato los había ido atrayendo lentamente. Un día se sentaron ya a hablar en serio.

—Es fácil —les dijo—. Lo primero es hacerse un perfil, aquí, ¿veis? Se coge una foto de internet y se pone como reclamo. Por supuesto todo dios sabe que es falsa, pero así, todo macho y abdominales, ¿veis? Y no hace falta poner que coméis pingas ni nada. Eso se supone porque esto no es de putos sino de maricas. Pero que ahí está el camuflaje, porque todo dios lo sabe. Y lo ponéis aquí abajo, ¿lo veis? Tengo de esto. De lo otro. Y el precio. O se puede poner con los emoticonos. Así. Este es para la viagrita. Y este para el GHB. O el popper. Y también los anabolizantes. Porque los anabolizantes y la Viagra son el círculo mágico, ¿entendéis? Porque los que usan mucho de lo primero luego necesitan de lo segundo. Porque la pinga se les queda tonta, ¿entendéis?

—¿Y si alguno nos llama para lo otro? —dijo uno de ellos, ahora Benjamín no se acordaba de cuál.

Uno de los chavales lo dijo y el hermano de Renato se echó a reír y con la risa hizo que le desaparecieran los ojos. Su carcajada rebotó obscena a lo largo de la calleja.

—Ah, capullitos, yo ahí no me meto. Si os apetece poner el culo...

Así están, ese es el negocio. El teléfono lo suministró el propio hermano de Renato y su tarea era estar pendientes, en plan una semana cada uno. Siempre con él, aun en el colegio. Porque podía llamar cualquiera. Y eso ha pasado, que Benjamín anda bajando las escaleras rumbo al recreo y le ha sonado el teléfono.

—¿Por dónde estás? —le dice al cliente.

—Por donde el cine.

—Pues date prisa.

Cuelgan y Benjamín trepa hasta la parte más alta de las gradas. Ahí se sienta a esperar, desde ahí vigila el enorme patio. En las pistas de fútbol guerrear los niños. Las niñas andan más por los rincones. Algunas sentadas junto a las escaleras o a la puerta del club social, o en la esquina donde los cristales hacen de espejo. Ahí se ponen, lo mismo ocho que diez que doce, y ensayan sus bailes. También hay siempre un grupo de niñas mirando y es ahí por donde suele andar Yanela. Benjamín la detecta enseguida. Lleva la camiseta de color azafrán y los vaqueros y

los botines y el pelo sujeto atrás con fuerza. Benjamín la mira, pero ella está lejos y no puede notarlo. A ratos quisiera ir hasta ella y agarrarla del brazo como hace Luiz y obligarla a que lo mirara. Se imagina los ojos enfadados de Yanela posados en él y eso hace que los huesos se le llenen de tristeza.

Pero la conversación. La que no tendrá con ella. La que quisiera tener.

—Eh, ¿a ti qué te pasa? —le diría a la muchacha.

—¿Qué me pasa de qué?

—¿Por qué no me hablas?

—Te estoy hablando ahora, ¿no me ves? —diría ella.

—Tú te crees que yo soy idiota.

—Es que lo eres.

Esa sería la conversación. Aparte los hechos, que sí son reales. Porque es real que desde hace días Yanela no le habla. Más aún, no parece ser capaz de oír las palabras que él pronuncia y, si mira en la dirección en la que Benjamín está, parece ser incapaz de enfocarlo debidamente o de constatar con certeza su presencia. Por supuesto, aquello sí que lo habló con Luiz.

—Cabrón, ¿tú le has dicho a Yanela que no me hable? —le había dicho Benjamín al otro.

Luiz lo había mirado un momento. Era de noche y estaban donde las vías y con los Fokkers.

—Sí, cabrón. Estás en la lista. Y lo mismo te digo a ti. Pasas de ella, ¿lo entiendes? —había dicho Luiz.

Benjamín había sentido entonces esa tristeza.

—¿O me pinchas?

—Tú lo has dicho, cabrón.

El cliente le hace una perdida y Benjamín se mueve rápido. Es un saltar y un descolgarse hasta el rincón que queda entre las gradas y la pared de detrás. Un meterse entre los cipreses que hacen de seto. Todo es rápido, limpio. Lo tuyo. Lo tuyo. Benjamín guarda el dinero y se vuelve a lo alto de la grada a comerse el bocadillo. Si cierra los ojos, le da la impresión de que todo el patio es del color de la camiseta de Yanela, y otra vez se imagina que la agarra del brazo y la obliga a que lo mire.

—Mira, esta es la pava del porno que me pone —le diría Benjamín a la muchacha—. ¿A quién crees que se parece?

—Ni sé —diría Yanela—. Paso.

—Se parece a ti.

—No, qué va.

—Pues mira cómo tengo la pinga.

Y entonces que ella lo mirara de aquella manera, que se asustara un poco, que sintiera el miedo lo mismo que hacía la actriz cuando le llegaba el otro flaco. Y luego agarrarla del brazo, como hace Luiz. Y que ella llorara.

—Cabrón —esa es la voz de Luiz, que interfiere—, que ya te he avisado.

—Que me comas el rabo. Que yo miro a quien quiero.

—Cabrón, que te la juegas.

La mamá de Yanela

La mamá de Yanela ha aparcado un poco más allá de la comisaría y ha mirado largamente al cartel. Luego se ha fumado un cigarro dentro del coche. Cuando al fin desciende, su paso es inseguro. Ante la puerta, vacila. Entonces se retira. En el puesto de comida callejera de la esquina, pide un caldo de fideos con gambas y luego toma el cubo de plástico y se acomoda en un banco. Entre el limpiazapatos y la Vespa azul. La mañana huele a flores frescas y a uva y a carteles de mendigo. A mujeres que regresan del mercado arrastrando enormes carritos. La mamá de Yanela come entre suspiros, y cuando el limpiazapatos la mira, lo que sucede un par de veces, ella mantiene los ojos fijos en el descascarado de la pared que hay justo frente a ellos. Come deprisa, ayudándose de los palillos, y cuando acaba se limpia las manos en la servilleta de papel y lo tira todo en la papelería. Luego toma aire y es como si se envalentonara o se resignara. La comisaría tiene dos farolas en la fachada y tres escalones de piedra. Se dice que es a eso a lo que huele la mañana. A piedra con ojos que quisieran mirar dentro de ella. Toma aire entonces y entra. En la máquina de la entrada pulsa «denuncias» y se sienta.

—Esta es la orden de alejamiento que él tiene —la mamá de Yanela entrega papeles al hombre vestido de uniforme que la atiende—, ¿lo ve? No puede acercarse a menos de doscientos metros de donde yo vivo. Tampoco a los niños.

El hombre de uniforme examina los papeles. Los comprueba del derecho y del revés. Escribe algo en el ordenador. La mira.

—Pero usted no lo vio a él, ¿no?

—No, pero ahí tiene usted la foto de su coche. En la esquina del bloque.

El hombre de uniforme suspira.

—Pero ¿él estaba dentro del coche?

—No lo sé. Yo no lo vi, al menos. Pero el coche sí estaba.

—¿Lo vio usted por los alrededores, lo vio en algún momento?

—No, pero usted no lo entiende.

—¿Qué no entiendo?

La mamá de Yanela lo mira detenidamente. No es un hombre mayor; de hecho, es más joven que ella misma, pero lo ve cansado. Tiene las manos grandes y rojas y una mancha en la cara, justo en el borde de la mejilla. Los ojos de una y otro coinciden y es como si ella le leyera la mente. Tú, está pensando él, no eres más que otra loca del coño. Y me tenéis hartos. Porque os pensáis que aquí no estamos más que para vuestras paranoias. La mamá de Yanela lo mira y quisiera levantarse, tirar la silla hacia atrás, armar un buen jaleo. Dar unos cuantos gritos. ¿Es que no sabes leer, capullo, es que no ves lo que pone ahí? Quiere hacerlo, pero al final no lo

hace. Solo firma su denuncia y sale. Fuera, en la recepción, hay una mujer que está repartiendo tarjetas y silbatos a otras mujeres. Ella la ha visto otras veces. Puede ser en la televisión local o a la puerta de la iglesia de la Buena Muerte. Sí, es la mujer del pelo tan blanco, esa que va siempre con el padre Orellana. La que está siempre metida en todas las marchas. Siempre con el megáfono. La mamá de Yanela se ha quedado de pie, con el papel en la mano, y la otra la ha mirado y le ha sonreído y le ha tendido algo.

—Ten, cariño —le dice la mujer—. Estamos todo el día. Las veinticuatro horas.

La mamá de Yanela ha terminado turno ya de madrugada. Le duelen las manos, los riñones. En el coche pone el despertador para temprano a la mañana siguiente porque tiene que ir al juzgado a decir lo mismo que le dijo al hombre de uniforme. Conduce en modo ausente y se interna por la Colonia. Es a partir de ahí que empieza a estar atenta, que empieza a dolerle la clavícula derecha, aquella que el otro le rompió. Siempre es igual.

Mientras guía va vigilando los coches a los lados. Lo hace con más intensidad conforme se acerca a los bloques. Sabe bien lo que busca. Y lo que busca es un Impala rojo del 66. El que él deja allí cada tanto. Para recordarle.

—Un día serás tú a la que saquen —le dijo él un día con una sonrisa pero con ojos tenebrosos y señalando a la televisión. La pantalla mostraba forenses sacando un cuerpo en una camilla, también cordones policiales y cámaras y jaleo—. Tú no podrás verlo, pero serás tú.

Apenas se da cuenta, pero su respiración se va acelerando. Empieza a sudar. Y más cuando llega a la bocana del callejón. Porque para aparcar tiene que maniobrar. Como mínimo dos marchas atrás. Sus ojos perforan las sombras. Los mil rincones desde los que alguien podría surgir. Arranca. Se aleja.

—¿Sí? —dice una voz de mujer. Una mujer joven.

La mamá de Yanela le explica la situación. Que por la mañana había estado en la comisaría y que allí estaba la mujer del pelo tan blanco. Que fue ella la que le había dado la tarjeta con el número de teléfono. Al otro lado, la mujer joven se hace cargo. Le pregunta. Dónde está ella. Le dice que llegan en diez minutos. Le pregunta si lleva el silbato.

—Sí.

—Úsalo, si notas algo raro. Eso los confunde. Y pon los seguros de las puertas.

Pasados diez minutos llega una furgoneta negra y se bajan de ella dos chicas. Las dos robustas, las dos calzadas con botas militares, una con el pelo teñido de azul.

—No te preocupes, cariño.

Entonces la escoltan hasta la Colonia. Otra vez bajan de la furgoneta y alumbran con linternas mientras ella aparca. Luego la acompañan a casa. Hasta la misma puerta.

—¿Crees que puede estar dentro?

—No. Pero pasad si queréis.

Al abrirse la puerta algo se mueve en el sofá. Prende la luz y es Yanela, que se frota los ojos. Yanela y la chica del pelo azul se miran un momento. La mamá de Yanela lo nota y se estremece.

25

Cynthia

Cynthia se ha despertado, sobresaltada, a las cuatro cero siete. Entonces aparta la sábana y se va a la ventana. Le gusta la avenida por las noches. Con sus toldos plegados y sus gatos silenciosos. La luna anda resbalando por la piel mate de los bulldozers que vinieron a levantar la acera y hay tinta en los rincones. Está ahí acodada cuando siente llegar a la furgoneta. Es una furgoneta negra, sin distintivos. Cynthia la mira un momento y la deja pasar. Solo que luego sucede lo extraño.

Porque la furgoneta ha llegado al final de la avenida y ha dado la luz.

Pero luego ha cambiado de carril y se ha metido para el centro de la plaza. Ahí ha estacionado.

La Laura Bassi, cuatro carriles, es una plaza amplia. De esas con jardín en el centro y estatua. Un hombre que levanta una mano como amenazando y que fue un general. La furgoneta se ha detenido junto al jardín y ahora hay varias personas moviéndose en torno a la estatua. Tres o cuatro figuras, Cynthia se da cuenta de pronto, que llevan la cara tapada con pasamontañas.

Es un instante, en cualquier caso. Porque rápidamente acaban y regresan al vehículo y este desaparece en dirección a Santiago. Cynthia cruza la habitación y entra en el baño. La ventana del baño da al patio de luces y no hay mucho que ver por ella. Más ventanas, paredes comidas por el cieno, tejados de uralita y plásticos abandonados. También ropa tendida y tuberías que desaparecen hacia las profundidades de la tierra. O eso, al menos, es lo que vería un ojo inexperto. Porque Cynthia es capaz de ver muchas más cosas. La purulencia olorosa del suelo, por ejemplo. O sombras algodonosas que susurran desde los rincones. O charcos de agua temblorosa en los que se reflejan los ojos de las estrellas. Y los ojos de las estrellas dictan siempre el mismo mensaje.

Todo, le dicen, podrá ser convenido. Todo se adaptará a lo que deba ser.

En la tapia del colegio, en el rincón que queda entre la verja que separa el patio de los mayores del de los pequeños, allí donde los niños jugaban al frontón con la pelota de tenis, hay una vieja inscripción medio oculta.

MÁS ALLÁ SE ABRE LO POSIBLE, QUE ES INMENSO. Eso dice. Y lo firma V.H. Un día Camila y ella preguntaron qué era aquello y quién lo había escrito. Les contestaron que aquello eran las palabras de los profetas. Y que no había más.

Cynthia mira por la ventana que da al patio y busca las diferencias, como en sus juegos de pequeña. Alguien ha puesto allí una escalera de madera, que ahora yace medio tendida entre los cubos rotos. Dentro de los cubos late también un ojo de agua. El ojo de agua la mira y la muchacha toma aire.

Lo posible, se dice, es inmenso.

Eso se dice. A ratos se sonríe y piensa en aquella deformación del chiste que en su día compartieron Las Risueñas.

«¿Qué hace clang en la ventana? El hombre con tenedores clavados en los ojos.»

Sonríe entonces. Y sus ojos no acompañan a la sonrisa. Y la sonrisa es espantosa.

26

Cynthia

—Apareció Stella.

El mensaje le llega tal cual. Así, a las once de la mañana y en el colegio. Las dos palabras escritas en la pantalla. Cynthia mirando en dirección a Camila y sintiendo que respiraba. Tal vez, se dice, no sea cierto aquello que decían las estrellas, aquello que contenía el ojo de agua que vivía dentro del cubo. El mensaje se lo ha mandado su hermana mayor, Sofía, y al rato ya está allí el papá, que viene a recogerla en el coche. Luego van los dos a recoger a Isabella al Liceo. Y de ahí para la casa de Stella. Donde están las dos mamás. La de Cynthia, la de Stella. Cynthia oye los gritos desde la calle, aún en el coche. Los oye luego por las escaleras. Está también Sofía, con su pelo azul. Se abrazan las tres hermanas.

—Nadie llora —les dice Sofía—, nadie llora.

Si las han sacado del colegio es porque la mamá exige saber que sus hijas están bien e intactas. Ahora sale y las abraza y las besa y da gracias a Dios. Cynthia se deja, pero las otras dos no tanto. Sofía se queda en el rincón de la escalera y mira para otro lado. Isabella bufa cuando la mamá la roza. Las mayores se niegan a entrar en la casa, pero la pequeña es arrastrada hacia la mamá de Stella, que es una masa de lágrimas y mocos y pelos desgredados. La mujer babea de rabia mientras insiste en un bucle infinito.

—Se lo dije, se lo dije.

—No dejes que ella te condicione. No dejes que ella te manipule.

En las escaleras de la casa de Stella Valenzuela se han sentado las tres hermanas Navarro. Ha sido Sofía la que le ha dado la advertencia a la pequeña.

—Y no llores —le dice ahora, y le seca una lágrima que se escurría—. Si lloras, ella gana. Y ganan ellos. Así que nadie llora, porque no les damos ese gusto.

—Tengo miedo —dice Cynthia.

Sofía la abraza.

—Eso es lo que quiere mamá. ¿Tú quieres que mamá gane?

—No.

—Entonces.

Aquello tiene que ver con la historia de Stella Valenzuela. También las mil peleas con la mamá. Porque Stella era de aquellas valientes que salían a correr por la zona del Parque Franklin. Y ese desafío trajo las peleas, claro, que Cynthia y sus hermanas conocían de memoria. Que no fuera. Que por el parque no fuera.

—Pero el parque, mamá, es de todos —decía Stella.

—Pues al menos no vayas sola —decía su mamá—. Ve con alguna amiga. O con algún hombre.

Y sí que iban varias, siempre al menos dos. Pero, aun así. Luego la mamá de Cynthia, que también lo mismo.

—¿Y es que no ven que al ir solas por la noche andan provocando a los hombres?, ¿es que no ven que van diciendo «atreveos»?

Y allí la pelea, claro. Porque cuando se produjo esa conversación, aún estaba Sofía en la casa de los papás.

—Eres lo peor, mamá.

—Vamos a rezar, hijas.

—Me cago en tu Dios, mamá. Porque es al revés. Y no lo entiendes.

Sofía, por supuesto, ya estaba desterrada, sentenciada, desde aquel día. Pero Stella y sus amigas seguían corriendo por el parque. Porque el parque era de todos. Y porque, aunque tal vez tuvieran miedo, no estaban dispuestas a asumir la doctrina de las mamás. Así que no. La lucha por el espacio. Por el ejemplo. Así hasta aquella noche, que iban Stella y otra por el Franklin. Iban las dos y no volvió ninguna. Hasta ahora.

—¿Y por dónde las encontraron?

—Pues ya lejos. Como al otro lado. Al final del Industrial Bellavista. Metidas entre unos plásticos. Parece que las olió un perro en un campito.

Aparte se van sabiendo más cosas, que van llegando como a cuentagotas al teléfono de Sofía. Torturadas, apuñaladas, estranguladas. Y lo otro. Las hermanas van hablando y Cynthia no hace más que pensar en la suave caricia del plástico contra la piel y quisiera preguntarlo. Porque no es lo mismo el plástico de un saco de cemento, pongamos, que el de una bolsa de la compra. Porque uno es más como un alga de esas que te acarician los pies cuando te bañas en el mar, y el otro sería más como un cartón poroso. Le parece una cuestión importante.

Se lo sigue pareciendo cuando por las escaleras ven ya subir al padre Orellana, «El cura de las mujeres», que viene acompañado por aquella mujer del pelo tan blanco que les dio la conferencia en el colegio, cuando desapareció aquella Natalia que volvía de lo de su papá en el autobús. Sofía se levanta y va a los recién llegados, saluda al padre y se abraza con la mujer. Luego la presenta a las hermanas.

—Fernanda —le dice—, te presento a mis hermanas. Isabella y Cynthia. Chicas, esta es Fernanda Salazar.

Se tienden las manos, se besan las mejillas. Luego se quedan calladas. Porque el cura ha entrado en la casa y hay gritos y no tienen más remedio que mirar. La mamá de Stella se ha abalanzado contra él. Se le ha echado encima y lo golpea con los puños, con las uñas. El padre se deja hacer y la mujer se va calmando poco a poco. Al final lo abraza. El cura tiene la cara arañada y Cynthia ve una larga gota de sangre que le va bajando por la garganta y se le posa, como una paloma, en el alzacuello.

Es tarde cuando el papá las acerca hasta la casa. La niña se mete en el baño, abre la ventana y deja que el aroma putrefacto del patio la invada mientras anda quitándose la tela que le comprime los pechos. Cuando se asoma, los plásticos se mecen al viento en su honor, y ella hace

como que alarga la mano por si pudiera tocarlos, lo que pasa es que están muchos metros más abajo y no los puede alcanzar. Sería, se dice pensativa, como bailar dentro de un sudario. Piensa todo eso, pero no quiere mirar hacia los ojos que esconden los cubos. Porque ahí estaría la verdad. Cuando se tiende en su cama, sigue pensando en la inmensidad de lo posible y parece que considere algo. Como si la aparición de Stella, de alguna manera, entorpeciera la cuestión. Tarda en dormirse y su última preocupación antes de hacerlo es si por la mañana la despertará la alarma del teléfono o si lo hará aquel brusco cambio de respiración de cada día. Porque, se dice en el último instante, ese cambio de respiración es un buen amigo. Porque es ahí donde reside aquella certeza. Aquel más allá donde se abre lo posible.

Y lo necesita. Justo entonces se da cuenta.

27
Cynthia

—Papá, hay manifestación. Esta tarde —está diciendo Isabella.

—Lo sé.

—Yo voy a ir.

—Querrás decir, Isabella, que pides permiso para ir.

—Llámallo como quieras.

—Yo también quiero ir —dice Cynthia.

—No. Tú, no.

—Ella también tiene derecho a ir.

—He dicho que Cynthia, no. Es pequeña. Y ya sabéis qué pasa si yo le doy permiso. Así que no. Ya vendrán tiempos mejores.

—Voy a ir a casa de Sofía —dice Isabella.

—¿Para qué?

—Están haciendo carteles y pancartas.

—Yo también quiero ir —dice Cynthia.

Al final lo acuerdan. El papá las lleva, pero luego pasará a por Cynthia. Entonces las hermanas mayores irán a la manifestación y, cuando acabe, Sofía traerá a Isabella a casa. Cynthia, mientras, se quedará en la casa de los primos hasta que el papá vaya a buscarla. Las niñas se muestran de acuerdo, incluso al papá le da la impresión de que Cynthia se siente aliviada por aquello.

En la casa de Sofía hay otras chicas y está sonando música a todo trapo. Les dan brochas y sábanas y las dos hermanas se buscan un rincón en la terraza.

ESTAMOS CANSADAS DE LLORAR. YA NO LLORAMOS MÁS.

QUÉ IMPORTA SI SALIÓ DE FIESTA. QUÉ IMPORTA SI SALIÓ A CORRER.

NO SOMOS SUMISAS.

LAS NENAS NO SOMOS DELICADAS.

El papá viene a buscarla a eso de las seis. No sube, sino que la llama desde la calle y es Sofía la que la acompaña escaleras abajo. Sofía que luego dirá que había algo en los ojos de la pequeña. Aunque Cynthia, dirá Sofía, nunca explicó nada ni dejó que nadie sospechara. Quién, dirá Sofía, iba a pensar. Abajo la niña se abraza a la hermana y tiene un momento en que siente que le fallan las piernas y que le quedan dos centímetros para echarse atrás. Pero no sucede. Porque lo ha entendido. Que todo lo que habían estado poniendo en el perfil de Las Risueñas no era más que

una anticipación. Que aquello era lo mismo que el no respirar por las noches y que el despertarse de golpe o que la licuefacción pútrida del patio y que los ojos de las estrellas. Así que va muy callada todo el trayecto y luego se baja del coche y acompaña al papá hasta arriba.

Arriba pasa que la prima no está, solo el primo Severiano. Porque la prima también se ha ido para la manifestación, pero el primo le hace el favor al papá. Los dos hombres hablan un momento en el rellano y Cynthia se va casa adentro. Ella ya sabe lo que va a utilizar. Está ahí, sobre la encimera, sobresaliendo sus buenos diez centímetros sobre el resto de las palas y los cucharones. Lo agarra al pasar y lo pone en la silla, junto al muslo que tanto le gusta al primo, en la silla. Entonces espera.

El objeto tiene el mango de madera y sus dos puntas brillan en aceros y se habrá usado, imagina Cynthia, para trincar pavos en alguna ocasión. El hombre, que es bajito, que anda despeinado como si acabara de levantarse, que tiene el bigotito blanco, que está en pijama, que huele a orín y a rancio, que viene arrastrando las zapatillas, la mira desde la puerta de la cocina. Aparentemente, ella tiene la mirada perdida, pero lo vigila.

«¿Qué hace clang en la ventana?», se acuerda.

Entonces casi sonrío. Es una sonrisa espantosa. Pero la contiene. Otra vez comprende. Se siente más cierta que nunca.

Luiz y Benjamín

Es una brillante mañana de sábado y hace un rato los ha llamado el hermano de Renato. En plan que hablemos y nos organicemos. Y hagamos cuentas y un poco de inventario, capullitos. Así que allí se han plantado los dos a la hora acordada. Solo que se les ha colado otro. Uno al que conocen de verlo a veces por la Colonia. El típico que aterriza y parece conocer a todos y que habla lo mismo con uno que con otro. Cuando los chicos llegan, el hermano de Renato tiene el casco en la mano y su cara es pensativa. Él los advierte con la mirada y Luiz y Benjamín se mantienen a distancia, como en sus cosas.

—¿Quién dices que era? —comenta el hermano de Renato. El otro abre mucho los ojos.

—Mi primo Camilo, joder. ¿No te acuerdas de él? Si estuviste en su casa, allá por California.

—Ah —dice el hermano de Renato—, y ¿qué pasó?

—Pues lo que te digo. Que nadie sabe. Se evaporó.

El hermano de Renato mira al otro y el otro se desespera por momentos. El asunto merece consideración. Porque el tal Camilo, al parecer, había estado trabajando en su turno normal, de noche. Parece que había salido de trabajar a eso de las tres y que le había mandado el típico mensaje a la esposa. Voy para allá, cariño. Solo que no había llegado y luego, por la mañana, apareció el coche donde siempre lo dejaba, como a dos manzanas de la casa. Y más cosas, porque, si lo llamaban por teléfono el teléfono daba apagado. Y que la policía decía que había dejado de dar señal a las tres y cuarenta y siete. Solo que lo importante, decía el otro, era lo del coche.

—Porque el coche está donde está —dice el otro—. Y si está ahí, es que llegó, ¿entiendes?

—Claro.

—Y desde entonces nada. Además en la zona esa no hay cámaras. Que está la ciudad llena de cámaras pero que justo ahí no hay.

Así siguen un poco más y luego el otro se va. El hermano de Renato se queda mirándolo un momento mientras se marcha. Los chicos se acercan, silenciosos.

—Vamos para allá —señala el hermano de Renato.

Para allá es siguiendo la tapia, donde hay unos bancos de piedra en los que da algo de sombra. Ahí se organizan. Si pasa alguien cerca se callan y se desentienden. Por supuesto el silencio es diferente en caso de que cruce la zona alguna muchacha. Porque los ojos se vuelven más espesos entonces, o están más hambrientos, o contienen aquella nota de desesperación.

Ay, poco te rompen el culo a ti.

Eso pueden decirles. Las muchachas, entonces, pueden acelerar o pueden volverse y responder con un insulto. Ellos se ríen cada vez. Porque no importa. Y están en su derecho.

—Y tú, capullín —le dice el hermano de Renato a Luiz—, ¿cuándo me vas a conseguir esas fotos de tu novia? Que eso, bien movido, es pasta. O un videíto. ¿No te manda videos? Pues es fácil. Todas lo hacen. Tú le dices mándame uno, que estoy con el palo tieso, o ¿no dices que me quieres? Y zas, te lo manda, cabrón. Si le aprietas. Si no, ¿para qué tienes tú una novia? Pues eso. Que se ponga ahí en el baño, o en el cuarto, delante del espejo. Y que son mil napas así, pam, en tu mano.

El hermano de Renato habla pero Luiz está mirando a lo lejos. El otro se ríe y le desaparecen los ojos de la cara.

—Ah, capullín, ¿te enfadas? No te enfades, hombre. ¿No acabas tú de decirles a esas lo que les has dicho? O qué pasa, ¿que tú no ves porno?, ¿no te pones ahí con tu teléfono a zumbártela? Y qué te piensas, ¿que esas tipas no son las hermanas de alguien o las hijas de alguien o las novias de alguien? Capullín, que se te olvidan las cosas.

El hermano de Renato alarga la mano como para revolverle el pelo a Luiz, pero el niño no lo deja. Mueve a su vez la mano y aparta la del otro. Lo advierte con la mirada, pero solo consigue que el hermano de Renato vuelva a reírse con aquella boca tan rara que tiene, con aquellos ojos como espantados, escondidos.

Luiz y Benjamín

—Mira —dice Benjamín.

Es la misma mañana de sábado, solo que ya calcina. El sol parece flotar en la neblina que se desprende de los vagones recalentados. Benjamín lo reclama y Luiz suspende el Fokker sobre los tejados de Guillemont y le mira.

La palma de la mano del otro, blanca, y allí dos pastillas inconfundibles. Azules, de forma romboidal. Luiz mira a su amigo. Se le ha secado la garganta.

—¿Qué has hecho?

Benjamín sonríe.

—Vamos a hacer el inventario, cabroncitos —dice imitando al hermano de Renato—. Ese cabrón se piensa que lo controla todo. Pero no.

Las miran un momento. Al rodar entre los dedos las pastillas tienen tacto de plástico y parecen dragones dormidos.

—¿Tienes agua ahí?

—Sí.

Se mueven hacia la zona en que la tapia hace algo semejante a un contrafuerte. Allí donde está el viejo edificio que primero iban a ser garajes y luego nada más que casa de palomas y de ratas. Allá los chicos del barrio ya arrancaron las puertas y reventaron los pocos cristales que quedaban. Alguien, después, dejó allí un viejo colchón. Ahí se meten a veces los dos si el sol aprieta o si quieren un plus de intimidad. Se ríen.

—Mira.

—Nunca se me había puesto así. Nunca.

Así que ponen el teléfono de Luiz entre los dos y empiezan a rebuscar. Hoy chicas jóvenes haciendo justo eso que les ha dicho el hermano de Renato. Los muchachos sacan las lenguas y se esfuerzan y al poco están empapados en sudor. Porque hace calor en el edificio, pero es peor el calor que llevan dentro. Las cabezas les laten y se les desdibujan las siluetas como si el mundo anduviera lleno de un humo de color turquesa. Luiz grita, se desespera. Se levanta de golpe.

Joder. Joder.

Luiz camina un momento por la habitación. Hay botellas vacías, latas de refresco aplastadas. Vuelve a sentarse y son como dos locomotoras enloquecidas que quisieran llegar hasta el final de la vía y despeñarse. Solo que no hay final de la vía, al contrario, siempre hay un valle detrás de cada colina.

Luiz se ha quedado panza arriba. Dos vigas de acero sostienen el infierno de uralita por el que se pasean las cucarachas. Si mira hacia abajo, hacia donde está aquel pedazo de hierro que le ha brotado, siente que se deshace en un millón de partículas de placer anticipado. De pronto es necesario que él se desprenda de aquello. Que se desprenda ya. Ahora. Porque le da la impresión de que, si no lo consigue, de alguna manera va a estallar o se va a tirar por la ventana o se va a ir recto para las vías. Porque aquel calor que le tiene invadido es como una coraza de barro que se le hubiera adosado al cuerpo, que no le dejara ni un milímetro de piel expuesta por la que respirar. Y dónde está, se dice de pronto, la cabrona de mi novia, ¿es que no tengo yo una novia? Y, si la tengo, ¿por qué no está ella aquí? ¿O es que ella no tiene un coño como el de las otras? Pensar en eso lo hace abrir la boca desmesuradamente, como si fuera un león sobre una piedra ardiendo en la llanura. Y meterla. Si la metiera, entonces seguro que podría llegar al final de aquella vía y liberarse de aquella cáscara asfixiante. El cielo ha ondulado de alguna manera y Luiz sabe que ha dejado de pensar con claridad. Solo que no le importa. Porque hay cosas que son más urgentes. El video que tenían puesto en el teléfono ha terminado y Luiz toma el aparato en la mano. Nota la mirada de Benjamín. Entonces se rebela. Y tú, piensa, sí eres cabrón. Porque no me gusta que me leas el pensamiento. Porque el otro sabe lo que ha estado pensando igual que él sabe lo que está pensando el otro. Pero ya, piensa Luiz, va a abrir la boca. Míralo.

—La mamá de Oliver... —dice Benjamín.

—¿Qué?

—¿Estará en su casa?

Por supuesto Luiz sabe que el otro le está desviando la atención para que no piense en Yanela. Sin embargo el otro es bueno, porque ha conseguido que se calme un poco.

—¿Y qué si está?

—Que podríamos ir.

—¿Ir?

—Sí. Vamos ahí, con las pingas tiesas. Y se las enseñamos: Mira, mira lo que tenemos para ti, ¿lo quieres?

Luiz mira a Benjamín y se mira la pinga. Vuelve a ser consciente de que, de alguna manera, el zumbido que siente en la cabeza no lo está dejando pensar bien.

—Ella es una come pingas —dice Benjamín—. A ella le encanta. O acuérdate de aquel día que andaba sin el sostén y provocándote.

—La vida no es así, cabrón —dice Luiz.

Luiz lo ha dicho pero se ha notado que no está seguro. Benjamín lo mira.

—Seguro que vamos allí y nos la mama.

Benjamín lo dice, Luiz se ríe. El calor le atraviesa la cabeza, le desborda los ojos, le aprieta desde dentro, como si le fuera a estallar.

Han saltado la tapia por la zona del callejón y se han metido por la arcada. Llevan las pingas sujetas con la goma de los slips, pero aun así les hace bulto. Eso les llena la cara de risa. En el patio alguien ha tendido unas sábanas azules y los muchachos las rozan apenas cuando suben por las escaleras hasta la terraza del primero. Ahí se quedan muy quietos. Porque en la terraza está Martina, la hermana de Oliver. La niña enseñabragas los mira.

—Oliver no está —les dice.

Los niños se han quedado parados junto al último escalón. Luiz mirando a la niña. Desde luego es mucho menos guapa que Yanela. Y más morena. De pelo y de piel. De alguna forma es una copia previa de la mamá. La niña los mira. Y no le gusta a Luiz.

—Estáis muy raros —les dice.

Ellos no dicen nada. Se van, dejando su rastro de calor infernal por las escaleras abajo. Benjamín parece que arrastre una larga cadena y Luiz no puede dejar de pensar. Porque la zorra de Yanela no va a querer que él se la meta. Y tiene que meterla. La idea se ha asido a su cabeza y no la puede expulsar. Aquello, se dice una vez y otra, que tienen las otras y que también lo tiene Yanela. Así que se sienta de golpe en los escalones y saca el teléfono. Se vuelve para Benjamín, que lo está mirando.

—Mejor vete, cabrón —le dice al otro—. Que esto no es asunto tuyo.

Pero el cabrón no se va. Lo está mirando. De pronto sonrío. Señala hacia arriba.

—¿Y si nos la llevamos? —dice.

—¿A quién?

—A Martina.

Luiz se ríe. Sabe lo que está haciendo el otro, pero se ríe. Benjamín está de pronto muy serio. Y vuelve a hablarle. El cabrón manipulador.

—Si vas tú —le está diciendo Benjamín— se viene. Ella te quiere, ¿o no lo sabes?

Es cierto. Él lo sabe. Luiz siente que los colores de la mañana han cambiado. Así que sube. Martina sigue allí y ahora lo mira y a Luiz le da la impresión de que ella sabe lo que él quiere. Eso lo enfada. Lo hace pero habla con mucha calma.

—Oye, ¿qué haces?

—Nada. ¿Y a ti qué te pasa? Estás raro.

—Bah, no tanto. Oye, ¿quieres ver una cosa?

—¿Una cosa?

—Sí.

—Bueno.

—Pero no puede ser aquí. Tiene que ser en las vías.

—¿Qué cosa?

—Tú vente.

30
Hugo

—¿Y dónde dices que está siendo?

—Cabrón, ya fue —dice Carlos Alberto—. Ya acabó.

—Pero ¿dónde?

—Pues ahí abajo. Donde La Colonia. Al otro lado de la vía. Por donde descargan los mercancías.

Ha sido la misma mañana luminosa de sábado, de esas con luz de pájaros y desesperación llegando el mediodía. Hugo ha llegado al cine con un nuevo grafiti. Uno que alguien encontró por allá por Colón. Y con la misma firma y la misma temática de todos los otros, incluidos los dos nombres. Antenela y Ciseo. Así que Hugo orgulloso. Solo que era Carlos Alberto el que tenía la bomba. Porque no paraban de llegarle videos al teléfono. Ahora se han callado y la luz de la pantalla les afila los rostros. Carlos Alberto está mirando a Hugo con la frente arrugada.

—Te lo dije —dice—. Te lo dije mil veces.

—¿El qué?

—Que esto no se aguantaba y que un día se armaría.

Hugo mira un momento al otro y luego regresa a la pantalla del teléfono. Las imágenes son inequívocas. El montón de teléfonos levantados, grabando. Los gritos de la gente. La imagen saltando. Ahora una ventana, una pared, el rótulo de una tienda, un montón de plásticos, los coches aparcados al fondo de un callejón. La gente. Arrojando cosas, precipitándose, amontonándose. Es difícil seguirlo todo de una forma correlativa. Porque hay mucha confusión. Rostros que de pronto se vuelven. Alguien gritando. Luego un plano de un rostro que destaca entre los cientos de cuerpos que se amontonan. Y los gritos que arrecian.

—Ese es uno de los niños, ahí, ¿ves? Y ese el otro.

El teléfono vibra cada poco. Carlos Alberto va abriendo los archivos. A veces detiene una grabación para visualizar otra. La pantalla se detiene de pronto en el rostro espantado de uno de los niños, y Hugo se dice que es un niño moreno y guapo, que no puede ser mayor que él. Parece aterrado. Lleno de una certeza imparable. Carlos Alberto bufa.

—Ahí ya lo sabe —dice—. Ya lo ha entendido, ¿lo ves?

Son caras ennegrecidas, llenas de sangre, despeinadas. Los rostros desaparecen de pronto en mitad de la orgía de sombras, cuerpos y gritos. Caen golpes y patadas. Sin embargo, lo más terrible, así se lo parece a Hugo, es el rugido de la gente.

—¿Y la policía?

—No llegó, cabrón. Fue cosa de diez minutos.

De pronto hay una llamarada y la gente se aparta. Los gritos de uno de los niños son espantosos. El otro es como si no estuviera. Hay gente arrojando gasolina y Carlos Alberto comenta que hicieron una recaudación ahí mismo para comprarla.

—Modo *crowdfunding*, cabrón. A ver si encuentro el video en el que están recolectando. Tiene que estar.

—¿Se sabe qué hicieron?

—Se llevaron a una niña. A una vecinita de ellos.

—¿Y?

—Y todo, cabrón. Y todo. Ahí, en un garaje abandonado que había al lado de las vías.

Se quedan callados mientras llegan más videos. Algunos son de antes, de cuando la gente estaba amontonándose delante de la casa. Hay una mujer que tal vez sea la mamá de la niña. Hay otra que tal vez sea la de uno de los niños. A esa la golpean, la apartan. La mujer grita y sus gritos son tan terribles como los de la otra. Hay videos también de después. De los despojos que el aire mece apenas, del sonido de los coches de policía a lo lejos. De la gente dispersándose.

—Pero ¿la gente está segura?

—¿De qué?

—De si fueron o no fueron.

Carlos Alberto mira a la pantalla, luego a Hugo.

—Pues más vale que sí que fueran, ¿no?

—Cuéntame lo del asteroide otra vez.

Carlos Alberto mira a Hugo. Ha vuelto a terminar la película. Se sabe, ya, que solo queda una proyección más. Porque al día siguiente será otra. Hugo le ha preguntado por aquella película de la chica que se iba con los gitanos a la playa y Carlos Alberto le ha dado el nombre de la actriz. Desde luego que la muchacha tenía un buen culo. El mejor. Carlos Alberto lo ha dicho y Hugo ha vuelto a pensar en aquella canción que justo le había llegado la otra noche, la canción de la adrenalina y el filo y el peligro. Se dice que está casi seguro de que esa es la canción que cantaba la muchacha de la película, pero no lo comprueba en el teléfono. En lugar de eso se vuelve hacia Carlos Alberto.

—¿Cómo lo llamaron, al asteroide?

—Asclepio.

Lentamente, Carlos Alberto va desgranando la historia. Que tampoco habían nacido ninguno de los dos cuando pasó todo aquello. Porque fue que lo vieron en el cielo con los telescopios el 30 de marzo del 89. Entonces empezaron a hacerse preguntas. En plan: Esto de dónde ha salido. De dónde viene. Y se echaban las manos a la cabeza.

—Porque lo vieron el 30 de marzo —dice Carlos Alberto—. Pero le fueron echando hacia atrás a la fecha, como en la repetición de las jugadas. Lo echaron para atrás hasta que lo vieron pasar a setecientos mil kilómetros de la Tierra, lo que para las dimensiones del universo es el pelo de un camello, un 22 de marzo. Pero que no fue solo que pasara a esa distancia, no. Es que, además, aquello atravesó la órbita de la Tierra. O sea que cruzó por donde la Tierra iba a pasar seis horas después. ¿Sabes cuánto medía?

—No.

—Trescientos metros de largo. ¿Sabes a cuántas bombas atómicas como la de Hiroshima hubiera equivalido su impacto sobre la Tierra?

—No.

—A treinta y siete mil quinientas, cabrón. Treinta y siete mil quinientas bombas como las del maldito Hiroshima.

31
Hugo

—Pero la cuestión, cabrón —sigue Carlos Alberto—, no es que desde el espacio infinito alguien nos lanzara treinta mil bombas atómicas. No.

—¿Y cuál es? —pregunta Hugo.

—La cuestión es que nadie lo vio venir. Que nadie supo que venía. Que si hubiera pegado en la diana no habríamos tenido tiempo ni de estornudar. Ni de saber qué mierda pasaba.

—Pero ahora están vigilando, ¿no?

Carlos Alberto se ríe y tiene los dientes muy salidos y los muestra.

—Sí, pero eso no valdrá ni de mierda. Porque, ¿tú sabes cuánto del espacio pueden controlar con los telescopios? Ni un diez por ciento, cabrón.

Eso fue un rato antes porque ahora la situación es que están proyectando por última vez la película. A ratos la pantalla funde a negro y entonces la sala se llena de un vapor terroso y tal vez alguien tosa mientras brillan diminutos puntos de luz. Hugo le ha mostrado a Carlos Alberto el video de los semáforos en rojo y el otro se ha marchado derrotado. También le ha contado aquello de lo que fue testigo. Aquello de la furgoneta y el hombre que se habían llevado.

—¿Y qué es eso raro que dices que notaste? —preguntó, pensativo, Carlos Alberto.

—No lo sé. Pero había algo que no cuadraba. Que no estaba bien.

Ahora Hugo dormita y a ratos está en la pantalla y a ratos se acuerda de la historia del asteroide. A Hugo le gusta esa historia. Le gusta más que las otras historias que suele contar Carlos Alberto. Más que la del teniente coronel Petrov y más que la del comandante adjunto Arjipov en la crisis de los misiles de Cuba. Y, como le gusta especialmente, a ratos la deshilacha o se columpia en ella o se queda largas horas en el sótano de la casa de la abuelita mirándola desde todos los ángulos. Y mientras la mira, o se mece, trata de decidir quién es él en la historia. Si es el vigilante que mira incansablemente a la noche fría o si es la roca solitaria que lleva cayendo desde el principio de los tiempos y cuya trayectoria infaliblemente acertará.

Sí, se dice a ratos, es una historia adecuada. Luego tararea la canción que cantaba aquella muchacha. Estoy en el borde. En el filo. Contigo.

A ratos dormita, a ratos abre los ojos y mira. La película ha llegado por última vez a cuando el rey pisa el pabellón abandonado y encuentra el cuerpo inconsciente de la Bella. Cuando la mira. Cuando la va desnudando. Cuando empieza a tocarla.

Hugo mira y cuando nota que la pinga se le empieza a parar le da puñetazos hasta que se le baja. Luego vuelve a dormir. Llega a ello justo antes de quedar vencido. Lo piensa pero luego no recordará.

—Eran mujeres —dice en un leve susurro—. Eran mujeres. Eso era lo que no cuadraba.

Tercera parte
Las Alegres

Las dos mujeres

Las dos mujeres son rubias y de ojos claros. Lo mismo tienen treinta y cinco que cuarenta, pero la más joven de las dos lleva un tigre envuelto en unas alas tatuado en torno al cuello y sobre el hombro derecho. Las dos han pasado la tarde por los museos de Cisterna. Sobre las nueve han entrado en un parking público y han vuelto a salir al poco a los mandos de un Dodge GT del 75. La noche ha llegado y el Dodge se mueve en dirección a los polígonos industriales del Obregón Hidalgo y después da una lenta vuelta a la ciudad. Es cierto que se le ve, en algún momento, atravesando Maternidad. También es cierto que cruza, ya con la noche muy cerrada, el río por el puente Bellavista y que luego gira hacia Ciudad Universitaria. Las dos mujeres van dentro, tranquilas, mayormente en silencio. Si hay un semáforo en rojo aprovechan para consultar el mapa que la más joven lleva sobre las rodillas o para beber café de un termo o para mordisquear algún emparedado. El recorrido que desarrollan no parece tener ningún sentido. Las calles se van vaciando conforme entra la madrugada y el Dodge ralentiza su marcha cuando pasa cerca de alguna furgoneta aparcada. Lo hace al llegar junto a una Morris J4 de color azafrán y más tarde al acercarse a una Citroën H color gris pizarra. En cada ocasión, las mujeres consultan el mapa y hablan en voz baja. Luego siguen.

En su errática vuelta a la ciudad han ido primero hacia el norte y luego se han desviado al este para girar al sur, y al final han vuelto sobre sus pasos. Están casi regresando al río cuando la ven.

La ve la más joven con el rabillo del ojo, aparcada debajo de la marquesina de un teatro. Le hace entonces un gesto a su compañera.

Es una Jinbei de dos mil setecientos centímetros cúbicos, color verde oliva. Las dos mujeres consultan el mapa. Se miran entre sí y observan en todas direcciones, entonces optan por avanzar unas decenas de metros. Luego el Dodge da la vuelta y se coloca junto a la furgoneta. Entonces todo sucede a velocidad de vértigo. La más joven se desliza con profesional sigilo y fuerza la puerta de la Jinbei en unos segundos, y en un instante el vehículo está puesto en marcha. El Dodge arranca entonces y los dos vehículos, uno detrás de otro, llegan al río y durante un trecho lo van siguiendo. Al amanecer se encuentran ya fuera de la ciudad.

En el destino hay un garaje, que la mayor de las dos acciona con un mando a distancia desde el interior del Dodge. La furgoneta entra y luego la puerta se cierra. Más allá del garaje hay una casa y allí la más joven espera a la otra. Miran el teléfono y marcan. La primera vez nadie contesta, ni tampoco la segunda. Sí la tercera.

—¿Diga?

—No soy pacífica ni tampoco rumiante —dice la más joven de las dos.

—Ok —le dice la voz al otro lado.

Luego la más joven da la clave, cuelga y se queda mirando a la otra. La mayor necesita una ducha, o eso dice. La más joven la ve ir. Luego se sienta delante del ordenador, lo enciende.

[De *Las revueltas en el nuevo siglo*, por el doctor Marcos Sandoval, Editorial EDH. (Fragmento.)]

... Cuestión aparte es si los actos llevados a cabo por Las Alegres debieran ser considerados como actos de terrorismo. La pregunta requiere no pocas consideraciones.

Una acción violenta podría considerarse terrorismo, según definiciones clásicas, a partir del momento en que los efectos psicológicos que produce, y que pretende producir, están en desproporción con el resultado físico de los mismos. Es decir, el concepto exponencial del hecho de, al matar a una persona, ser capaz de aterrorizar a cinco mil. Del mismo modo, a mayor desproporción entre los medios empleados en la violencia y los fines perseguidos, con mayor facilidad podría darse a ese acto la calificación de terrorista. Aparte se han de considerar diversos aspectos.

El carácter simbólico de los actos, por ejemplo. El terrorismo, por definición, es indiscriminado, impredecible, arbitrario y extremo. En ese sentido la actividad de Las Alegres se aproxima mucho al concepto del terrorismo clásico, pues contiene los elementos de violencia e intimidación sistemática, así como de imposición de un castigo directo y sin previo aviso. Otra cuestión que deberá ser tenida en cuenta es la de la justificación de los actos, que en este caso se pretende que venga determinada por la atribución a un determinado colectivo (las mujeres) de la posición del desesperado que no puede encontrar otro medio más que el daño indiscriminado como forma de ser escuchado. Por supuesto, se considerará igualmente el efecto de llamada a la acción de las masas, y se formulará la pregunta de cuánto de reacción frente al declive o incapacidad de respuesta de otros medios de protesta contienen los actos de Las Alegres.

Dadas las anteriores características, podría considerarse que la respuesta a la pregunta inicial es sencilla. Sin embargo, hay en los actos de Las Alegres numerosas novedades que los distinguen del terrorismo clásico. La principal de ellas es el grupo social en el que se pretende influir psicológicamente, que abarca a todo el género masculino. Es decir, Las Alegres no pretenden generar miedo ni en una clase política ni en una clase social ni en una determinada ideología. Ni siquiera en el total de la población. No, pretenden generar el terror en todos los hombres sin distinción alguna.

La segunda novedad tiene que ver con el uso de la propaganda. El terrorismo tiene como objetivo principal lograr una coerción en la conducta del objeto primario (o bien conseguir que este tienda a modificar sus actitudes). Para ello el terrorismo tradicional siempre ha buscado la máxima publicidad para sus actos. Es decir, no se pone una bomba en un pueblo pequeño. Se pone en una gran ciudad. Aunque en el pueblo, por ser mayor el efecto sorpresa y estar la policía más desprevenida, se pudieran conseguir más muertos. No es ese el objetivo, sino que busca la mayor repercusión posible, ello teniendo en cuenta que la víctima no es más que un medio para obtener un objetivo, que no suele ser otro que la manipulación política. Sin embargo, nada de

esto se da en Las Alegres, y así se manifiesta tanto en su manera de publicitar sus actos como en la propia inexistencia de ningún tipo de reivindicación. Ello por entender, se presume, que no hay nada que negociar toda vez que, uno, no hay un representante (un dirigente, en términos de política) del género masculino al que los hombres pudieran estar obligados a obedecer y, dos, no se consideró factible que por el mero hecho de unos asesinatos, la mitad de la población mundial fuera a modificar su conducta al respecto de la otra mitad.

Se trataría entonces de un «terrorismo de género» opuesto al que se alega, pero basado en un «terror por el terror». Es decir, un terrorismo de carácter reactivo —incluso vengativo— mucho más que un terrorismo que pudiéramos llamar estratégico.

Se considerará también el consecuencialismo ético que pudiera desprenderse de las acciones de Las Alegres en cuanto sistema para desbloquear una situación dada de antemano...

[Preguntas efectuadas a la doctora Claudia Messerschmitt con ocasión de su conferencia «Cheetah, una mirada calmada»]

—Buenas tardes, doctora Messerschmitt, ¿cuál cree usted que pudo ser la influencia de Las Risueñas en Las Alegres?

—Buenas tardes, ¿se refiere usted al perfil que tenía Cynthia Navarro, la hermana de Sofía, con una compañera de colegio?

—Así es. Le hacía la pregunta porque entiendo que usted ha leído la obra del doctor Hugo Sansón.

—Por supuesto.

—¿Y qué opina de la teoría del doctor Sansón al respecto de que Las Risueñas son no solo antecedentes claros de Las Alegres sino incluso precursoras necesarias?

—Bien, por supuesto me consta el dato. También considero que es un tema que no debería dejarse a la mera fabulación, aunque desde luego no desde el punto de vista que el doctor Sansón pretende. Pero podemos recapitular, si les parece. Es indudable, en primer lugar, que Sofía Navarro era una de las líderes destacadas del Movimiento Artemisia Gentileschi y está aceptado que formaba parte del Grupo Pietro Gori. Es también indubitado que, aunque cuando se produjeron los hechos Sofía ya no vivía en la casa parental, la conexión entre las dos hermanas era muy fuerte y que Sofía solía visitar la casa de los padres y que en tales ocasiones las hermanas solían mantener largas conversaciones. No se debe olvidar, en este punto, que Cynthia estuvo en la casa de Sofía en Santiago el propio día 7 de junio preparando carteles y pancartas. Además hay varios hechos innegables que recapitulo para los que no hayan leído la obra del doctor Sansón:

»Uno: Las Risueñas empezaron su actividad en febrero de ese año.

»Dos: Sofía Navarro empezó a seguir ese perfil el 12 de mayo. Aunque se ha de hacer constar que nunca manifestó que le gustara ninguna de las fotografías o publicaciones que compartían las niñas. La cuestión sería, en mi opinión, si Sofía supo antes del perfil que gestionaba su hermana o no.

»Tres: Las fechas. Porque, ¿qué quiere decir el doctor Sansón cuando habla de «precursoras necesarias»? La realidad es que el doctor Sansón lo que pretende es confundir con una pretensión del todo publicitaria cuando no demagógica. Verán, es un dato objetivo que Severiano Cabrol fue asesinado por Cynthia Navarro la propia tarde del 7 de junio. Sin embargo, no lo es que Camilo Vergara, el primer muerto reivindicado por Las Alegres, muriera la misma noche de su desaparición el 6 de junio. Camilo Vergara, si lo recuerdan, apareció, con lo que luego ya fue tristemente una seña de identidad más que reconocible, el 10 de junio y en las estribaciones del

Parque Bellavista. Es decir, estuvo cuatro días desaparecido. Y luego está la cuestión de los informes forenses, de los que hubo tres, y cada uno con una fecha distinta de muerte probable. Solo que el doctor Sansón, claro, utiliza el que más le conviene para su teoría.

»Por lo tanto, ¿quién murió primero, Camilo o Severiano? No es posible determinarlo. Sin embargo, entiendo que la cuestión no es estrictamente esa sino la de cómo se forman las ideas en el interior de los cerebros. Es decir, ¿qué fue primero, la ideación de Cynthia o la de Sofía? ¿Había algo que ya estaba instalado en la cabeza de Sofía que las acciones de Las Risueñas despertaron o configuraron? La cuestión es que Sofía ya no se encuentra entre nosotros y por tanto no le podemos preguntar.

»Entonces, si la pregunta es si podemos considerar a Las Risueñas como precursoras de Las Alegres, la respuesta, para mí, es no. O, al menos, no de una forma concluyente, salvo que se encuentre algún escrito de Sofía Navarro alegando lo contrario. En cualquier caso, entiendo que sería más factible creer que fue Sofía la que, de alguna manera, inspiró a su hermana pequeña para crear Las Risueñas. O tal vez lo que sucediera fuera que, dado que se trataba de dos hermanas que estaban muy unidas, cada cual replicó el pensamiento de la otra. Quién sabe, tal vez las dos pensaron lo mismo y cada cual lo manifestó a su manera y según sus medios.

—Por supuesto entiende usted que Sofía no sabía por lo que Cynthia estaba pasando con Severiano Cabrol.

—Por supuesto que Sofía no podía saberlo. Eso no es discutible. Ni Sofía ni nadie.

—¿Y qué opina, doctora, de aquella fotografía de la que alguna vez habló Camila Valverde?

—¿Se refiere a la fotografía que supuestamente estaba en el teléfono de Cynthia Navarro?

—Así es.

—Bien, usted sabe que eso no es más que un rumor, ¿cierto? Quiero decir, nadie ha constatado esa existencia...

[Testimonio de Camila Valverde al respecto de una fotografía desaparecida del teléfono de Cynthia Navarro tal y como le fue relatada al doctor Silvestre Espósito para su libro *Las Navarro, alegres y risueñas*. (Transcripción.)]

—Sí, yo estuve con Cynthia aquella mañana. La verdad es que esos días no nos veíamos mucho porque había pasado todo lo de Stella Valenzuela y su mamá estaba muy enferma y entonces Cynthia no venía a clase. Sin embargo, aquella mañana sí vino. Al menos un rato. Fue a recoger algunas cosas, tareas y eso. Y entonces pues estuvimos hablando un rato y aprovechamos para hacer una foto para el perfil. Nos colocamos al lado de la capilla y pusimos nuestras caras y nos hicimos nuestras trenzas. Me acuerdo que Cynthia estaba muy seria. También que fue ella la que trajo el atrezo. ¿Qué era? Pues eran dos corbatas que decía que había cogido del armario de su papá. Una era roja con algunos detalles en blanco. Y la otra era más bien azul, solo que no me acuerdo de qué detalles tenía. El caso es que combinaban bien con el tono de la pared de la capilla y con el forro de los uniformes. Así que pusimos nuestras caras y tomamos la foto. Cynthia lo tenía todo preparado. Hasta el lema. Que era brutal. Un tiro.

—¿Editaron la foto?

—Ya lo creo. Hicimos tres en total. Y elegimos la que mejor estaba. Hasta le pusimos el texto.

—¿Qué pasó?

—Pues la teníamos ya, lista para empaquetar, solo que estábamos ahí las dos, como hablando. Y en esas sonó el teléfono de Cynthia y era su papá. Así que me dijo que se tenía que ir y se fue. Se fue y yo no caí en la cuenta que la foto no la habíamos subido. Entonces empecé a mandarle mensajes, pero ella no contestaba. Y luego pasó lo que pasó.

—¿Era el 7 de junio?

—Sí. Y pasó, ya le digo, lo que pasó. Y de la foto nunca se supo. Yo lo hablé alguna vez con las hermanas. Pero ni quisieron saber. Y era normal, qué quiere que le diga. Tenían otras cosas en que pensar. Aparte estaban los abogados. Yo creo que fueron los abogados los que la hicieron desaparecer. Porque aquello podría, incluso, haber complicado a Sofía.

—¿Cuál era el texto que acompañaba la foto?

—Si se lo digo no se lo cree. Porque en la foto estábamos cada una con una corbata en las manos. Así, estirándola, y con mucha fuerza. Recuerdo, de la foto, que no la vi más que tres o cuatro segundos, cómo se nos marcaban los huesos de los dedos. Porque Cynthia había insistido que tiráramos fuerte. Todo lo que pudiéramos. ¿Le digo que ponía? Ponía «¿Por qué al hombre le aprieta la corbata? Porque estoy yo tirando desde atrás». La idea fue de Cynthia, que ya le digo que vino con todo cocinado desde casa. Luego ella se fue. Luego pasó todo lo que pasó. Pasó y yo me quedé ahí sola, ¿entiende? Pensando.

[Del programa *Libre Dimensión: Hoy*, Fernanda Salazar. (Fragmentos.)]

—Defínanos, entonces, Nadia, a su abuelita, la señora Fernanda Salazar, en pocas palabras.

—¿En pocas? Bueno. Yo diría que ella era una persona muy externa a sí.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ella siempre andaba muy atareada. Siempre con mil cosas. Pero esas cosas siempre eran algo de otra persona a la que estaba ayudando o con la que estaba colaborando. Nunca propias.

—¿Y un recuerdo?

—Salir de la escuela cada tarde, con la compañera, y verla allí, con su pelo blanquísimo, esperándome.

—Deduzco que estaban muy unidas.

—Sí. Piense que mis papás solo me tuvieron a mí. Entonces era ella la que muchas tardes me recogía. Más aún, luego me tenía que quedar con ella. A veces hasta la madrugada. De modo que podía ser que yo anduviera comiendo la merienda mientras ella daba una charla sobre educación sexual en el Liceo. O haciendo la tarea mientras ella se peleaba con los del Concejo porque no les cedían este o aquel local. También estaba allí cuando había que hacer pancartas o discutir líneas de actuación.

—También iba con ella a las manifestaciones.

—Sí. Digamos que me crie con el altavoz pegado a la oreja.

—¿Y sus papás qué decían de eso?

—Bueno, piense que tampoco había más remedio. Aparte a mí me gustaba aquello.

—¿No les preocupó, por ejemplo, que usted adquiriera una determinada ideología?

—No. No había nada en la ideología de mi abuelita que les sonara raro a mis papás.

—¿Cuántos años tenía usted, Nadia, aquel verano de Las Alegres?

—Diez.

—¿Qué recuerda de aquel verano?

—Uf, ¿cuánto dura su programa?

—Imagine, Nadia, que yo pronuncio las palabras Comité Stella Valenzuela, ¿usted qué me dice?

—Pues podría decirle muchas cosas. Pero tiene que entender que ha pasado mucho tiempo desde entonces. Y que en esos años yo he crecido. Y también he leído mucho. Sobre lo que pasó aquel verano y sobre lo que se dijo y se dejó de decir al respecto de mi abuelita. Y también del Stella Valenzuela y su leyenda. Entonces puedo hablarle de eso todo el rato que usted quiera. Ahora bien, si se refiere usted a recuerdos que yo tenga de aquel verano y que tengan que ver con ese comité, pues tengo que decirle que no. Que no tengo ninguno.

—Las actas de la Comisión Federal determinaron que su abuelita formaba parte de ese comité.

—Bueno, ya le he dicho que he leído bastante al respecto de todo aquello. Así que lo sé. Sé lo que dijo la Comisión Federal. Y sé lo que dijo la Corte de Justicia, que, le recuerdo, no pudo establecer como probado que mi abuelita tuviera que ver con ninguna actividad criminal. Lo que quiero que quede claro. Y aparte de eso, ¿qué quiere que le diga?, ¿que mi abuelita y sus compañeros agitaban delante de mí papeles con el membrete del Stella Valenzuela? Pues no. O no lo sé. Yo tenía diez años, ya le digo. Y allí había unas personas que estaban en sus cosas y yo en las mías. Y, si le digo la verdad, no recuerdo haber oído el nombre de Stella Valenzuela en ningún momento de aquel verano. Aunque fuera una chica a la que mataron.

—Antes ha dicho que aquellas personas citaban a Robespierre.

—Sí. Pero una, por el hecho de que vea un par de peces, no puede decir que comprenda la totalidad del mar. Y, si es por Robespierre, también las oí, muchas veces, citar a Gandhi.

—Le voy a mostrar una foto, si le parece.

—Bien.

—¿Reconoce a estas seis personas?

—Sí. Bueno, a todas las he visto alguna vez.

—¿Podría decir sus nombres?

—De algunas sí. Esta del pelo azul es Sofía Navarro. Esta es obviamente mi abuelita. Este tan flaco es Norman Stretchmann. Y esta es Olga Forester.

—¿Y el otro hombre y la otra mujer?

—No sé sus nombres.

—Pero sí los vio algunas veces.

—Sí.

—¿Puede ser que fuera usted quien tomó la foto?

—No sabría decirle. Tal vez. Algunas veces me pedían que hiciera fotos. Y yo las hacía. Pero no sé si esa es una de ellas.

—¿Podría deducir, por el entorno, dónde fue tomada?

—Yo diría que fue tomada en la parroquia de la Buena Muerte, en La Renca.

—Allí se reunía su abuelita con Sofía Navarro y otras personas muchas veces, ¿no es cierto?

—Sí. Aunque yo no diría que «se reunía». Era un lugar en el que trabajaban.

—¿Qué se hacía allí?

—Pues dependía. A veces no hacían más que hablar. Otros días preparaban pancartas...

—¿Sabe que se ha dicho que este grupo de personas componían el Comité Stella Valenzuela, que era a su vez el que daba cobertura a Las Alegres?

—Sí, sé que se ha dicho eso. Pero también quiero recordar lo que dije antes al respecto de la Corte de Justicia.

—Y no tiene nada que añadir al respecto. Aparte de eso.

—Creo que ya le he contestado antes.

—¿Usted era pequeña y no comprendía?

—Así es.

—¿Cuál era el lema del Grupo Pietro Gori, Nadia, lo recuerda?

—Bueno, no es que lo recuerde, es que lo sé. Y lo sé porque, como ya le dije antes, ha pasado mucho tiempo desde aquello y en ese tiempo he leído mucho. Sobre eso y también sobre otras cosas.

—¿Nos dice cuál era el lema?

—El lema del Grupo Pietro Gori estaba tomado de un verso del propio Pietro Gori, que era un poeta italiano. El lema era: «Ni pacíficas ni rumiantes».

—La Comisión Federal estableció, si lo recuerda, que su abuelita formaba parte del grupo.

—Sí, lo recuerdo. Pero le digo al respecto del Pietro Gori lo mismo que le dije del Stella Valenzuela y de la Corte de Justicia.

—¿A qué se dedicaba el Grupo Pietro Gori?

—Bueno, y vuelvo a hacer constar que esta es una respuesta no basada en recuerdos sino en textos que he leído de adulta, el Pietro Gori surgió frente a una necesidad concreta. Una necesidad defensiva-protectora de las mujeres. Especialmente por la noche. Le recuerdo que aquel verano, independientemente de todo lo que sucedió a posteriori con Las Alegres, estaba siendo muy duro. Muy duro para las mujeres, quiero decir.

—¿Cómo funcionaban las patrullas?

—Bueno, siempre era un grupo de tres o cuatro personas, en un coche.

—¿Solo mujeres?

—No, también había hombres.

—¿Y qué hacían las patrullas?

—Pues dar vueltas por los barrios y vigilar. Si había alguna mujer sola en una parada de autobús, la patrulla se quedaba con ella. Si alguna mujer volvía a casa, se la escoltaba. Cosas así. También había un teléfono al que se podía llamar a cualquier hora de la noche para pedir protección.

—Iban armadas.

—Bueno, llevaban espráis. Algunas sabían kárate. Otras se habían fabricado unas matracas con calcetines de cuero. Todo ello siempre para ser usado como defensa y nunca como ataque.

—¿Recuerda alguna ocasión en que, yendo usted, usaran las armas?

—Bueno, había una mujer que llamaba a veces. Vivía cerca de la parroquia, más allá de las vías. Su marido se dedicaba a dejar aparcado el coche cerca de la casa en la que vivía. En plan mensaje del tipo: «Mira por dónde me paso la orden de alejamiento». Por supuesto ella estaba amenazada de muerte. Así que a veces llamaba. Si salía tarde del trabajo y tenía que aparcar, ya me entiende. Y en general todo estaba tranquilo. Solo que una noche no. Porque el tipo estaba allí.

—¿Ese fue el incidente del 11 de junio?

—Comprenderá que ha pasado mucho tiempo desde entonces y que es imposible que recuerde la fecha con exactitud. Pero puede ser.

—Dice Lorenzo Cardone en su libro *Las rebeliones interiores* que fue esa noche cuando verdaderamente se fundaron Las Alegres. Que el desencadenante fue el asesinato, acaecido ese mismo sábado por la tarde, de Martina Manfredi a manos de Luiz Baltasar y Benjamín Ambrosio.

—Ya, he leído el libro de Cardone, pero ¿cuál es la pregunta?

—Saber si tiene algo que comentar.

—Pues no. Me parece una opinión muy respetable. En cualquier caso, estamos hablando del 11 de junio. Para entonces ya había un muerto reivindicado por Las Alegres. Lo que creo que desmonta la teoría de Cardone.

—Es cierto, Camilo Vergara desapareció el 6 de junio y fue encontrado la mañana del 10. Sin embargo, Cardone sostiene que el asesinato de Vergara no había sido autorizado por el Stella Valenzuela sino que fue llevado a cabo por una célula incontrolada.

—Bueno, desde luego he leído mucho al respecto, ya le digo. Pero ¿puedo hacerle yo a usted una pregunta?

—No es lo habitual, pero claro.

—Usted sabía el nombre del primer muerto por Las Alegres. ¿Sabe el del segundo?

—El segundo fue Juan Cruz Salinas.

—Se sabe los nombres, ¿ve?

—Todo el mundo los sabe.

—Ya, pero ¿sabría decirme los nombres de las mujeres que murieron esos mismos días? Porque el 6 de junio de ese año murieron tres en el área de Cheetah. Y el 21, día de la desaparición de Salinas, otras dos. Pero usted no recuerda sus nombres. Y lo mismo pasó con todo. ¿Murieron cuántos hombres?, ¿diez? Diez. Y el Estado consideró la posibilidad de declarar el toque de queda en La Renca, en Lima y en Barrio Sur.

—Pero entenderá, Nadia, que no es lo mismo.

—¿Se refiere a que Las Alegres eran un grupo organizado?

—Sí.

—Bueno, tal vez los hombres hayan sido un grupo organizado para sembrar el terror entre las mujeres desde hace cuarenta mil años.

37
Nadia

De pronto ya no está donde estaba, sino que ha vuelto atrás en el tiempo y está en la trasera de la furgoneta. Otra vez. Los sueños que tenías allí, Nadia, se dice, nunca eran tan profundos, sino que nada más que aquellas sacudidas imprevistas. De pronto, aquel hacerte tan pequeña en el nido que cada noche te preparaba la abuelita entre los carteles, las pancartas y los trastos. Siempre al alcance de la mano la mochila con la tarea, la botella de agua y el resto de la merienda. Entonces te echabas la manta por encima y te dormías de aquella forma tan tenue. Eras pequeña, Nadia, se dice. Y que a veces se estaba de patrulla hasta la madrugada. Porque los papás, bueno. Pobres ellos. Así que despertarse, allí, de vuelta, con las voces mezclándosele con la luz algodonosa que se filtra a través de los ventanucos. Aquella noche olía a sangre fría, eso lo recuerda de siempre. La sangre de la propia Sofía Navarro, o quién sabe si del tipo aquel. A sangre y a alguna clase de desinfectante. Y tú, Nadia, echada, tan quieta que no querías ni moverte para agarrar la botella de agua cuando tenías sed.

Porque no querías espantar a las voces.

—La cuestión es que estoy harta de normas —esa es la voz de Sofía Navarro, la del pelo teñido de azul.

—La cuestión es que no estás autorizada para estar harta —esa es la voz de la abuelita.

Hay una risa en el asiento delantero de la furgoneta. Las dos mujeres son apenas sombras y a Nadia le da la impresión de que Sofía se aprieta la mano herida, o que hace algo con ella.

—Estoy harta de obedecer. Y no sé por qué tendría —dice Sofía.

—Tienes, por la sencilla razón de que no estás sola en esto.

—No vamos a empezar otra vez.

—Exactamente.

—Hablar. Hablar. Hablar. Eso es todo lo que hacemos.

—No es cierto.

—Lo es. Somos manos arrugadas, eso es lo que somos.

—Llegamos a una serie de acuerdos. —La abuelita ha suspirado hondo—. Suscribimos unos compromisos. Y tú no eres quién, Sofía.

—«Lo personal es político» —recita Sofía—. ¿Cómo era eso?

—Sofía...

—«Hay que reinterpretar políticamente la vida...»

—Sofía...

—«La dominación masculina tiene como objeto obtener satisfacción psicológica para su ego...»

—Sofía...

—No. Eslóganes y nada más. Todo aquello era viejo hace ya cuarenta años, Fernanda. Y seguimos igual. Contando muertas y gritando por las calles. «Huelga, huelga.» Eres como ellas, Fernanda.

Hay una pausa. Otra. Nadia siente a la abuelita respirando hondo, a Sofía mirando por la ventana.

—Esto es demasiado importante —dice la abuelita.

—¿Demasiado importante como para qué?

—Como para que tú lo mandes todo al carajo.

Sofía sonríe. Nadia no puede verlo, pero está segura de la expresión exacta que tendrá la cara de la otra. Aquel levantar de cejas, aquel tirón de la comisura de la boca hacia arriba. La furgoneta arranca. La abuelita ha dicho que es tarde y que hay que dejar a la niña. Nadia se mueve entonces, alcanza la botella de agua. Alguien se gira en los asientos delanteros y mira hacia ella. Hay una sonrisa. Vaya noche, ¿eh? Ella sonríe un poco también. Reconoce el Parque Montalcini y luego Habana y Juana de Arco. La camioneta se detiene cerca de su portal y las mujeres esperan y vigilan.

—¿Cómo era aquello del derecho de los oprimidos a ejercer la violencia? —dice Sofía—, ¿cómo era aquello de «la violencia dotada de una legalidad superior a la ley positiva»? ¿Quién dijo aquello?

—Aristóteles —esa es la voz de Norman Stretchmann, que es el que va al volante, que es el que apenas participa.

—¿Ves? —dice Sofía—, el tal Aristóteles.

—¿Y quién es la que no hace más que hablar ahora? —dice la abuelita—, ¿la que no hace más que darle vueltas a cosas ya sabidas y ya debatidas? Y no es la cuestión.

—¿Y cuál es?

—La cuestión es que estamos juntas en esto.

—O a lo mejor no.

—¿No?

—A lo mejor resulta que hay una revolución en marcha y que tú eres el palo que se quiere meter entre las ruedas y que no la deja avanzar.

—Te estás rebelando, entonces.

—«Hay que guiar al pueblo con la razón. Y a los enemigos del pueblo con el terror» —otra vez es Sofía citando—. ¿De quién era eso?

—Robespierre —apunta Norman.

—Pues eso —sigue Sofía—. La virtud y el terror. La virtud siendo impotente sin el terror. El terror siendo la justicia inflexible y rápida. Esa que a veces es necesaria. Democracia pura.

—La cuestión es que no estás autorizada —dice la abuelita.

—No. La cuestión es que a veces hay que echar a andar.

—¿Y qué vas a hacer, querida, si se quedan sin red?, ¿o es que sin la red podrían?

—La cuestión, querida, es que ayer murieron cuatro mujeres solo en el área de Cheetah. Que ayer dos niños mataron a una niña aquí al lado, justo donde las vías. La cuestión es que la noche está regada con su sangre. Y su sangre reclama venganza. Y también miedo. El miedo de ellos. Y no me amenes, Fernanda, no me amenes.

—No, querida —la voz de la abuelita de pronto es muy dulce—, me estás amenazando tú.
Con hacerlo saltar todo.

Nadia oye aún la risa de Sofía.

[Del libro *¿Quién nos LOS devuelve?*, por el profesor Marcial Filipek, Nueva Editorial Patriótica. (Pies de foto.)]

De la página 26.

Foto 2. Noah Herrera, la tercera víctima de Las Alegres, en su casa en Barrio Sur. Noah era un buen padre de familia, un hombre cultivado y creyente que acudía a misa todos los domingos con sus dos hijos y su esposa. Fue secuestrado cuando regresaba a su casa el 4 de julio. Su cuerpo apareció dos días más tarde en un banco de un jardín público en Lima. (Fotografía cedida por Antonio Herrera, de su archivo personal.)

De la página 29.

Fotos 1 y 2. André Figueroa, séptima víctima de Las Alegres, de vivo y más tarde en el depósito de cadáveres de Pasteur. (Fotografías cedidas por el Archivo Municipal de Castilla.)

Foto 3. Sábana que envolvía el cuerpo de André Figueroa en el momento de su hallazgo el 15 de julio. (Fotografía cedida por el Archivo Municipal de Castilla.)

De la página 51.

Foto 4. Lilah, la esposa de Norberto Pino, décima víctima de Las Alegres, el día de su boda con Norberto. (Fotografía cedida por el archivo personal de la familia Onofrio.)

Foto 5. Lilah en el momento de dirigirse a la multitud congregada ante la iglesia de la Resurrección durante los funerales por Norberto, el 13 de agosto. El discurso de Lilah, llamado «El discurso de las putas», es considerado el punto de arranque del movimiento Devolucionista. Lilah presidió la marcha contra el «Terrorismo Alegrista» que el 30 de octubre recorrió las avenidas de Ciudadela y Pasteur. (Fotografía cedida por el Archivo del Museo Devolucionista.)

De la página 60.

Foto 4. Casildo Bustos, novena víctima de Las Alegres, en su empresa de perforaciones en Richton. (Fotografía cedida por el archivo de la familia Bustos.)

Foto 5. Portada de la revista *Tupolev*, de la que Casildo Bustos era director. *Tupolev* era bianual y estaba especializada en descubrir y documentar aeródromos abandonados a lo largo del país. La portada corresponde al número de enero-junio de aquel año. Casildo había estado en Cheetah la semana del 24 al 30 de julio para la convención de aerotransporte. (Fotografía cedida por los archivos de la revista *Tupolev*.)

Foto 6. El Hotel Aeroflot International, en Colón, Cheetah, visto desde la portada del club Órdago. Casildo Bustos se alojó en el Aeroflot durante la semana de la convención de aerotransporte y debía abandonarlo el domingo 30 por la mañana. Sin embargo, el sábado por la tarde ya no acudió a las ponencias. Lo último que se supo de él fue que abandonó, a pie, el club

Órdago aproximadamente a la una de la mañana del sábado 29. La distancia desde el Órdago hasta el Aeroflot International es de apenas trescientos metros. Su terminal telefónico, que nunca apareció, fue desconectado a las dos y veintitrés minutos de la noche. (Fotografía de los archivos municipales de Cheetah.)

De la página 82.

Foto 1. Guido Baum, de treinta y un años, la primera víctima de Las Alegres de Claxton. Guido regentaba una agencia de brokerage en el Concejo de Indianola, en Claxton. (Fotografía cedida por los archivos de la familia Baum.)

Foto 2. Sebastián Antúnez, de cincuenta y cinco años, tercera víctima de Las Alegres de Biloxi. (Fotografía cedida por el archivo de la familia Antúnez.)

[Acta de reconocimiento del cadáver de Alfredo Alarcón, de veintitrés años, aparecido en el Pequeño Tokio en la mañana del 26 de julio]

Expediente: 30/18006B. Policía Científica de Cheetah.

Recibido aviso por parte de la Corte de Guardia al respecto de la aparición de lo que parece ser un cuerpo envuelto en una sábana en el distrito de Pequeño Tokio, se desplaza hasta el lugar una comisión para proceder al reconocimiento. Llegados al lugar somos recibidos por el cuerpo policial y se espera la llegada de la Corte.

Acta de reconocimiento:

Para iniciar la inspección entramos por el callejón que une las calles San Blas y Valencia. Es un corredor angosto y techado, con una escalera de diez peldaños a su mitad. Las paredes son oscuras y el objeto se encuentra tendido en el sentido transversal, sobre las escaleras. Resulta ser una sábana de color blanco, sin distintivos, que parece ocultar en su interior un cuerpo de buen tamaño. Autorizada la comisión para proceder sobre la mentada sábana, esta es bajada hasta el piso del callejón y allí desenvuelta con cuidado y apartada para su análisis posterior. En su interior es encontrado el cuerpo de un hombre joven, de raza blanca y cabello rubio. El hombre lleva una corbata de seda fuertemente apretada en torno al cuello y las manos atadas a la espalda con una cuerda de tender la ropa. Viste pantalón corto vaquero y camiseta de color rojo. También calza una zapatilla de color blanco en el pie derecho. En el pie izquierdo no lleva más que un calcetín. La zapatilla izquierda es buscada por los alrededores por el cuerpo policial pero no es encontrada. Autorizada la comisión para proceder a examinar la ropa del finado, se le encuentra en el bolsillo trasero del pantalón una cartera en la que consta su nombre, dirección y filiación. No se le encuentra teléfono ni dispositivo electrónico alguno. El sujeto no presenta marcas de lucha en las manos ni ninguna herida en las zonas que no cubre la ropa, al margen de las equimosis puntiformes en el rostro y el cuello. El sujeto presenta acentuada cianosis y tumefacción en el rostro, así como extensas sufusiones sanguíneas subconjuntivales. Autorizada la comisión para retirar la corbata de seda que tiene anudada en torno al cuello, se reconoce el ya redundante surco de estrangulación situado a la altura de la laringe. Examinado el surco, este se presenta uniforme y triple, presentando cresta congestionada entre el segundo y tercer surco. Presenta igualmente surco de putrefacción típico.

Procediendo a retirar la ropa del sujeto se encuentran marcas típicas atribuibles a arma de electrochoque en el tórax y en la zona genital. Se encuentran igualmente equimosis en la espalda que pudieran haber sido producidas por presión de unos pies o unas rodillas.

Requerida la comisión por el órgano judicial para establecer una causa probable de muerte, la comisión se inclina, a esperas de un análisis forense detallado, por muerte por isquemia por compresión vascular.

Requerida la comisión por el órgano judicial para establecer una posible hora de la muerte, esta comisión se inclina, a esperas de un análisis forense detallado, por muerte producida entre las tres y las cinco de la madrugada que va del 25 al 26 de julio del presente.

A continuación, se procede a examinar la sábana que envolvía al sujeto. Se trata de una sábana blanca de tamaño 230 180 centímetros. De algodón íntegramente. La sábana presenta en la cara interna manchas amarillentas que podrían deberse a fluidos expulsados por el cadáver. También presenta un texto en letras negras. Tal vez realizado con plantilla. Las letras del texto son uniformes y dice:

En la primera línea, en el sentido longitudinal de la sábana: «El amor es un peligro mortal».

Debajo de la frase anterior y centrado respecto a la misma: «Verdad y terror».

Debajo de la frase anterior y centrado respecto a la misma: «516/8».

Y abajo del todo, siempre en el sentido longitudinal de la sábana, en la esquina inferior derecha y a modo de firma pone: «Las Alegres».

Sin más que aportar por el momento, se entrega el cuerpo a la autoridad policial para su custodia hasta la morgue.

Dado en Cheetah, el 26 de julio.

El hombre

El hombre tal vez sea cuarterón o quinterón. Lo que es indudable es que lleva el pelo teñido de rubio y que su porte se asemeja más al de una calabaza que al de un pepino. Ha llegado temprano, en cualquier caso, y se ha sentado en el mesón que hay frente a la gasolinera, junto a la ventana, y ha vigilado y ha sacado un libro de la mochila y se ha puesto a esperar. La carretera es una línea azul que atraviesa el valle y a lo lejos se impone la boina de contaminación que cubre la ciudad.

El hombre ha llegado temprano, como se ha dicho. Estaba ya allí cuando la furgoneta ha maniobrado y ha aparcado entre la Yamaha V-Star 650 y el Dodge Hellcat. El hombre ha apartado la vista cuando la persona que la conducía ha bajado de ella. Tampoco ha querido ver hacia dónde se iba esa persona ni con quién.

Ha esperado con su libro, que es una vieja colección de poemas que se desenvuelven en torno a las eternas cuestiones de la conciencia crítica, tal vez un par de horas. Después ha cerrado el libro y ha pagado su café y ha cruzado la carretera y ha sacado sus propias llaves y ha montado en la furgoneta y la ha arrancado. Cuando conduce lo hace dando un largo rodeo y con los ojos fijos en el espejo retrovisor. Al final da el intermitente y entra por el camino de su propia granja y aparca debajo de los robles. Allí tiene ya todo lo necesario. Empieza por sacar todas las alfombrillas y la moqueta de debajo de los asientos y lo tiende todo al suelo y les pasa el cepillo y la aspiradora. Luego se ocupa, con las bayetas y los pinceles, del salpicadero. Más tarde será el turno de los cristales y los asientos. Es cuando está en estos que sus manos se topan con algo, que fuerza y tira y extrae una zapatilla de color blanco, apta para un pie izquierdo. El hombre se queda, un instante, con la zapatilla en la mano mientras parece estar atento a cualquier cambio que se hubiera producido, justo entonces, en el universo. Pero nada parece haber cambiado. Así que aparta la zapatilla y sigue con su trabajo. La tiene a su lado más tarde, cuando ya está en la cocina, mientras prepara un café y se toma un pedazo de tarta. El hombre suspira. Eso hace.

Cuando termina el café trae la tabla de partir los embutidos y una sierra pequeña. La zapatilla es más que nada plástico y al poco está cortada en finas tiras que luego son metidas en la batidora que hay sobre el poyo de la cocina y descuartizadas. El hombre acciona, mira y vuelve a accionar de modo que cuando vierte el contenido del vaso en un cacharro no obtiene más que virutas que semejan confeti. El hombre saca fuera todo aquello y lo esparce al viento en la parte de atrás de la casa, allí donde ya se abre el pajonal. Cuando vuelve al interior se acuerda del teléfono. Entonces llama. Llama la primera vez y nadie contesta. Tampoco la segunda vez. Le contestan a la tercera.

—¿Diga? —dice una voz.

—Ay, no me acuerdo bien —dice el hombre—. Algo de un rumiante. Un rumiante pacífico. ¿Era así?

—Sí, así era. ¿Me dices tu clave?

El hombre la dice y cuelga. Sobre la mesa está el plato sucio de restos de tarta y también el tenedor. El hombre decide que se servirá otro pedazo. Y que luego seguirá con el libro. Un rato.

[Al respecto de la reunión mantenida el 31 de julio entre el coronel Irigoyen y el mayor Estanislao Lucas, de la policía judicial. (Fragmentos.)]

—¿Causa de las muertes?

—Compresión de las arterias que impide el riego en el cerebro, señor. Si se fija, el lazo va siempre por debajo de la laringe. Seguramente hacen un torniquete con algo, lo mismo que un trozo de tubería o cualquier cosa.

—Muy práctico.

—Es más rápido. Requiere menos fuerza...

—¿Stella Valenzuela no fue una muchacha a la que mataron?

—Así es, coronel. La desaparecieron en el Parque Franklin, en abril, y apareció en junio por el Industrial Bellavista, en una nave.

—¿Entonces las de los pasquines le han cogido el nombre?

—Así es, coronel.

—Bien, mayor, ¿cuándo les informó Ochenta y siete de la creación de ese nuevo grupo, ese Pietro Gori?

—Eso fue en la reunión del 25 de febrero. Reunión que fue solicitada por el propio Ochenta y siete.

—Ya veo, ¿cuál es la función de ese grupo?

—Oficialmente es una función protectora-defensiva. Una suerte de policía del barrio, pero centrada en la defensa de las mujeres. Por la noche.

—¿Y no oficialmente?

—Emprender actividades de guerrilla. O de acción directa, si se quiere. Cosas como lo de las estatuas y los autobuses de la primavera.

—Entiendo que ustedes permitieron tales actividades.

—En efecto, coronel. Lo hicimos. Lo primero, por preservar la integridad de Ochenta y siete. Lo que fue banal. Y lo segundo porque Ochenta y siete ya sabía que algo más profundo se estaba formando dentro de ese grupo.

—¿Ochenta y siete logró infiltrarse en este Gori?

—Así es.

—Bien, ¿cómo funciona este grupo, por células?

—En efecto, coronel. Células, hay que decirlo, interconectadas, no por completo independientes.

—Ya veo. Tenemos entonces lo de las estatuas y lo de los autobuses. ¿Por qué fecha vamos de los acontecimientos?

—Por mayo.

—Bien, prosiga.

—Al principio de mayo Ochenta y siete nos informa de diversas reuniones que están produciéndose dentro del Pietro Gori. Ochenta y siete es invitado a ellas. Las reuniones se llevan a cabo en un sótano de la calle Nicaragua, hay una el 14 y otra el 16 de mayo. Una más el 20. El 22 mantenemos otra entrevista con Ochenta y siete, y es ahí cuando nos informa de que se está creando otro grupo dentro del anterior, en lo que entendimos era la típica matrioska. El nuevo grupo, formado por unas veinte personas a lo sumo, es llamado Las Lobas. Y es a partir de su formación que empiezan los problemas para Ochenta y siete.

—¿Cuál era la finalidad de esas Lobas?

—Continuar con las actividades del Pietro Gori. Al menos oficialmente.

—Y ¿en realidad?

—En realidad, estimamos, la de camuflar por medio de células, esta vez sí que por completo autónomas, la actividad de un nuevo subgrupo.

—Que es el Stella Valenzuela.

—Así es.

—A ver si lo entiendo, mayor. Lo que me está diciendo es que ese grupo de Las Lobas funciona por células autónomas y que no tienen relación entre sí.

—Así es.

—Y entiendo que lo que está sucediendo es que a Ochenta y siete lo han destinado a una célula que, de repente, se ha quedado en modo no operativo.

—Eso nos tememos, señor.

—¿Y desde cuándo está así Ochenta y siete?

—Desde las reuniones de mayo. De hecho, la última actividad que llevó a cabo dentro del Pietro Gori data del 4 de junio. Desde entonces está durmiente.

—O sea, que lo apartaron en el momento en que iba a empezar la acción de verdad.

—Así parece, señor.

—¿Cuánto sabe Ochenta y siete del Stella Valenzuela?

—No tanto, coronel. Ya le digo que hay un cortafuegos interpuesto.

—¿Sabe nombres, algo?

—Puede suponerlos, señor. Tampoco todos.

—¿Cuántas personas habrá en ese Stella Valenzuela?

—Ochenta y siete estima que cuatro, tal vez cinco.

—Ya veo, mayor. ¿Qué más?, ¿dónde aparecen Las Alegres aquí?

—Verá, señor, le recuerdo que dentro de Las Lobas hay diversas células. Entonces imaginamos que las otras, esas en las que no está Ochenta y siete, sí que estarán operativas. Y entendemos que son esas células las que están haciendo las tareas de cobertura para Las Alegres. De preparación del terreno, localización de objetivos y demás. Estimamos que es probable, también, que esas células no dispongan de toda la información al respecto de cuál es su verdadera tarea.

—Ya veo. Deme su opinión, mayor. ¿Los de Las Alegres son los mismos que los del Stella Valenzuela?

—¿Mi opinión?

—Sí.

—En mi opinión, no, señor. En mi opinión lo más probable es que Las Alegres sean un grupo más dentro de la matrioska. Uno que funcione como un comando ejecutivo sin trazas ideológicas. Soldados y nada más.

—Bueno, cuénteme lo que pasa con la iglesia de la Buena Muerte.

—Verá, señor, hay ahí algo organizado. Solo que no sabemos bien qué.

—¿Cómo ha dicho que se llama el cura?

—Orellana, coronel, Juan Pablo Orellana. Lo habrá visto por la televisión. Lo llaman «El cura de las mujeres».

—¿Y qué?

—Verá, señor, el padre Orellana ha hecho causa con las mujeres. Es portavoz y está en todas. Y tiene mucho éxito, sus homilías son muy seguidas en La Renca y cada día, en la misa principal, la de las ocho de la noche, reúne fácilmente a cuatrocientas o quinientas personas. Entre esas personas es fácil encontrar a muchos miembros del Gentileschi e incluso del Pietro Gori.

—¿Y?

—Verá, coronel, hay determinados días en que, de repente, los teléfonos echan humo. Lo echan y hay un mensaje que empieza a replicarse una vez y otra. Es un mensaje sencillo. Pone «no rumiantes pacíficos». Y nada más. Ese mensaje surge de un teléfono cualquiera, de alguien por completo «blanco», y empieza a rebotar. ¿Y sabe qué sucede? Que los días que ese mensaje anda dando vueltas, a la misa de ocho del padre Orellana no comparecen cuatrocientas o quinientas personas. No. Comparecen fácilmente mil o mil doscientas.

—Ya veo, mayor. ¿Sucede algo inusual en las misas?

—No, señor. Pero es una iglesia llena de recovecos, de pequeños rincones. Tiene escaleras que suben hacia la torre y otras que bajan a las criptas...

—¿Y qué me está diciendo, mayor, que ese subgrupo se reúne aprovechando esas misas?

—No lo sé, señor. Ya le digo que no consta ninguna finalidad en los mensajes. Pero, si fuera una forma de reunirse, sería una buena opción. Y, si después hubieran de salir y entrar, desde luego la gran cantidad de gente les facilitaría mucho la tarea.

—Ya veo, mayor. Y ¿qué es esto que pone aquí de que en la Buena Muerte hay una casa de acogida para mujeres maltratadas?

—La hay, señor. No es una casa oficial ni mantenida con fondos públicos, pero la hay. Es el padre Orellana el que la mantiene a su propio riesgo.

—¿Es secreta, entonces?

—No consta en ningún registro.

—Mayor, nadie va a autorizar que se allane una iglesia o que se pongan micrófonos en ella. Eso lo tiene que entender.

—Lo sé, coronel.

—¿Cree usted que el padre Orellana sabe que puede ser que en su iglesia se esté cocinando lo que puede estar cocinándose?

—No lo sé, señor. Tampoco lo descartaría. Es un cura muy militante.

—¿Cree usted que debemos detener a la Navarro y a la Salazar?

—Señor, yo sería muy cauto con eso.

—¿Por qué, mayor?

—Por la gente, coronel. Está muy nerviosa.

—¿Qué teme usted, una revuelta?

—Tal vez.

—Bueno, mayor, todo habrá que pensarlo, ¿no le parece? ¿U opina que una revuelta sería mala?

—Coronel, con el debido respeto, eso es política.

[Hipótesis a formular al respecto del funcionamiento criminal del grupo Las Alegres, por el mayor Estanislao Lucas. (Borrador.)]

Cuestión: las cámaras de seguridad. En el área de Cheetah hay más de setenta mil calles y se calcula que al menos en veinticinco mil de ellas no hay cámaras de ningún tipo. El hecho es que el comando de Las Alegres nunca ha sido grabado en el momento de cometer el crimen ni tampoco en el momento de depositar el cuerpo en el lugar en cuestión. Por supuesto es relativamente sencillo acceder, en la red, a mapas que indican en qué zonas de la ciudad hay cámaras y en cuáles no. Sin duda el grupo, tras el que, es evidente, hay una fuerte organización, ha podido tener acceso a alguno de esos mapas y ha operado en consecuencia.

Cuestión: cuál es la forma en que se perpetran los crímenes. Todos los cuerpos han sido abandonados en la calle. Tal vez en un jardín o en una acera. Sin embargo, se sabe que ninguno de los asesinatos se cometió en el lugar en que los cuerpos fueron encontrados. Ello implica, obviamente, un traslado del cuerpo. E implica igualmente la presencia en los hechos de un vehículo de buen tamaño. Al menos una furgoneta. En tal sentido se entiende que los hombres son atraídos de alguna manera por el comando y después reducidos mediante un arma de electrochoque y a continuación, probablemente, introducidos en el vehículo. Sería allí donde se les daría muerte y donde serían envueltos en la consabida sábana. Una vez hecho esto, los cuerpos serían: a) llevados a algún lugar a la espera de ser «depositados» (sucede así en los primeros cuatro casos, en que los hombres aparecieron varios días después de su muerte) o b) simplemente sacados de la furgoneta y dejados en el lugar correspondiente (probables demás casos).

Cuestión: establecida la presencia del vehículo, probablemente la furgoneta, ¿cómo hace esta para moverse a lo largo de la ciudad? La hipótesis más probable es que la furgoneta se mueva por la ciudad en las horas de más tráfico y que sea aparcada (probablemente por alguien que no forma parte del comando) en una zona predeterminada en la que se sabe que no hay cámaras. Más tarde llegaría el comando, probablemente a pie, y se perdería de las cámaras. Lo normal es que entonces el comando esperara en la propia furgoneta o cerca de esta. Entonces se llevaría a cabo, ya a altas horas de la noche, la tarea antedicha para la reducción del hombre y su asesinato y posterior «depósito» (o traslado a un lugar seguro en los primeros cuatro casos). Esto sucedería también a altas horas de la noche. Posteriormente, reiniciado el tráfico en la ciudad, la furgoneta se incorporaría a este y se perdería (en las grabaciones de tráfico consta una furgoneta negra que se incorporó al tráfico en Ciudad Universitaria la mañana del 15 de julio, mañana en que apareció el cuerpo sin vida de André Figueroa por esa zona. La furgoneta siguió camino a través del Parque Industrial Bellavista y luego a través de la autopista. Desapareció por un camino vecinal y fue encontrada en Obregón Hidalgo una semana después, perfectamente limpia y sin traza alguna. La matrícula resultó ser falsa, pero se pudo descifrar el número de bastidor.

Resultó pertenecer a una empresa de plásticos del Polígono Industrial San Juan. La empresa alegó que la furgoneta le había sido sustraída unas semanas antes. Sin embargo, no se pudo determinar que el vehículo en cuestión hubiera sido usado para actividad delictiva alguna).

Establecidas como válidas las anteriores hipótesis y una vez muerta la víctima en cuestión, ¿qué ha sucedido durante las siguientes horas? Se entiende como altamente probable el hecho de que el comando asesino haya permanecido dentro de la furgoneta hasta la hora de la citada incorporación al tráfico en la mañana. Se entiende, además, que el comando no habrá procedido a depositar el cuerpo en el lugar elegido hasta unos minutos antes de hacer tal incorporación (al menos se considera más probable que el hecho de que hayan esperado junto al cadáver ya depositado en la acera). Todo esto implica que el comando habrá permanecido junto al cuerpo tal vez dos o tres horas en cada ocasión.

(Ha de procederse, por tanto, a activar la vigilancia en torno al movimiento de camionetas que hayan sido robadas y se ha de intensificar el examen de las cámaras de vigilancia de tráfico. Se ha de hacer constar, no obstante, que se estima que cada día circulan por Cheetah más de doscientas mil furgonetas.)

(Ha de procederse, igualmente, a dar instrucciones a los policías que hacen la ronda de noche para que estén especialmente atentos a camionetas aparcadas que puedan contener gente en su interior.)

Cuestión: ¿por qué los cuatro primeros cuerpos no aparecieron la primera noche? Se entiende que de alguna manera en los primeros casos el modo de operar del comando no estaba tan perfeccionado como en los siguientes. Se entiende, en tal sentido, que en los primeros casos es probable que el comando no estuviera estacionado en el lugar adecuado para proceder al depósito del cuerpo. Lo que se debió considerar un fallo que se corrigió en los siguientes casos. Se procedió entonces a elegir lugares en los que tanto se pudiera cometer el asesinato como abandonar el cuerpo.

¿Dónde estuvieron los primeros cuatro cuerpos desde el momento de su desaparición hasta que fueron encontrados? Estudiados por los forenses, se establece que en lugar fresco y seco y ya envueltos en las sábanas. Un lugar frío y seco, pero no una cámara frigorífica. Tal vez una cripta o un sótano.

Al respecto de las letras que aparecen en las sábanas: se ha determinado que algunas de ellas, la mayoría, han sido «estampadas» en la sábana mediante tipos de imprenta. Otras, en cambio, en concreto las aes pero también las bes, las pes y las zetas, ha sido estarcidas mediante plantilla. Se ha de hacer constar el particular «comido» que presentan las aes por si se encontraran en algún otro lugar.

Cuestión: ¿qué son las cifras que aparecen en las sábanas que envuelven a cada una de las víctimas de Las Alegres? Bautista Díaz, la cuarta víctima, encontrado el 8 de julio pero muerto (presumiblemente) unos días antes, llevaba la cifra 477/4. Paulo Garrido, la quinta, encontrado el 10 de julio y muerto (presumiblemente) esa misma noche, llevaba la cifra 496/5. Geraldo Castro, encontrado y muerto en las mismas fechas que el anterior, portaba la 496/6. André Figueroa, la séptima víctima, muerto y encontrado el 15 de julio, portaba la cifra 509/7.

Cotejado todo con las cifras que portaban las demás víctimas es factible establecer una hipótesis.

La cifra que va detrás de la barra representa la cuenta de las víctimas de Las Alegres. La cifra que va antes de la barra concuerda, de una forma aproximada, con el número de mujeres asesinadas por feminicidio o violencia parental durante el año y hasta el día correspondiente. Hablamos solamente en el área de Cheetah.

Esto se establece, según lo dicho, como hipótesis.

[Declaración del compareciente Facundo Orozco ante la comisaría del distrito de Ciudadela, Cheetah, el pasado 3 de agosto.]

Ante la comisaría del distrito de Ciudadela, Cheetah, comparece el señor Facundo Orozco, de sesenta años, y manifiesta:

Que él, de joven, trabajó en los ingenios azucareros de la sierra. Que primero fue mondero pero que luego ya pasó a trabajar dentro de la fábrica. Que trabajó en el molino y en el triturador, y que luego llegó a ser maestro de azúcar. Que por esa época se casó y tuvo dos hijas. Pero que las mujeres son ingratas. Que luego vino la remolacha y se acabó el negocio del azúcar y que entonces se encontró con cincuenta años, sin trabajo y sin saber hacer ninguna otra cosa que pudiera ser útil. Todo porque la sociedad es tan ingrata como las mujeres. Fue entonces cuando empezó a beber y también cuando se vino con la familia desde la sierra porque en la ciudad un primo de su esposa trabajaba en el Obregón Hidalgo. Ahí estuvo un tiempo conduciendo camiones y haciendo reparto con una camioneta. Que él vivía en esa época por la zona de Castilla y que se llevaba la furgoneta a su casa porque también la usaba como vehículo doméstico porque en la empresa se lo autorizaban. Pero que un día le robaron la furgoneta, de esto hace dos meses, y que a causa de ello lo despidieron del trabajo. Que entonces empezó a beber más y que empezó a tener muchas peleas con su esposa y con sus hijas y que entonces un día se fue de casa. Que desde entonces ha estado viviendo en los parques y durmiendo en los cines, y últimamente por la zona del Pequeño Tokio porque ahí hay muchos restaurantes y tiran mucha comida. Que esas noches también bebía mucho y que la noche del 25 al 26 de julio iba caminando por la calle de San Blas y que había visto aparcada junto a la acera la furgoneta que le habían robado en mayo. Que primero se había quedado muy quieto y había dudado. Que luego se había fijado en la matrícula pero que la matrícula no era la misma. Que, de todas maneras, había reconocido la furgoneta porque la suya tenía un rayado en la puerta del copiloto y esta tenía la misma marca. Que entonces se había acercado al vehículo y se había dado cuenta que había dos personas dentro. Que estas personas eran muy curiosas toda vez que llevaban la cara tapada con pasamontañas y que por tanto solo les pudo ver los ojos. Los pasamontañas eran de lana y uno era gris y el otro color crema y tenían, pintados como con espray, una línea horizontal a la altura de la boca. Que aquella línea era algo semejante a una sonrisa y que las dos personas lo miraron un momento y que entonces a él le dio miedo y se fue de allí a toda prisa. Que no sabe por qué le dio miedo pero que se lo dio. Que luego pensó que aquella no era su furgoneta pero que luego se enteró que por San Blas habían encontrado a un hombre muerto y envuelto en una sábana y que es por eso por lo que ha venido. Que las mujeres son unas ingratas y que no es justo lo que están haciendo con esos hombres. Que esas cosas no se hacen sin avisar y contra los inocentes. Que la furgoneta era una Jinbei de dos mil setecientos centímetros y cuatro cilindros en línea de color verde oliva, aunque no recuerda la matrícula que llevaba, pero sí sabe que no era la misma que

cuando él la tenía. Al respecto de la hora que podría ser cuando vio aquella furgoneta, manifiesta que no está muy seguro pero que podrían ser las cuatro de la mañana. Al respecto de si las personas que estaban dentro del vehículo eran hombres o mujeres, manifiesta que no puede saberlo porque no miró más que unos segundos y no se quiso acercar, pero que, si eran hombres, desde luego no eran hombres muy altos.

[De los pasquines que fueron entregados a los manifestantes durante las marchas del 6 y del 13 de agosto.]

Más de seiscientas mujeres muertas a manos de los hombres. Más de seiscientas y solo en este año. Más de seiscientas y solo en esta ciudad del infierno. Más de seiscientas muertas y pretenden hablarnos de justicia. Claman justicia porque apenas han muerto unos cuantos de ellos. ¿Qué es justicia? ¿Qué había hecho María Belén Hidalgo para merecer la muerte?, ¿qué había hecho Josefa Antúnez?, ¿qué había hecho Stella Valenzuela?, ¿qué había hecho cualquiera de las demás?, ¿fue alguno de esos un acto de justicia? No será siempre así.

Matar a un culpable es justicia. Es por eso por lo que han de morir los inocentes. Porque es a las inocentes a las que están matando.

Han de tener que mirar atrás en la noche cuando oigan pasos.

Han de estar vigilantes. Han de estar atentos.

Han de conocer el infierno del miedo en que nosotras vivimos.

Virtud. Revolución. Terror.

Todas vivas. Todos muertos.

No tenemos tierra, ni techo. Solo obedecemos al tribunal de nuestra conciencia.

Seguiremos pensando en vosotras.

COMITÉ STELLA VALENZUELA

[De *Verano en Cheetah*, por el doctor Samuel Zacuzzo. (Notas al pie.)]

De la página 27.

2. Las caceroladas (véase capítulo 8) marcaron el ritmo de las tensiones sentidas aquel verano. Las zonas en las que con mayor consistencia se desarrollaron fueron las más desfavorecidas de la ciudad. Especialmente destacables fueron las de Barrio Sur del 17 de junio o la de Ciudad Universitaria del día siguiente. Consideración aparte merecen las caceroladas de La Renca, en el distrito de Santiago. Al respecto de las caceroladas en La Renca, hay que distinguir entre las que surgieron de forma espontánea a lo largo del barrio y aquellas otras, ya organizadas, a las que posteriormente se llamaría «Las Rencadas». La primera cacerolada en La Renca se produce el 14 de junio (en mitad, por tanto, de la llamada «Semana de la sangre», en la que un total de veinticinco mujeres fueron asesinadas por hombres solo en el área de Cheetah) y parte de Estación Norte para propagarse a lo largo de la avenida Montalcini en dirección a Marie Curie y Laura Bassi. Hay otra cacerolada, ya con gente recorriendo las calles, el siguiente domingo y así se van repitiendo durante el tétrico mes de julio. Sin embargo, es a partir del artículo publicado en *El Nacional* por el doctor James Olmos, en respuesta a la tercera y cuarta víctimas de Las Alegres, cuando las caceroladas toman su verdadera fuerza. La primera «Rencada», ya organizada a través de las redes por el Movimiento Artemisia Gentileschi, tiene lugar dos días después de la publicación del citado artículo y atraviesa los tres kilómetros de la Montalcini. La segunda se lleva a cabo el domingo siguiente. Por supuesto, ambas acciones fueron muy combatidas desde diversos sectores por ser llevadas a cabo al día siguiente de que aparecieran nuevos muertos causados por Las Alegres. Se acusa entonces a los participantes de estar apoyando los asesinatos, lo cual colabora a que la tensión social se dispare. La población de La Renca, en cualquier caso, no contribuye a que esta se disipe y a partir del 17 de julio las caceroladas se hacen diarias y automáticas. Cada día a partir de las diez de la noche y hasta las dos de la mañana, y todo ello mientras seguían muriendo mujeres y Las Alegres cobraban nuevas víctimas. La tercera «Rencada» tiene lugar el domingo 6 de agosto. Y la cuarta al domingo siguiente. Se trata de momentos en los que la actividad de Las Alegres ya se ha extendido a otras ciudades, en lo que daría en llamarse la «Semana de los hombres muertos». Es al domingo siguiente, durante la quinta «Rencada» y después de que el día anterior aparecieran cuatro hombres muertos por grupos afectos a Las Alegres, cuando tienen lugar los trágicos acontecimientos de la Montalcini.

De la página 30.

3. La cacerolada del 15 de agosto, iniciada desde las azoteas de las Casas Rojas, fue la más larga de todas. Empezó a las diez de la noche, según lo habitual, y no terminó hasta las seis y treinta y cuatro del día siguiente. Fue durante esa cacerolada cuando se inició el ritmo sincopado

dos-uno que luego sería tan identificativo del movimiento. Según explicaron muchos de los participantes, en aquella cacerolada el ritmo no fue algo preparado sino que fue surgiendo «como un acompasamiento de la respiración». Este ritmo, que luego fue llamado «Ritmo del grillo», presidió cada una de las marchas que tuvieron lugar entre el 21 y el 27 de agosto.

4. El principal responsable de la campaña de prensa que acusaba a las caceroladas de celebrar las muertes causadas por Las Alegres fue el doctor James Olmos. Fernanda Salazar también fue acusada de alentar, con sus manifestaciones, las muertes que perpetraron Las Alegres, y fue uno de los motivos de su detención el 22 de agosto.

De la página 33.

1. El incidente, inventado según determinados sectores de la prensa, tuvo lugar entre las calles Basualdo y Signoret, en la mañana del 13 de agosto, cuando un grupo compuesto por unos treinta hombres empezó a llamar asesinas a una cuadrilla de mujeres que caminaban con la manifestación. Ello provocó que las mujeres se revolvieran contra ellos y empezaran a llamarlos asesinos a su vez. Rápidamente, y según testimonios, las mujeres que se estaban manifestando se volcaron hacia los hombres y los acorralaron cerca de la tapia del Colegio Sophie Germain. Durante dos horas estuvieron los hombres allí, cercados por una multitud de mujeres enfurecidas que los insultaban y que repetían el ritmo del grillo con las cacerolas y los pitos.

De la página 92.

1. Los llamados «asesinatos externos» son aquellos que Las Alegres llevaron a cabo fuera de Cheetah durante los primeros once días de agosto. En concreto se trata de los asesinatos de Julio César Lagos y de Jonathan Saavedra, ambos muertos en Savannah el 2 de agosto, y firmados por Las Alegres; y de Jesús Aguilera y Ramón Luis Fuentes, los dos muertos en Vidalia el 10 y el 11 de agosto. El primer «asesinato por imitación» fue el de Guido Baum, aparecido el mismo 11 de agosto en Claxton, a más de setecientos kilómetros de Cheetah. El asesinato de Guido Baum, idéntico en las formas, fue firmado por Las Alegres de Claxton y fue el precursor de la «Semana de los hombres muertos» que empezaría el lunes siguiente, día 14, y en la que morirían, en diversas ciudades del país y en circunstancias semejantes a los crímenes de Las Alegres, hasta doce hombres.

De la página 140.

2. Revelador es, al respecto de lo sucedido en La Colonia el sábado 10 de junio, el testimonio del señor Martín Andrés Ambrosio, padre de Benjamín Ambrosio, tal y como lo expresó en la entrevista que concedió al programa *Libre Dimensión* del 20 de diciembre. «La tarde pesaba de más y a eso de las seis empezamos a oír unos gritos que atravesaban el patio. En la casa estábamos mi mujer y yo y al poco vimos que era la mamá de Martina Manfredi la que andaba gritando y llamando a su hija. La verdad es que nos puso un poco nerviosos a todos. Decía que Martina no estaba por ninguna parte. Que había salido a la terraza, pero que ahora no sabía dónde estaba. La verdad es que nos puso tan nerviosos con los gritos que un vecino y yo nos fuimos para el otro lado de la tapia como para buscar a la niña. Y digo “como para buscar” porque en realidad no la estábamos buscando. Solo queríamos irnos un poco lejos, ¿sabe? Donde no se la oyera. También disimulábamos, si me entiende. Por la tapia para abajo y por donde la

estación de descarga. Fuimos bajando y fíjese que pasamos como a cincuenta metros de los garajes abandonados, que fue donde pasó todo, o lo mismo que aún estaba pasando cuando íbamos nosotros por allí. Pasamos a cincuenta metros, pero seguimos hacia abajo, hacia donde los andenes. Ahí nos sentamos a fumar un cigarro y pasó algo de tiempo, no sé cuánto. Porque llegó un conocido y ahí nos entretuvimos con él. Y eso fue, que cuando dijimos de volver ya estaba montado todo el lío. Había gente por donde los garajes y un vecino nos fue contando. Que si habían encontrado a Martina. Que si alguien la había visto con los dos niños. Luego todo fue muy rápido. Había gente corriendo por delante de la tapia y para los bloques. Así que corrimos nosotros también. Solo que ya era tarde. Porque ya los habían matado. ¿Qué recuerdo de ese momento? El olor, eso lo primero. Lo primero y ya de por siempre. Porque eso es algo que se te mete y se te queda cosido a los huesos. ¿Que si pienso en aquello? Pienso todos los días en aquello. Y a veces me entra que no puedo dormir. Por los errores, ¿entiende? Y por el remordimiento. Porque lo hicimos todo mal. Lo primero lo de no tomarlo en serio. Porque pensamos que la mamá de Martina era, ¿qué sé yo? Otra loca. Que eso era lo que andábamos pensando aquellos días. Entonces, no lo tomamos en serio. Y ahí fue. Que si lo hubiéramos tomado en serio, entonces todo podría haber sido diferente. Y entonces ellos estarían vivos. Y Martina también. Y que lo que pasaba era que yo no entendía el mundo en el que vivía. Y mire que no faltaban señales. ¿Que si me costó? Sí, mucho. Porque me dormía y veía las llamaradas que brotaban del cuerpo de mi chico y me despertaba y me acordaba del miedo que tuvo que pasar el pobre en esos minutos. Solo que entonces me acordaba del miedo que tuvo que pasar la pobre Martina y es peor. Por eso a veces creo que es mejor que él esté muerto, porque así lo menos no tiene que vivir con eso. A veces, ¿sabe?, me pregunto qué le diría a Benjamín si otra vez lo tuviera delante. O a Luiz. Porque ellos estaban siempre allí, jugando a aquello de los aviones. Y que no eran tan grandes como para andar sintiendo ya aquella presión. Pero las culpas, ¿entiende? A cada cual la suya. ¿La mía?, pues lo primero lo de no haber estado buscando a Martina. Pero sobre todo lo que le he dicho antes. Eso de no entender el mundo en que vivía. Porque yo andaba como de espaldas al mundo. Andaba como que aquello que estaba pasando era un problema que no me concernía. Un problema lejano. Pero luego sí, ¿entiende? Y a veces no puedo dormir. Pero es normal. Y justo, de alguna manera. Yo lo veo así.»

De la página 162.

3. Las danaides fueron las cincuenta hijas del rey Danao, que se casaron con sus cincuenta primos, los hijos del rey Egipto. Sin embargo, la relación entre Danao y Egipto era mala por lo que Danao entregó a cada una de sus hijas una daga para que mataran a sus maridos en la noche de bodas. De las cincuenta, cuarenta y nueve llevaron a cabo la misión encomendada por el padre. Todas salvo Hipermnestra, que desistió de asesinar a Linceo. Los murales que representaban a las danaides matando a hombres aparecieron a lo largo de toda la ciudad durante aquel verano y fueron profusamente documentados por el señor Carlos Alberto Juárez en su libro *Arte de muerte en Cheetah, la revolución silenciosa*.

De la página 170.

1. La «Chica fantasma de Martinete» fue vista durante la semana del 21 al 27 de agosto por no menos de veinticinco personas. Todos terminaron por referirse a ella en términos más que semejantes. Se trataba de una mujer de unos quince o dieciséis años, mayormente morena y de pelo corto, que llevaba un vestido de verano. El vestido, según algunos testigos, era amarillo con flores azules, pero la mayor parte de los que alegaron haberla visto manifestaron que el vestido era azul con flores blancas. La chica, al parecer, siempre hacía un recorrido semejante, bajando por Martinete o por Logroño en dirección norte y perdiéndose hacia Riquelme o Porturas. Giuseppe Marconi, propietario de una grocería en Martinete número 12, alegó haberla visto hasta en cuatro ocasiones. «Siempre la vi igual. Era como un pedazo de cristal que de pronto se estremecía. Y entonces surgía. La primera vez me dio la impresión de que venía desde la Vera Rubín y recuerdo que pensé que se había perdido. ¿Por qué lo pensé? Porque no concordaba con el resto del cuadro, porque había algo inusual, cristalino, en ella. La primera vez pensé que era porque de alguna manera a ella le estaba dando una luz que no le daba al resto de la calle. Pero luego, las otras veces, pensé que no era por eso. Sino por la forma que tenía de ir caminando. ¿Cómo era? Era como si flotara. Como si el mundo para ella estuviera hecho de hierba. O como si en el mundo no existiera el miedo.» La única foto que existe de la misma (véase página 201) fue tomada por Enzo Frattini por casualidad, mientras apuntaba a un grupo de manifestantes que almorzaba en las barricadas. Cuando le fue mostrada la imagen a Giuseppe Marconi, este manifestó que se trataba sin ninguna duda de la misma muchacha que él había visto. La muchacha fue vista por última vez por un grupo de mujeres que formaban la guardia en la barricada de Nápoles con Logroño. Las mujeres, al parecer, la vieron y se acordaron del fantasma y la llamaron. Sin embargo, la muchacha no hizo caso de sus voces y se limitó a mirarlas un momento para, a continuación, perderse por el callejón Virasoro. Algunas de las mujeres se acercaron a la entrada del callejón, un pasaje que no tenía salida, pero allí no encontraron a nadie.

[Del programa *Libre Dimensión: Hoy*, Fernanda Salazar. (Fragmento.)]

—¿Dónde estaba usted la mañana del 20 de agosto, Nadia?

—¿Dónde? Pues allí mismo. En la cabeza de la marcha.

—¿Iba usted con su abuelita?

—Sí. Estábamos todos, en realidad. Mi papá, mi mamá. Todos.

—¿Qué recuerda de aquella mañana?

—Bueno, fue una mañana muy calurosa. Había algo que adormecía. Y estaba el aire muy enrarecido. Como si desde el desierto estuviera viniendo uno de esos vientos. Solo que no venía nada porque me acuerdo que estaba todo que no se movía ni una hoja de los árboles. Y pesaba. Aparte estaba la gente, claro.

—La marcha empezó a las doce, ¿dónde estaba usted?

—La mañana empezó de bien temprano. Me acuerdo que eran las nueve y ya entraba el bullicio de la gente por las ventanas. También que le dije a mi papá de llamar a la abuelita pero que él me dijo que no, que mejor no. Porque ella tendría como muchas cosas que hacer y que entonces mejor no molestar. Así que nos arreglamos, mis papás y yo, y a eso de las diez o diez y media ya íbamos por la calle. Nosotros vivíamos cerca del colegio, así que tomamos por la Vera Rubín y fuimos subiendo. Había ríos de gente que bajaba desde Estación Norte y Cementerio Industrial. Y estaban las cacerolas, claro. Que eran como la respiración.

—¿Cuándo se encontró usted con su abuelita?

—Pues un poco más tarde. Como sobre las once o un poco después. Ella estaba en todas partes, como siempre. Arreglando algo, componiendo otra cosa. Me acuerdo que el centro de mando estaba por Rachel Carson, más acá de la comisaría, y que ahí estuvimos un buen rato antes de bajar hacia la cabecera. Y ahí estuvimos justo cuando era la hora de empezar.

—Usted, según me ha dicho, tenía diez años por entonces.

—Así es.

—¿No sintió miedo? Lo digo porque ya había habido incidentes en otras marchas anteriores. ¿Sabía usted de eso?

—Bueno, ya le he explicado antes que he leído mucho al respecto de aquel verano. He leído y por supuesto he tratado de contrastar lo leído con mis recuerdos y con los de mis papás. Y en relación con los incidentes, pues, sí, claro, es indudable que los hubo. Pero si me pregunta por el miedo, tengo que decirle que no. Que yo no lo sentí en ningún momento. Por supuesto, la situación era solemne, y la gente estaba muy responsabilizada. Pero el ambiente era mayormente festivo. Y tampoco es que yo fuera la única niña, no. Había allí familias enteras.

—Usted iba, entonces, bajando hasta Laura Bassi.

—Sí.

—¿Cómo recuerda el momento en que estalló la bomba?

—Pues primero el calor. El estallido de luz. Porque yo no oí nada, ¿entiende? Solo que hubo un fogonazo y luego silencio. O algo semejante a un silencio. Aquello duró como dos segundos o tres. Y entonces empezaron los gritos. Gritos de miedo y también gritos de dolor.

—¿La bomba la hirió?

—No, pero me encontré tirada en el suelo, panza arriba. Piense que, de primeras, no entendía. Porque había perdido la perspectiva y era como que el mundo se andaba reconfigurando. O sea, yo miraba hacia el cielo, pero no entendía...

—Entonces, Nadia, estaba usted muy cerca de donde tuvo lugar la explosión.

—Sí, porque piense que yo, en todo momento, durante la marcha, podía ver el cabello azul de Sofía Navarro. Siempre la tenía ahí. A veces como a veinte metros. Otras más cerca, como a diez.

—¿Qué recuerda del asalto al edificio desde el que se lanzó la bomba?

—Bueno, no tanto en realidad. Piense que yo era pequeña y que estaba muy aturdida en aquellos momentos, que había muchos nervios y gente herida. Pero algo vi. La gente moviéndose toda en una misma dirección, como si la arrastrara la corriente. Luego mis papás me agarraron muy rápido y me sacaron de allá.

—Entiendo que sí que ha leído al respecto del ataque.

—Por supuesto.

—Ese día hubo diez muertos, incluida Sofía Navarro.

—Lo sé.

—¿Puede explicarme por qué es usted tan crítica con la versión oficial de lo sucedido aquel día?

—Bueno, yo creo que es necesario apartarse de opiniones simplistas. Es lo mismo que sucede con los incidentes de los que usted me hablaba que habían tenido lugar durante las marchas.

—¿A qué se refiere?

—A que todo aquello fue muy magnificado. Por determinados sectores. Verá, de pronto había una revolución. O algo que apuntaba a una revolución. Y aquello debió hacer que en determinadas esferas se levantaran cejas. Porque quién sabía qué podía suceder si aquello continuaba. Entonces alguien debió ponerse a pensar, como le digo. Y ese alguien decidió que no.

—Entonces, ¿cómo interpreta lo sucedido aquel día?

—Lo interpreto como un acto de manipulación. Con el que se pretendió que la gente pensara que aquello estaba mucho más descontrolado de lo que en realidad lo estaba. «¿Bombas en nuestras calles? No. Sofoquen eso, por favor, señores de la policía, señores del ejército.»

—¿Y no le parece que la actividad de un grupo terrorista, o filoterrorista, es una situación de emergencia nacional?

—Ya, pero convendrá que los del Artemisia Gentileschi no se lanzaron una bomba contra ellos mismos. Entienda usted que le estoy hablando desde una perspectiva política.

—Explíquese.

—¿Qué generó esa bomba?, ¿favoreció la causa del Artemisia Gentileschi o fue todo lo contrario? Piense en lo que sucedió las semanas siguientes. Si lo mira con perspectiva verá que aquello fue el punto de inflexión. Y fue una jugada maestra, si lo piensa. Porque la bomba se la tiraron al Artemisia Gentileschi. Se la tiraron al movimiento y la población terminó por ponerse en su contra. Genial.

—¿Está insinuando que alguien, desde los poderes fácticos, dio orden de que se lanzara la bomba?

—No lo estoy insinuando.

—¿No tiene la sensación, ahora, de que todo se podría haber hecho de otra manera?

—Bueno, eso es seguro. Lo es, pero no solo al respecto de lo que pasó aquel verano, sino al respecto de todas las cosas que se hacen en la vida, ¿lo que hacían Las Alegres estaba mal? Sin duda. Pero también había muchas cosas previas que estaban mal. Cosas que atravesaban la sociedad, que la siguen atravesando. Y ¿qué quiere que le diga?, ¿que siento igual todas las muertes? No. No las siento igual. ¿Que aquellos hombres eran inocentes? Bueno, tal vez no lo eran tanto.

—¿A qué se refiere?

—¿Sabe quién dijo que la abstención podía suponer colaboración? Lo dijo Gandhi. Y, esos hombres que murieron, ¿hicieron algo que implicara su no abstención mientras estuvieron vivos?, ¿algo que no fuera abstenerse ante la situación de miedo en la que vivía esa otra mitad de la población? Entonces, si lo dejaron estar, si simplemente se pusieron cómodos y se dedicaron a disfrutar de la satisfacción psicológica que les proporcionaba el estado de cosas, entonces podríamos decir que estaban conformes. Y quién sabe si eso no sería suficiente para llamarlos abstencionistas. O colaboracionistas. A partir de ahí se podría empezar a discutir sobre muchas cosas.

—¿Eran culpables, entonces?

—A veces es obligatorio ser activista. Y mire que activista es una palabra que no me gusta. Digamos proactivo. ¿Sabe qué decía siempre Sofía Navarro? Que ellos nos mataban a nosotras y nosotras lo único que hacíamos era intentar educarlos. Pero es que a los perros hay que darles con el periódico de vez en cuando.

—Visto a fecha de hoy, con el tiempo pasado, ¿cree usted que todo aquello que sucedió sirvió de algo?

—¿Sinceramente? Sí. ¿Sabe por qué? Porque aquello trascendió. Porque pasó a otras ciudades. A otros países. Cruzó el océano. Y aquello cambió, aunque fuera en una pequeña medida, el mundo. Despertó una conciencia: la de que nosotras también podíamos obligar a los hombres a tener que tomar medidas. A ser cautelosos. De pronto hubo hombres que tuvieron miedo porque comprendieron que ellos también eran probables víctimas. Tuvieron que entender determinadas cosas que nosotras sabíamos de sobra. Fue algo que, de alguna manera, igualó un poco las cosas. Las cosas entre los géneros, ¿entiende? Suscitó una suerte de empatía.

—¿Cree usted, sinceramente, que esa es una batalla que se puede ganar?

—No creo que exista más remedio que ganarla, ¿qué cree usted?

—Yo solo soy el entrevistador.

—Y eso lo libra. Sin duda es cómodo ser nada más que un entrevistador.

—Bueno, es mi trabajo.

—Ya le dije.

—¿Quiere decir algo más?

—La verdad es que sí, algo que me ha venido justo ahora a la cabeza, si me permite.

—Por supuesto.

—Verá, antes me ha preguntado usted qué recordaba yo del momento de la explosión. Y me he acordado de algo. Algo que pasó y que ahora me doy cuenta que lo había olvidado durante mucho tiempo. Verá, yo estaba tendida panza arriba y alguien me movió y me puso en la acera. Yo seguí allí tal vez un minuto. Y pasó una cosa; unos metros por encima de mí, como en el primer piso, había un balcón. Y en la parte de abajo del balcón había una frase escrita. Así como con planillas, como con estarcido. ¿Sabe qué ponía? Ponía: PREGUNTA AL NO-SER SI EXISTE. Y firmaba C.T. Recuerdo ahora esa pintada y recuerdo que anduve, entonces, unos días muy pensativa al respecto de ella. Me preguntaba cosas. Quién pudo haberla escrito. Y cómo. Cuándo. Recuerdo que incluso un día, cuando yo ya era más grandecita y tenía catorce o quince años, pensé en ir hasta allá y verla otra vez. Sin embargo, no pude. Porque solo de acercarme a la zona como que me temblaron las piernas. A veces pienso que yo realmente nunca vi aquello y que fue el shock. Solo que ahora mismo no sé qué pensar. Puede ser que mañana me acerque a ver. Aunque, después de tanto tiempo, quién sabe...

La mujer

La mujer ya llamó el día anterior. Llamó y luego dejó el auricular muy suavemente sobre la horquilla y lo estuvo mirando largo rato con expresión de sospecha. Porque era como si el teléfono de pronto no fuera un aparato intercomunicador sino una peligrosa araña que hubiera atravesado la pared imponiendo una presencia no deseada. La mujer había recogido los restos de la cena y se había acostado. En la cama la había asaltado el obsesivo sueño. En él alguien le llegaba desde detrás y le enlazaba el cuello con una serpiente. Sin embargo, la mujer no se ponía nerviosa cuando soñaba aquello. Porque ya sabía, aun soñando, que siempre se despertaba en el momento en que la serpiente se volvía y la miraba. Y eso hizo. Despertarse y ya esperar a que los pinzones del patio empezaran a cantar. Había sido ahí, en la espera, que se había dicho que lo mismo era tiempo de ir adelantando faena.

La mujer aparenta unos treinta años y tiene el pelo en cachumbitos negros que parece que le quisieran acariciar las clavículas. Además tiene los labios gruesos y oscuros, la mirada vigilante. Para llegar a la fragua ha tenido que atravesar el patio y apartar restos de cableado y un par de lonas. Luego ha dispuesto el carbón en la bandeja fabricada con la llanta de una vieja rueda de camión y ha empezado a amontonar yesca y ha prendido. La mañana son gorriones que cruzan con larvas en los picos y la mujer espera hasta que las llamas tienen la altura adecuada. Luego regresa al interior y prepara café y vuelve a mirar largamente al teléfono. Luego marca. Y espera.

—Tintorería Resignación, ¿en qué puedo ayudarle?

Eso ha dicho la voz. Eso dijo también el día antes. Las tres veces que llamó. La mujer cuelga y suspira. El patio es un abandono de hojas caídas y ramas secas de pino, de fragmentos de máquinas de coser y carcasas de viejos coches. Debajo de una lona hay una serie de cubetas de plástico apiladas. La mujer las va moviendo y al final extrae de una de ellas un saco de yute que luego lleva hasta la fragua. El siguiente rato lo pasa sentada a la mesa mientras mira el teléfono. Solo que su mirada es ahora distinta. Porque anuncia un final. La mano le tiembla cuando vuelve a marcar. El teléfono suena una vez y otra.

—Tintorería Resignación —dice la voz.

Es una voz de mujer. Una voz átona, plana, semejante a la que pudiera modular un robot bien entrenado. La voz dice esas dos palabras y no dice más. Pasados tal vez quince segundos cuelgan al otro lado y la mujer mueve pensativa el café de la taza. Aún llamará otra vez y volverá a suceder lo mismo. Es al inicio de la tarde cuando echa más carbón en la fragua y activa el fuelle. Entonces empieza a trabajar. Del saco va extrayendo los tampones que contienen los tipos de imprenta, las planillas que servían para estarcir las aes, las bes. Los tampones son de madera recia y al poco arden como los buenos troncos que son. Las planillas se resisten más. Primero se vuelven rojas. Luego blancas. La mujer las va sacando con las tenazas y las sujeta contra la

piedra de la fragua. Entonces las martillea hasta que la a ya no parece una a ni la b una b. Las letras se retuercen y el fuego ilumina en amarillos el rostro de la mujer y lo llena de sombras triangulares.

Cuarta parte
Alessandro

El papá de Alessandro

—Qué pasa —está diciendo Ezequiel Silva, que así se llama—, que tú has ido a la universidad y yo no, ¿es eso? Y entonces, ¿qué?, ¿que tú eres más lista? Porque tú ves cosas que yo no veo. Y entonces vas a darme lecciones, tú.

El problema, eso bien lo sabía Ezequiel Silva, que es moreno y cobrizo y de manos grandes, era esa posición que ella adoptaba al respecto de él. Aquellos aires de superioridad. Aquella manera de mirarlo con aquella nariz levantada.

—Que me vas a dar lecciones tú, ¿sí?

Ella no podía decir que él no la quisiera. Porque sí la quería. Y siempre se lo había dicho y siempre le había sido fiel. ¿No había vuelto él arrastrándose cada vez? Pero no. Ella no. Ella siempre complicando las cosas. A ratos Ezequiel se lamenta para sí. Porque, ¿qué quería él, a fin de cuentas?, ¿qué esperaba de la vida? Pues muy poca cosa. Nada. La vida sencilla y vivir en paz. Dos personas compartiendo un sofá, una cama. Y ver la tele por las noches y salir algún sábado, sobre todo ahora que el niño ya era más grande. Y tampoco salir a nada. Un par de cervezas aunque fuera para sentarse en una silla de plástico en cualquier terraza. Y nada más. Y luego ella, otra vez.

Porque todo estaba mal. Todo. Unos días mal y otros muy mal. Y lo peor era esa capacidad de ella de anticiparlo. Para que él supiera. Para que él lo tuviera claro desde bien por la mañana. Él sabiéndolo y ella sabiéndolo y entonces ella llegando por el pasillo con aquel arrastrar de pies y aquel aire desconsolado. Él preguntándose.

Lo ve, eso se ha dicho Ezequiel esta mañana. Lo sabe. Y, si lo sabe, es que me está retando. No te atreves, cabrón. No te atreves otra vez, cabrón. Como si ella no lo supiera de las veces de antes, como si él no se lo hubiera enseñado ya, como si se negara a aprenderlo. Pero hay más. Te jodes, cabrón, cerdo. Aquello sonando en su cabeza. Ella y su deliberada indecisión. Aquella manera de encogerse.

La culpa, en realidad, era del niño.

Porque el niño era peor que la madre. Más rebelde. Más sabihondo. El sabihondo y la sabihonda mirándolo, juzgándolo.

—¿Qué pasa? —dice él.

Y la otra allí, parada en ninguna parte, inmóvil como si fuera un maldito ciervo deslumbrado por unos faros en mitad de una carretera. Retándolo.

«No te atreves, cerdo.»

«No te atreves, cobarde.»

—¿Qué pasa?

—No sé —dice ella.

Ella lo dice y él nota que se le angustia ya la voz, y le viene el temblor. Lo que es peor. Porque ella anda como anticipándose a él.

—¿No sabes? Pero, tú lo sabes todo, ¿no?

Pero la cabrona allí, sin reaccionar. Haciendo justo lo que no tenía que hacer. Haz algo y no me obligues.

—Haz algo.

Pero no.

Entonces llegan los errores. Porque es un error. Y él lo sabe. Pero no es culpa suya.

Alessandro

El espacio es mínimo. En realidad lo justo para que pueda caber él con las rodillas bien pegadas al pecho. La puerta tiene un tirador por dentro y hace clac al cerrarse. Una finísima aguja de luz le ilumina los pies descalzos. Alessandro trata de estar tranquilo, pero es difícil. Sin embargo no hay nada que discutir. La mamá ya lo dejó claro la última vez.

A ratos Alessandro mueve un poco un pie para que no se le duerma. A ratos se pone las manos en los oídos. En el momento en que los gritos son más fuertes, en que retumba la casa, se le mojan los calzones y el pantalón del pijama.

Por el olor podría descubrirte, se dice. Podría descubrirte el papá.

Pero Alessandro sigue quieto. Atento. ¿Cuánto tiempo es esperar?, ¿cómo sabe uno que ya esperó bastante?

Ahora se quita las manos de los oídos y lo aterra el silencio. Porque es un silencio cubierto de polvo. El silencio que alguien dejó olvidado detrás de una puerta que no piensa volver a abrir. Un silencio que tiene su propia voz, que parece pronunciar morosas palabras: Muévete, niño. Atrévete a respirar, niño. Eso dice el silencio. Y cuánto tiempo, entonces. Cuánto tiempo contado con los latidos del corazón hasta que se atreve a mover una mano, a tantear en el tirador. Y otro rato más hasta que es capaz de abrir una rendija por la que entren la luz y el aire. ¿Y si el papá solo ha simulado que se ha ido?, ¿y si está agazapado en algún rincón, tal vez en el baño, tal vez junto a la misma puerta? Así que se mueve despacio. No dice nada. Solo vuelve a esperar y le tiemblan las piernas y las manos y todo huele a su orina, que es como la de un animal enfermo. Al cabo se descuelga, toca el suelo. Entonces se intuye su paso como de puntillas a lo largo de la habitación.

—¿Mamá? —susurra.

Lo susurra y nada explota, nada se cierne. Parece ser cierto que el papá se fue, entonces. Desde el pasillo percibe ya las cosas tiradas por el suelo de la cocina. Luego la ve.

—¿Mamá?

Lo ha dicho en voz muy baja pero las dos sílabas rebotan contra las puertas de los armarios, contra el lavaplatos, contra la mesa volcada. Luego se vuelven contra él en un tañido de mil campanas. Es entonces cuando se le revuelven las tripas, cuando un zumbido caliente lo atraviesa. «Esta vez sí», dicen las campanas. «Esta vez sí. Esperaste demasiado, niño, y ahora es tarde. Tarde.» Sin embargo la mamá gime de algún modo y eso hace que el zumbido desaparezca.

Se adelanta entonces. Avanza.

—Mamá, ¿dónde está el papel que te dieron? ¿Ese del cura?

Pero la mamá no comparece. Alessandro le ha echado agua en los ojos, le ha dado un calmante, le ha limpiado el ojo por dentro con un bastoncillo de algodón como ha podido. Todo eso ha hecho pero la madre no comparece. Y Alessandro entiende que el tiempo corre en su contra.

—Mamá.

El niño rebusca entre los papeles que la mamá tiene escondidos en el fondo del cesto de la ropa sucia. Va poniendo cosas sobre una mesa. Cuando lo tiene lo muestra, pero la mamá no puede ver.

—Mamá, ya marqué. Está sonando. Tienes que hablar. Habla.

—¿Es usted el cura Orellana?

La mamá lo ha dicho y a Alessandro su voz le ha sonado increíblemente lejana. Más como la voz de una niña pequeña que se hubiera perdido entre la gente. Por supuesto, él ya lo ha mirado todo al respecto de aquella otra ciudad tan lejana llamada Cheetah. Su localización, número de habitantes, principales monumentos, equipo de baloncesto.

—Dile que tiene que ir él a esperarnos a la estación.

—¿Qué?

—Díselo, mamá.

Y sí. El cura iba en persona. Mientras la mamá termina de hablar, Alessandro arma un par de bolsas de deporte con cuatro cosas y coge el dinero que hay en el tarro que también está escondido donde la ropa sucia. Luego llama al taxi y espera junto a la ventana su llegada.

—Mamá, vamos.

Entonces los dos bajan con cuidado por la escalera. Porque la mamá anda a ciegas y tiene la cara en carne viva. Alessandro le coloca bien las gafas de sol y le da la mano. Su mano pequeña pero también pequeña la mano de la mamá. No se lo dice, pero todo el rato está mirando atrás, y a todos lados, como lo hará también en la estación de autobuses. Luego Claxton va quedando atrás y esa otra ciudad llamada Cheetah acercándose por fin. El cura resulta ser un hombre pequeñito y con cara de flan.

—No, hospitales, no —habían dicho los dos, la mamá medio ciega y el hijo—. Si vamos a un hospital él nos encuentra. Usted no lo conoce a él. Así que no. Mejor llévenos a esa casa que usted dice. Y déjenos allí. Con eso ya estamos bien.

Luego la enfermera que iba con el cura felicitó a Alessandro. Porque había curado muy bien a su mamá. Porque la había lavado muy bien y porque no le había puesto apósitos sobre los ojos.

El papá de Alessandro

Ezequiel Silva ha aparcado la máquina en el rincón entre los andenes y ha mirado la hora y ha sacado a escondidas el teléfono y ha marcado. Nadie contesta. Pero al menos, eso se dice, ha confirmado que el teléfono de la otra está operativo. Ezequiel cuelga y vuelve a mirar la hora. Las nueve y treinta y ocho. Un momento está pensativo. Mientras entra el tren Claxton-Biloxi y la gente se desparrama por la estación. Luego da otra pasada. Vuelve a llamar a las diez y veinticuatro.

Apagado.

Ezequiel arranca otra vez la máquina y se pone los antirruído. Aún no está especialmente preocupado. Puede ser, se dice, cualquier cosa. Quizá se le desarmó o puede que la otra ande pensando cualquier locura. O lo mismo que el niño, que es peor que la madre, esté con cualquiera de sus cosas de sabihondo. Así que preocupado, no. Pero luego vuelve a llamar a los quince minutos. Y luego a los otros diez y luego cuando son más o menos las doce. Es por entonces cuando se va a la supervisora y se lo dice. Que tiene un asunto familiar urgente y que tiene que ausentarse un par de horas. De vuelta en el barrio espera unos minutos en el coche mientras mira hacia las ventanas de la casa. Todo parece tranquilo. Aparentemente, porque nada más entrar ya ve que no. Que de tranquilo, nada. Por el propio olor del piso, que ya se diría de casa vacía. Y por las cosas tiradas por el suelo. Un rato camina de aquí para allá. De la cocina al cuarto del niño y de ahí a la habitación. Al final sale al rellano y toca en la puerta de la vecina.

—¿Los vio?

—No sé, hijo. ¿Alessandro no está en el colegio?

Así que se vuelve a la casa, se sienta en la cocina y llama a la escuela. Pero tampoco. Alessandro no está allí. Un rato se queda sin moverse y, mientras, los azulejos, con su flor amarilla grabada en el centro, parecen burlarse de él. Igual que lo hacen los revueltos restos que quedan en los cajones. Ezequiel Silva se enfada entonces. Lo hace pero es muy silencioso. Silencioso mientras se escabulle del edificio y también durante el resto de la jornada de trabajo. Los ojos atentos a cualquier movimiento que pudiera resultar sospechoso. Las dos veces que siente a la policía rondando por los andenes se le encoge el estómago. De todas formas, él sigue llamando. Lo hace a las tres y media. A las cuatro y cinco. A las cuatro y veinticinco. Al teléfono de ella pero también al teléfono del niño.

Apagados.

Es ya cayendo la noche cuando lo comenta con su hermano.

—No están. No los encuentro.

—¿Has llamado a los hospitales?

—Sí —miente Ezequiel.

—¿Y a la policía?

—Voy ahora.

Por supuesto es mentira. Esa noche se ve un partido, se toma un par de cervezas y se asoma cada poco a la ventana. A media noche siente que una piedra se le posa sobre el pecho. Entonces agarra cuatro cosas y se mete en el coche y conduce hasta la otra casa, la que había sido de los padres. Ahí se queda, de momento. Y allí pasa un día, una semana, luego un mes. Mientras él espera. Cada día marca y cada día espera a la policía. A que llegue y le diga aquello de véngase con nosotros. Pero los días transcurren y aquello no llega y poco a poco se va quedando más tranquilo.

Están por ahí, escondidos, se dice.

Eso se dice, pero no le dice nada al hermano. Ni a nadie. A ratos se enfada, pero su enfado es como el fondo de un pantano. Después, claro, empezó a pasar aquello de los muertos en aquella otra ciudad. Y al poco aquello del hombre muerto en el propio Claxton. Tan cerca.

51
Alessandro

—Y ¿cuánto hace de eso? —le pregunta Rita, la que es asistente social o algo de eso.

Alessandro la mira con ojos serios. Están los dos sentados en la cocina de la casa que les dejó el cura.

—¿Cuánto hace de qué? —dice Alessandro.

—De que os fuisteis de Claxton y os vinisteis a Cheetah.

—Pues, no sé.

—¿No sabes?

—Unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve días. Por ahí —dice Alessandro.

Rita lo mira y es como si intuyese que el chico se burla. O que al chico no le importa.

Un rato antes ha sido la rutina de cada lunes por la mañana. Primero el teléfono sonando, aquel número nuevo que les dio el cura, y entonces la mamá agitándose en su mundo proceloso.

—¿Quién es?, ¿quién es?

—La enfermera, mamá. Todo está bien.

La mamá se calma. O se calla. Alessandro contesta al fin.

—¿Sí?

—Soy Magda. Llego en cinco minutos. Voy con Rita.

Alessandro cuelga y se desplaza hasta la ventana y vigila. Las ve llegar al poco. Magda es más alta que Rita y también tiene la nariz menos rara. Las dos de edad parecida. Un instante desaparecen bajo un toldo y pasa una bici. Luego suena el timbre de abajo.

—¿Quién es?

—Soy Magda.

Alessandro pulsa el botón y se sube al escalón de plástico y vigila por la mirilla. Todos los rellanos, se dice, se parecen. Escaleras que vienen por un lado y se van por el otro. Si acaso una ventana que da a algún patio. Y en el centro de todo, la puerta del ascensor. Alessandro la vigila expectante. El momento de luz y la puerta que se abre. Pero solo son Magda y Rita.

—Hola, Alessandro, ¿qué tal?

—Bien.

Los ojos de Alessandro son líquidos y esquivos. Se aparta para dejar pasar a las mujeres. La casa es una moqueta verde y olorosa a gato antiguo y un largo esófago que lleva a un salón que da a la avenida. Se entra directamente al pasillo, que es opresivo, y poco más hay que ver. Una cocina vieja, un baño aún más viejo y dos habitaciones que probablemente en sus tiempos no fueron más que un único espacio. En una de ellas, detrás de una puerta cerrada, vive la mamá.

—¿Pasaste miedo anoche? —dice Rita.

Alessandro niega con la cabeza.

—No tanto.

La ventana da a la calle Martinete y es ahí donde se ha instalado Alessandro. El sol refulge en las persianas y en los toldos, la calle muestra los restos de la batalla de la noche anterior. Un grupo de operarios están retirando los contenedores quemados y en la esquina con la avenida todavía hay restos de barricadas. El asfalto está sembrado de objetos oscuros. Basura carbonizada junto a fragmentos de adoquines y cristales. La gente, expectante, recela o se junta en grupos que vienen y van, que se deshacen de pronto en una esquina para volver a formarse veinte metros más allá. Alessandro los mira y le da la impresión de que se mueven como bandadas de pájaros. Aparte hay algo más. Algo que se presiente y que es como una sombra vigilante que flotara sobre los edificios. La enfermera ha quitado los apósitos de los ojos de la mamá y esta gruñe, entonces Alessandro vuelve los ojos al interior. La enfermera le habla a la mamá mientras echa gotas y limpia.

—Muy bien, cariño —está diciendo la enfermera—, mira aquí. Y ahora aquí.

La mamá obedece, pero sus manos son un desmayo pálido de venas azules. La enfermera sonríe.

—Dime, cariño, ¿te levantas todos los días?

—Todos los que puedo.

—Pero, cariño, tienes que poder...

La mamá no se comporta con la enfermera como lo hace con Alessandro. Así que se deja levantar de la cama y da unos cuantos pasos tambaleantes hasta que medio se desploma sobre el butacón. Alessandro ha vuelto a mirar a la calle y ahora tiene los ojos fijos en el dueño de una grocería que hay Martinete abajo. Sin duda, o eso le parece a Alessandro, se trata de un hombre muy curioso. Por la cara de querubín enmarcada por rizos negrísimos lo mismo que por su inmensa obesidad. Aparte del mandil que siempre lleva sobre la camisa cubierto de manchas de sangre. El hombre está ahora sentado en un taburete a la puerta de la tienda mientras habla, de lado a lado de la calle, con un niño que hay apoyado en una Vespa. Alessandro vuelve la mirada al interior y sus ojos se cruzan con los de Rita.

Rita le sonríe y Alessandro entiende bien lo que quiere. Así que se sientan los dos en la cocina y la mujer va curioseando. Lo mismo que le pregunta cosas, lo mismo que va abriendo, como al descuido, alacenas y frigoríficos. También quiere saber si Alessandro tiene alguna pregunta. Y claro que las tiene. Solo que no las hace. Porque lo que él querría saber, lo primero, es cuál es el acuerdo que Rita tiene, exactamente, con el cura. Saber, por ejemplo, si ella está a sueldo o si hace aquello voluntariamente. Y saber más. Cómo es la vida de Rita. Si tiene un marido. Si le habla, luego, al marido de ellos. De la mamá inválida que lleva cuarenta y ocho días tirada en la cama, del niño silencioso, de cuanto comen o dejan de comer. Pero ya la visita ha terminado y la enfermera ha salido de la habitación y ahora el muchacho las acompaña hasta la puerta. Antes de abrir se sube al escalón y vigila la escalera.

—Está bien —dice al fin—. Podéis salir.

Las mujeres sonríen. Alessandro tira de la comisura de su boca, pero no sabe lo que le ha salido.

Alessandro

Alessandro se ha sentado a su mesa y ha encendido el ordenador y se ha puesto en línea y ha empezado a hacer la tarea. Porque Alessandro no va a poder hacer los exámenes, pero eso no quiere decir que vaya a perder el año. Al poco rato de conectarse le llega una llamada de la prima. Alessandro contesta y la prima le ocupa la pantalla del ordenador, también en su mesa y con su tarea.

—¿Qué tal?

—¿Cómo vas?

La prima Andrea es como dos años mayor que Alessandro. También es un poco lo contrario al muchacho. Porque cada uno ha salido a una rama de la familia y entonces todo lo que Alessandro tiene de moreno y de chaparro lo tiene Andrea de rubia, de alta y de ojos claros. Esos mismos con los que lo mira ahora a setecientos kilómetros de distancia. Alessandro se lo dejó claro a la prima la primera tarde que se conectaron.

—Oye —le había dicho a la prima—, que no puedes decirle a nadie que hablamos.

La prima lo había mirado y había ladeado un poco la cabeza.

—Pero ni a tu papá ni a tu mamá. ¿Me lo prometes?

La prima lo había entendido. Por descontado se trataba de una cuenta nueva. Una que Alessandro había abierto cuando huyeron de Claxton y de la que nadie sabía nada. Así que allí se encontraban, él y la prima, tres o cuatro tardes a la semana bajo los flexos, a ratos concentrados y a ratos charlando. A la espalda de Andrea hay una ventana abierta que da al patio de ladrillo rojo en el que los papás de los dos amontonan la chatarra. Por ahí ve Alessandro descender la tarde. A la espalda de Alessandro, en cambio, no hay más que oscuridad. Porque la puerta está cerrada y también la ventana. Todo cerrado porque, aunque la prima lo haya prometido, es mejor que conozca lo menos posible. Así que, cero referencias por las que pudiera ella trepar. Porque nunca se sabe y porque en aquello le va la vida. Y tampoco es que Alessandro se haya extendido en largas explicaciones al respecto de la situación. No, mejor una conveniente zona de penumbra, un guion al que atenerse. Y los dos primos jugando amablemente al juego.

—¿Y tu mamá? —podía preguntar la prima, tal vez los primeros días.

—Ella está trabajando. Vendrá tarde.

—A ver si un día la saludo.

—Sí.

Y mejor penumbra. Sobre todo si uno se planteaba las cosas y echaba las cuentas. Porque, al fin y al cabo, ¿de quién era hija la prima Andrea? Pues del hermano del papá. Y ¿con cuántas personas podía contar la mamá de Alessandro allá en esa familia? Alessandro se lo preguntaba a veces pero siempre terminaba por sacudir la cabeza y dejarlo estar. A ratos la prima mira hacia su teléfono y parece andar esperando algo. Él intuye de qué va el tema.

—¿Cómo estás ahora?

—¿De qué? —dice la prima.

—De Danilo.

—Ah, ahora estamos bien. Está tranquilo.

La prima mira hacia Alessandro y el muchacho se comprime hacia dentro y esconde los ojos para que estos no reflejen aquello que está pensando. Y es que, se dice Alessandro, eso también forma parte del juego.

Porque Andrea es de hablar, aunque tampoco es que se lo cuente a él todo. Pero algunas cosas sí. Por eso, Alessandro sabe cosas de Danilo. Aquello de ir a esperar a la prima cada tarde a la salida del Liceo, por ejemplo. O aquello otro de, caso que Danilo no pueda ir a esperarla, entonces llamarla por teléfono y tenerla conectada todo el rato hasta que la prima llega a casa. Lo de los veinte mensajes por noche, o lo de «hazte una foto, que vea con quién estás». Y más cosas. Otras que la prima no le ha contado pero que él intuye. Cosas oscuras y adultas. Así que la mira de reojo. Está tranquilo, ha dicho la prima. Y Alessandro, que ha estado estudiando el tema, piensa que la vida no es más que una conversación que cada poco se reinicia.

—Tienes que entender —decía la mamá de Alessandro hará cosa de un año, cuando aún estaban en Claxton y en el infierno— que tu papá tiene mucho estrés. Por las cosas del trabajo. Y luego, yo, que soy un desastre. Que es como él dice, que no me concentro. Y lo agobio. Pero ahora está tranquilo —seguía la mamá sentada a la mesa de la cocina, mientras sonreía con una mueca espantosa y apenas movía un café con la cuchara—. Sí que lo está. Ahora está bien. Y eso es bueno.

Alessandro mira hacia la prima, que le sostiene un momento la mirada y plantea una sonrisa que no le llega del todo a los ojos. Una sonrisa que contiene, también, una advertencia. Yo no te pregunto al respecto de todos tus misterios. No te pregunto por qué os fuisteis ni dónde estás ni por qué mi papá no puede saber de ti. Tú me pides todo eso y me dices que no me meta, entonces ¿por qué te metes tú? La prima dice todo eso con los ojos y Alessandro se repliega y los dos regresan al baile acordado. Así que la prima deja a un lado el lápiz y parlotea. Porque, dice de pronto, hay un cumpleaños. Y esas cosas que pasan, que Alessandro tiene que hacerse cargo. Porque hay alguien —que a Alessandro le suena vagamente— que ha invitado a otro alguien. Y que si ese otro alguien va al cumpleaños, entonces Andrea se plantea si debe ir o no. El asunto parece complejo y a Andrea le merece una larga explicación. Porque siempre hay en el meollo una que es una zorra y que no entiende las cosas.

—Porque, ¿tú sabes lo que hizo? —dice Andrea.

Y Alessandro va a decir que no pero justo entonces empiezan a batir cacerolas desde la calle. Y hay gritos y carreras y ruido de sirenas y altavoces.

—El follón gordo —está diciéndole Alessandro a la mamá— fue a las dos.

—¿Y estabas levantado?

—Mamá, no se podía dormir.

Es falso que la mamá pueda levantarse todos los días. Porque le fallan los pies, y hay algo, dice, que se le atenaza en la barriga. Alessandro ha buscado en la red cómo le puede ayudar y la red le ha dicho que paciencia. Así que ha hecho la comida, arroz con leche de coco y cúrcuma y unas gambas de las congeladas, y ha ayudado a la mamá ciega a comer. A ratos a la mamá se le olvidan las cosas. Es como si no estuviera.

—¿Es verdad que hubo una bomba?

—Sí, mamá, te lo dije ayer.

La mamá se queda pensativa un instante. Alessandro le vuelve a contar lo que vio en la televisión. La gente marchando y luego el estallido. El jaleo. El incendio.

—Pero no fue la policía la que tiró la bomba, ¿o sí? —dice la mamá.

—No, mamá, fue alguien desde un edificio.

—Entonces, ¿por qué están enfadados con la policía?

—No lo sé, mamá. No lo entendí bien.

—Ah.

En la penumbra la mamá cae lentamente en aquel duermevela aletargado. Alessandro sale y cierra tras de sí y se asoma a la ventana que da a la comisaría. Sigue habiendo grupos de personas que suben y bajan. La calle muestra los restos de una batalla; la impresión, mientras se van abriendo paso nuevos furgones de policía, es que están cortadas las avenidas adyacentes. La televisión anda entrevistando a las mismas personas que él ve por la ventana. Incluso preguntan al hombre obeso de la grocería y ponen su nombre en letras blancas. Giuseppe Marconi, vecino.

De vez en cuando el muchacho mira al reloj de la pared. Porque está la ventana y la televisión. Pero también el reloj. Alessandro espera.

Son las nueve y media y él está esperando. E igual a las diez menos cuarto.

A las diez menos dos minutos ya tiene su cucharón y su cacerola y es como un corredor presto a que le den la salida para la carrera.

Luego llega. Como una ola desde la estación.

Dos. Uno. Pausa.

Dos. Uno. Pausa.

Pausa para acomodar la respiración, para hacerse uno con el resto de las personas. Esas que abarrotan las ventanas y los balcones y las azoteas. Hay mujeres viejas con bata. Hombres con bigote. Hay camisas de vestir lo mismo que pantalones cortos y pijamas de colores. Hay grupos

de niños y también hay niñas con sus abuelos. Hay parejas. De hombres, de mujeres. Alessandro se mece en el compás.

—¿Dónde está el niño? —grita el papá desde el pasado infernal. Grita y su voz es la de un dragón antiguo—. ¿Dónde está el niño?

—Se ha ido a casa de un amigo a pasar la tarde.

—Tú te crees que yo soy imbécil.

Se oye un estruendo entonces. Que hace temblar la casa entera. Luego es la voz de la mamá.

—Por favor, no me pegues. Por favor.

Pero sí.

El barrio sigue. Dos. Uno. Dos. Uno. Alessandro sigue con ellos. Con un ojo vigila la calle. Con el otro la televisión. Y se acuerda de aquel día, no hace ni dos semanas, en que salió la noticia de aquel hombre al que habían matado en Claxton. Un hombre muerto en Claxton y envuelto en una sábana. Y aquella insana alegría. Aquella espera. Por si fuera.

Pero no. Porque Claxton también era una ciudad grande. Con capacidad para albergar, tal vez, a un millón de hombres. Así que las probabilidades jugaban en contra de su loca esperanza. Y al fin no. Porque luego la imagen de aquel hombre calvo y con gafas. Aquel hombre tan nada y tan diferente a su papá. Aquel tal Guido Baum que decía la televisión que trabajaba en una agencia de brokerage.

No.

Se lo dijo luego a su mamá.

—Mataron a uno allá en Claxton, pero no era.

El barrio continuaba sin descanso. Invitándolo. Incitándolo. Y Alessandro uno más en la respiración del todo. Así una hora y luego otra, sin sentir el dolor de los dedos, de las manos, y mientras está atento. Porque tiene que vigilar la ventana pero también los ruidos de la escalera. Y la hora. Porque ahora ha de venir el vecino y entonces él sabe qué pasará. Así que se mantiene atento. Cuando llega el ascensor, cuando tantea el vecino con las llaves. Lo siente cuando entra, caminando por un pasillo que no será tan diferente al suyo. Alessandro toma aliento. Porque es cosa de un minuto para que empiecen las maldiciones, los gritos, los golpes espantosos contra la pared que separa las dos casas. Los cuadros y los jarrones temblando. Y la voz del vecino tan llena de odio.

Para, cabrón. Para.

Alessandro para. Se queda con la cacerola y la cuchara en la mano y hace el gesto acompasado con el ritmo del barrio. Hace el gesto pero detiene la mano justo antes de que pegue en la olla. Se dice que uno menos no importa, que bastante ruido hay.

El papá de Alessandro

—¿Y qué recuerda usted, Ezequiel Silva, de aquel día en que habló con Sandra, la esposa de su hermano?

—Recuerdo muchas cosas.

—¿Recuerda qué día fue?

—Sí. Fue hace una semana y algo. El 15 de agosto.

—¿Y el tiempo que hacía ese día?

—Despejado. Caluroso. Recuerdo incluso lo que comimos.

—¿Dónde estaban?

—Estábamos donde ellos. En su casa.

Nadie entrevista a Ezequiel Silva al respecto. Pero así sería, llegado el caso. Muchos recuerdos de aquel día y sobre todo las palabras de Sandra, la cuñada. Cuatro palabras precisas, de alguna manera perfectas, exactas. Cuatro palabras para dispararle en el corazón, para dejarlo clavado como hacía él con las mariposas en el panel cuando era niño.

—¿Y por qué recuerda la fecha tan bien?

—Porque ahí los martes yo comía donde el hermano. Hacíamos asados. Y lo recuerdo porque ahí unos días antes encontraron al tipo de las gafas, al que brokereaba.

—¿Se refiere a Guido Baum?

—Sí. Me acuerdo que a él lo habían encontrado el viernes antes. Envuelto en la sábana y todo eso. Y que todo el fin de semana fue portada en las televisiones. Que tú ponías el aparato, y te explicaban todo el tiempo la vida del Baum y cómo lo habían encontrado. Y luego otra vez desde el principio. Así que el martes todavía estaban con el tema. Como si se fuera a acabar el mundo con eso.

Esos son los recuerdos del martes y aparte el asado donde el hermano. Y luego todo lo que pasó a lo largo de la tarde. Así que Ezequiel Silva recapitula. Una vez y otra.

—¿Por entonces aún dormía bien?

—Sí.

—¿Y estuvo trabajando aquella mañana?

—Sí. Todo normal.

—¿Llevó usted algo para la casa del hermano?

—Lo normal. Unas cervezas.

Allí comieron el hermano y él. Los dos en el patio y luego sentados en las tumbonas con las cervezas, y el hermano sacando la televisión para ver un partido. Más tarde llegó Sandra, la cuñada, y se había sentado un rato con ellos. Sandra que estaba, a esa hora, normal. O como siempre. Más tarde aún apareció su sobrina Andrea.

—Me llevo la televisión dentro —eso había dicho la sobrina.

La televisión iba en un carrito con ruedas y los dos miraron a la sobrina mientras se la llevaba. La habían mirado, solo que Andrea, al entrar en la casa, se había vuelto en el último instante y lo había mirado a él, a Ezequiel Silva. Lo había mirado con burla, con desafío. Con una media sonrisa. Y fue ahí donde se le encendió la luz. Y estuvo a punto de decirle al hermano. Las palabras se le habían muerto en el mismo filo de la garganta.

—Oye, ¿tú le has preguntado a Andrea? —pensó pero no dijo.

Porque Alessandro y Andrea, bien lo sabía él, tenían aquel tipo de relación. Aquel tipo de: «Yo soy hijo único y tú también». «Y primos somos.» «Así que tú el hermano que yo no tuve.» «Y tú la hermana.» Además estaba aquel brillo que había notado en los ojos de la sobrina. «Yo sé», le había dicho con sus ojos verdes. «Yo sé.»

Así que luego Ezequiel Silva había alegado que tenía que ir al baño.

La sobrina está en su cuarto y los dedos de Ezequiel Silva tocan. Luego abre. Se asoma. La sobrina está sobre la cama, con el teléfono. La habitación es todavía la de una niña.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Oye, ¿puedo pasar?

—Bueno.

Así que entra y hace un poco de introducción. Cómo van las cosas, los estudios. Esas cosas. Los ojos de Andrea eran severos y ya no tenían aquella burla. Al contrario. Eran los de un animal atento y que espera. Luego él le gastó alguna broma y se sentó en el borde de la cama.

—Oye, tú sabes que yo quiero mucho a tu tía y a tu primo, ¿no?

Él dijo aquello y Andrea lo miró un momento. Luego dirigió la vista en otra dirección y como para la ventana.

—Sí —dijo ella.

—Es que yo los quiero mucho, ¿sabes? No puedo vivir sin ellos. Y toda la situación esta, ya sabes..., pues me tiene muy jodido.

—Ya, lo entiendo.

—¿Y qué te dice Alessandro cuando hablas con él? Porque tú hablas con él, que lo sé yo.

Él lo había dicho y Andrea lo había mirado, pero no había dado la impresión de ir a ceder. Solo que entonces se abrió la puerta y ahí estaba Sandra, la cuñada, mirándolo con ojos en los que cabalgaban demonios. Se asomó y lo señaló con el dedo y de alguna manera se puso entre él y la sobrina.

—Tú, sal de aquí —le dijo—. Ahora.

Pero no habían sido aquellas las palabras que le habían atravesado el corazón, no. Aquello otro fue más tarde, cuando ya iba atardeciendo. Para entonces la reunión se había trasladado al salón y allí estaban los tres. El hermano, la cuñada y Ezequiel. Tenían puesta la televisión y el hermano había dicho de ir a preparar algunas brasas para la cena. Así que salió y fue cuando en la televisión empezaron otra vez con aquello de las mujeres y el tal Guido, que era rubio y brokereador. Por entonces todavía no había pasado lo de la bomba pero sí era cierto que en aquella otra ciudad ya había disturbios y enfrentamientos con la policía. El hermano y Ezequiel habían comentado las medidas que la policía debía adoptar para acabar con aquel disparate. Ellos

hablaban y Sandra, la cuñada, permanecía en silencio. Y entonces lo de las brasas. El hermano saliendo y, mientras, en la televisión se veía otra vez la sábana en la que habían envuelto al tal Guido. Entonces la risa de su cuñada. Y su dedo señalando a la pantalla.

—Tú eres el siguiente —había dicho de pronto.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

Ezequiel la miró pero la mujer se desentendió y siguió en la pantalla mientras sonreía de aquella manera. O por lo menos eso había hecho al principio. Porque luego sí lo había mirado. Con los ojos llenos de desprecio.

—Tú eres el siguiente. ¿Sabes cómo lo sé? Porque lo hemos hablado entre nosotras. ¿O tú te crees que es verdad que están elegidos al azar? No. No lo están. Están muy bien elegidos. Entre los más cabrones. Entre los cerdos verdaderos. Solo que la televisión no lo dice. Y nos viene bien, ¿sabes?

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. ¿O te crees que me creo todas las mierdas que vas contando? Así que, que lo sepas. El siguiente. Tú. Y no quiero verte más por aquí, ¿entiendes?

Ezequiel había ido a decir algo. A contestar. Pero Sandra se había levantado y se había ido del salón. Luego tampoco había querido cenar con el hermano y con él. Ya solo la vio al irse, de refilón, reflejada en el cristal de una puerta y sentada a la mesa de la cocina, sonriendo como si justo en ese momento estuviera teniendo un pensamiento delicioso.

Tú. Eres. El. Siguiendo. Cuatro palabras perfectas, precisas.

55
Alessandro

—¿Qué es?

A la mamá la ha agitado el ruido de la calle. Alessandro ha bajado la persiana.

—Ya te lo dije, mamá. Han detenido a la mujer del pelo tan blanco, ¿no te acuerdas?

—¿Quién?

—Estuvo aquí, mamá, un día. Vino con el cura.

—Ah.

La mamá no lo recuerda. O a ratos. Hay momentos en los que casi parece normal. Hay otros en los que es justo al contrario. Entonces se enfada, incluso es cruel con Alessandro. El muchacho, en esos casos, se va al rincón y espera. Paciencia, eso dice la red. Solo que cuánta. Hasta cuándo es paciencia y a partir de cuándo empieza la desesperación. A ratos la mamá bufa y se retuerce en la cama y él supone que está recordando episodios. Pero Alessandro no sabe cuáles exactamente. Si aquella vez que el otro la ató al radiador y la dejó allí toda la noche, si aquella vez que el otro le mordió en la cabeza y tuvieron que ir a que la cosieran y estuvieron contando todas aquellas mentiras sobre un perro. O si será el episodio de la mesa volando y volcándose contra los muebles de la cocina. Otros ratos, en cambio, se la ve que está más tranquila. Entonces Alessandro la mira y se pregunta si andará en aquellos otros momentos en que el papá era todo dulzura. Alessandro oye, incluso, la voz de él. Tú eres distinta, tú eres especial, mi vida. Entonces el papá y la mamá se arrullaban bajo la atenta mirada del niño. Y alguna vez podía suceder que los ojos del papá se cruzaran con los de él.

Es tu culpa, decían los ojos del papá, es tu culpa. ¿A qué viniste si nosotros estábamos bien?

Cuando la mamá se aletarga, Alessandro sale de la habitación y cierra tras de sí y vuelve a la ventana. Parece que los disturbios se han desplazado hacia la avenida en la que está el colegio, allí donde los tilos conforman aquel túnel que impide la perspectiva. La gente se retiró hace rato, sin embargo, ahora anda volviendo. Gritan. «No os la lleváis.» Alessandro no entiende a qué se refieren hasta que lo explica una reportera en la televisión. Y es que la mujer del pelo tan blanco, esa que detuvieron días atrás, está dentro de la comisaría. Y la gente no está dispuesta a que se la lleven a ningún otro lugar.

Sobre las doce empieza en serio. Alessandro sigue allí, atento. Ha habido movimientos en torno a la puerta de la comisaría y el habitual estrellado de huevos y tomates pochos. Luego se produce un intento de salida. Y entonces el enfado de la gente. El viento va levantando un humo verdoso que se pega a los cristales y hay bolas de fuego que cruzan la calle y que luego estallan contra los coches aparcados o las marquesinas. O que brillan en cristales y humo, olvidadas en el suelo. Más abajo, donde la pizzería, las llamas de un pequeño incendio. Brillan los cascos y suenan sirenas. Hay también móviles levantados que apuntan y personas que corren Martinete abajo con pañuelos apretados en torno a la boca. Una mujer ha caído al suelo justo frente a la

grocería de Giuseppe Marconi y es el propio Giuseppe, con su tripa obesa y sus brazos tan grandes como los jamones que vende, el que la ayuda a levantarse. El hombre la agarra y la mujer, que anda herida, sigue calle abajo mientras la policía carga. Alessandro no puede dejar de admirar la precisión simétrica de los resplandores que los escudos y los uniformes levantan a la luz de las farolas. Papel de aluminio en la noche, eso le parecen. Menudean los gritos y hay advertencias. Las piedras rebotan contra los escudos y se escucha, claramente, el pop de las pelotas de goma al ser disparadas.

Un coro precede el surgir, entre la neblina amarillenta, de la primera tanqueta. Es un inmenso escarabajo que está derribando una de las barricadas que cierran la calle. Hay gritos de advertencia y a Alessandro le parece que es el barrio entero el que se angustia.

«No os la lleváis», eso grita la gente. El lema se escurre a través del estruendo de las cacerolas. Eso, pero las corazas de las tanquetas tienen un deliberado tono mate. Alessandro puede verlas detenidas junto a la esquina, giradas contra la gente. En la televisión está ahora el cura Orellana, los micrófonos rodeando su carita blanca y temblorosa. Está diciendo que va a ser él el que se haga cargo. Que va a intentar hablar con la gente y con la policía. Mediar entre ellos.

—Padre, ¿qué pasará si viene el ejército? —le preguntan.

—Bueno, esperemos que no venga. Desde luego vamos a hacer todo lo posible...

—Padre, ¿es verdad que Las Alegres andaban reuniéndose en su parroquia?, ¿es verdad que se escondían allí? —le preguntan.

Alessandro escucha la pregunta y mira hacia la pantalla. Así ve el temblor del padre Orellana. Es como si le hubieran disparado en el rostro con una bala de cañón. El padre balbucea un momento. Luego se rehace, se yergue.

56

Alessandro

A Alessandro le interesa la calle. Por eso la vigila.

Por la avenida no circula ningún coche y parece haber un corte más allá de la perfumería. Más allá y más acá de los bloqueos se mueven grupos de personas y son esos grupos lo que le preocupa. Porque es justo en medio de toda esa gente donde el papá, que nunca olvidará ni perdonará, y él bien lo sabe, podría estar escondido. Así que perfora con los ojos, escanea cada rostro. Aunque lo cierto es que hay muchas caras que están cubiertas con capuchas o pasamontañas.

Cuando deja la ventana se vuelve a la lista de la compra. Porque ya hay muchas cosas que se extinguieron del frigorífico de la casa olorosa a gato antiguo. Arroz, por ejemplo. Y yogures. Y gambas de aquellas congeladas. Alessandro está un rato en la lista y otro rato en el tarro del dinero mientras va calculando cuánto falta para que se extinga también eso.

Alessandro, antes de abrir la puerta, toma aire. Lo hace cada vez porque es bien consciente de que la puerta es una frontera que da a todos los dolores y a todos los miedos. Así que impulsa el aire hasta el fondo de sus pulmones y se oye el crujido del picaporte, ese sonido que le sigue poniendo los pelos de punta aunque ya no sea aquello de que se le caigan cada vez las llaves al suelo del puro miedo. El rellano es pequeño y las bocas de la escalera lo aterran. Porque a él no le cuesta nada imaginar al papá. Primero furioso, luego calmado, luego permanentemente buscando. Y también imagina que los encuentra, porque es perfectamente capaz de eso. Que averigua cuál es la ciudad, la calle, el piso. ¿Cómo?, no lo sabe. Pero lo imagina. Como lo imagina capaz de estar en ese mismo momento agazapado en la oscuridad y esperando a que él abra la puerta para salir. A veces Alessandro se asoma y está tan cierto de que él va a surgir de las sombras que vuelve a cerrar y se queda otro minuto vigilando y con el corazón atarantado. Y peor si algo suena, o eructa, o se mueve. Pero lo que le produce verdadero pánico es el ascensor. Porque se imagina que un día abrirá esa puerta y él estará allí.

Él estará dentro y el espacio en el ascensor es tan pequeño...

El ascensor es tan parecido a una tumba...

No obstante el ascensor solo contiene un escondrijo. La escalera, en cambio, está llena de oscuridades.

En la puerta de la calle aún vigila. Mira a un lado y al otro. Duda. A Alessandro le preocupan los periodistas y las cámaras. Porque hay otra escena que se imagina sin el menor problema. El salón de la casa allá en Claxton y el papá echado en el sofá con aquella cara de desprecio y aquella

maldición en los labios. Y justo entonces Alessandro siendo enfocado por una de las cámaras mientras intenta esconderse bajo la sombra de los tilos de la avenida. Se imagina la escena como se imagina la voz del otro. Señalando.

—Pequeño cabrón, ¿por qué te escondes de tu papá?

Así que descarta la avenida y tira mejor por el dédalo de calles de la parte de atrás. En la tienda de Giuseppe Marconi hay expuestas albahacas, sacos de arroz, pedazos de ternera y refrescos. El propio Giuseppe está sentado cerca de la entrada y lo ve pasar. Alessandro sigue calle abajo y se pega a las paredes descascaradas y todo el rato va vigilando en los escaparates con el rabillo del ojo. De pronto se queda muy quieto. Y ¿no fue que la televisión dijo, la noche antes, algo de tiendas cerradas en el barrio?, piensa. Y sí, o así lo dicen las persianas bajadas y llenas de pintadas de colores. Alessandro agacha la cabeza y deja que un grupo de gente lo sobrepase y toma el camino de vuelta. Otra vez tiene que pasar ante Giuseppe Marconi y otra vez el hombre está sentado ante la tienda y de nuevo lo mira con los ojos árabes y otra vez Alessandro hace por no mirar hacia el arroz y las albahacas y los filetes de ternera. El hombre tampoco dice nada ni hace ningún gesto. Está abriendo la puerta de la calle cuando del ascensor sale el vecino que comparte rellano con la mamá y con él. Es un hombre alto, con gafas, de piel muy clara. El hombre lo mira desde lo alto de los tres escalones, un momento, y Alessandro agacha la cabeza y avanza. El hombre murmura algo en el momento en que los dos están más cerca.

—A ver si nos estamos quietos por las noches —dice.

En la azotea, en la pared del muro que da a Martinete, hay una inscripción en lo que parece ser un estarcido. ESTO NO LO APRENDEN APRENDIENDO, dice, y firma C.T. Las dos aes tienen, al fijarse, un pequeño comido. Alessandro la vio aquella misma noche en que la televisión habló de aquel muerto aparecido en Claxton, el mismo que le produjo aquella insana alegría. Cómo le habían pesado de pronto las paredes de la casa y cómo había sentido la necesidad de que el aire le envolviera la cabeza. Así que se aseguró de que la mamá dormía y abrió con mucho cuidado y luego se lanzó escaleras arriba. Por supuesto había llevado su cacerola y su cuchara por si aquella noche por fin se atrevía. Y luego sí. Las nueve y cuarenta y cinco en la noche clara y transparente, reluciente de los vapores de la tela asfáltica enrojecida, y los primeros ritmos.

Luego la ola. Superando los edificios, las avenidas.

Dos. Uno. Dos. Uno.

Dos. Hay un hombre muerto en Claxton.

Uno. Tal vez sea él.

Dos. Hay un hombre muerto en Claxton.

Uno. Un muerto entre un millón.

Dos. Hay un hombre muerto en Claxton.

Uno. Ojalá que sea él.

Así estuvo hasta que de pronto se abrió la puerta que daba a la escalera y surgió aquel vecino de las gafas y la piel tan clara, aquel que compartía rellano con ellos. Había salido en tromba y se había quedado mirándolo con las piernas abiertas y los ojos de loco y el pecho echado hacia fuera como si fuera un gorila que quiere intimidar a un leopardo.

—¿Qué mierda te piensas que estás haciendo?

El hombre, tal vez de unos treinta, movía mucho las manos mientras lo decía. «Soy», eso decía su gesto, «mucho más grande que tú. Y podría hacerte daño, si quisiera. Podría pegarte, o tirarte desde la azotea, o acercarte un cigarro a la cara mientras me río, o echarte lejía por el pelo y por los ojos. O sacudirte con el cinturón. Y todo para que entiendas cómo son las cosas. Para que no te hagas el tonto.» Alessandro abrió mucho los ojos y se apretó contra la pared. Luego el otro se giró, tal y como si el ritmo infernal de la noche lo estuviera asfixiando, se dio la vuelta y se marchó. Alessandro, de nuevo a solas, miraba hacia la inscripción.

ESTO NO LO APRENDEN APRENDIENDO, eso seguía diciendo.

El papá de Alessandro

Ezequiel Silva le ha quitado el sonido al partido y ha inclinado la cabeza hacia un lado y le ha prestado el oído a la noche. Por si algo estuviera bullendo, o repicando. Un lento minuto ha pasado así. Con la carta que iba a poner sobre las demás en la mano suspendida. Luego cesa la sensación y la noche sigue y Ezequiel le devuelve el sonido a la televisión y sigue con el solitario. Al final ordena la baraja y lleva los restos de la cena hasta la cocina y se asoma a la ventana y se dice que lo mismo aquello que le pareció oír fue el camión que va vaciando los contenedores de vidrio. Ezequiel remolonea aún. Está tentado de llamar al hermano pero mira la hora y se dice que mejor no. Se toma otra cerveza y pasa el siguiente rato limpiando el baño. Sobre la una y media se acuesta ya. La madrugada quema y persiste el ladrido de un perro cruzando el patio y entrándole por la ventana y clavándosele en el cerebro. En el techo de la habitación hay una pelusa enganchada a algún saliente microscópico que es permanentemente agitada por las aspas del ventilador. La pelusa baila y Ezequiel la mira.

—El mundo —murmura— se está cayendo a pedazos.

Aún tarda en dormirse. Cuando lo hace, sueña que una mosca está dentro de su ojo. Pero no entre el párpado y el globo ocular, sino dentro del cuerpo vítreo. Ezequiel nota cómo la mosca se mueve a través de él, cómo se le asoma por el borde de la pupila, es una silueta negra que se le recorta contra la córnea. Entonces sucede algo a sus espaldas, un movimiento, y se despierta en la forma brusca en la que lo hace últimamente cada noche. Se despierta y empieza entonces aquella obsesiva búsqueda de aire, aquel bufido en el que se convence de que sus pulmones se han vaciado y se han pegado por dentro. Aquella espantosa espera hasta que comparece una mínima fibra de aire, fina como la punta de una aguja, y por el orificio se vierte todo lo que es Ezequiel Silva.

El perro sigue ladrando al otro lado del patio y Ezequiel ha hecho café y está sentado a la mesa de la cocina. Ha tomado papel y boli y va contando los ladridos. Cuatro palotes paralelos, verticales, y un quinto que los cruza. Luego el siguiente bloque. Un par de veces, en la soledad amarillenta de la madrugada, le contesta al perro con sus propios ladridos. Al final arruga el papel y lo tira.

Tiene cerca el teléfono. Marca pero ni siquiera hay señal al otro lado. Apagado.

Ezequiel Silva quisiera arrancar la mesa del suelo, lanzarla. No lo hace. Es en la ducha donde le vuelve la sensación que tuvo antes. Solo que ahora es mucho más vívida.

Otra vez la mosca dentro de su ojo. Solo que ahora la ve con más detalle. Es una mosca grande. Verdosa. Una de esas que van a los cadáveres que quedan expuestos en el campo. Ezequiel es capaz de percibir, en el silueteado, los élitros asquerosos, las alas llenas de

membranas. La siente zumbir y ese zumbido es como una premonición. Entonces siente aquello otro.

Un látigo que se enrosca a su cuello, que lo quema. Y otra vez algo que se mueve a su espalda. Llega entonces aquel mugido de animal agonizante que busca aire y que patatea.

Casi lo derriba. Tiene que sujetarse, que apoyarse. Que quedarse ahí largos minutos hasta que la visión remite. Entonces se seca con la toalla y se viste. El perro sigue ladrando cuando sale de la casa, mientras llega al coche. Lo pierde con el zumbido de la radio. Pero en la radio se oye lo mismo. Ladridos de perros y ahogos.

Porque todo es el mismo asunto, como si no hubiera más. La ciudad aquella. Las llamas. Los hombres muertos. Ezequiel escucha las noticias y niega.

—Fuego a todos, coño. ¿Qué pasa?

Por supuesto Ezequiel no lo entiende. Y no quiere que le preocupe. Se acuerda, eso sí, de lo enfadado que estuvo aquellos días, cuando apareció el tipo de las gafas envuelto en una sábana en el propio Claxton. Incluso lo había comentado con su hermano.

—¿Qué pasa, coño? Y la policía, ¿qué hace?, ¿es que van a dejar que pase esto?

La mañana es zapatos de mendigo y papeles abandonados en las aceras. También muchachas en pantalones ceñidos que pasean perros a la luz marina del amanecer. Cuando Ezequiel se detiene en un semáforo, cerca del estadio, uno de esos perros se lo queda mirando muy fijamente y como si supiera lo que está pensando. Entonces Ezequiel, que lleva la ventanilla bajada, le ladra al perro. Lo hace y la dueña lo mira, entonces el perro se rebulle y quiere saltar encima de él. Ezequiel se ríe. Luego arranca y sigue así, riéndose y ladrando, todo el tiempo que le queda de guiar hasta el parking de la estación. Entonces rebasa la garita y aparca en una plaza libre y desconecta el motor y se quita el cinturón de seguridad y suspira y está un largo minuto ahí sentado. Es solo al abrir la puerta, al echar pie a tierra, cuando se pone el disfraz de persona.

El papá de Alessandro

—Ezequiel, ¿puedes pasarte ahora por mi despacho? —le ha dicho la supervisora, que ha venido caminando a lo largo de los andenes—. Ahora cuando acabes ahí.

La supervisora lo ha dicho y Ezequiel Silva la ha mirado de arriba abajo. En su cara se ha pintado aquella mueca. Solo que la otra no parece ser capaz de percibirlo. Así que un segundo de pausa.

—Sí —dice—. Claro. Ahora voy.

La otra, que es un culo gordo y un pelo que ya podría lavarse de vez en cuando, lo mira y luego se marcha. Ezequiel vuelve a ponerse los cascos antirruido y a encender la máquina. Se demora. A ratos mira a las mujeres que se desenvuelven a lo largo del hervidero que es la estación por la mañana. Las mira y sus ojos son oscuros y fijos. Alguna se estremece del puro asco y eso le hace reír. A alguna incluso le ladra, como venía haciendo cuando iba en el coche por la mañana. Sobre todo a las de maletín y falda. A las que llevan tacones y a todo trapo. Ladrido para ti, guapa. O para ti, princesa. Sabihonda. Lista. Así pasa el rato, entre risas y hasta que termina con el andén, entonces regresa con la máquina al rincón. Después va al baño y se lava bien las manos. En el despacho de la supervisora le toca esperar un par de minutos. Nada más colgar la jefa, le vuelve al rostro aquel leve tirón de un lado de la boca, aquel quiebro de noventa grados de su labio superior.

—Ezequiel, ¿hay algún problema con los turnos de noche?

—¿Problema? No.

—Es que tengo quejas aquí.

—¿Quejas de qué?

—De que parece ser que no los quieres hacer.

Ezequiel se queda muy quieto. Parece pensar. La otra espera.

—¿Y quién dice eso?

—Tus compañeros.

—Tengo muchos compañeros.

—Lo sé. Pero no es esa la cuestión.

La otra se calla, se echa hacia atrás. Ezequiel la mira y siente que el ángulo de su boca trata de destensarse. El despacho son tonos grises y carpetas en las estanterías y un viejo ventilador que a ratos agita algún papel. En el calendario de la pared hay una foto de un viejo de origen de chino y con un largo bigote y una larga barba. En el pie de la foto hay una inscripción hecha con letras que imitan un estarcido. Ezequiel Silva fija en ellas su mirada y es como si fuera la primera vez que las ve.

AMBOS, CONFUCIO Y TÚ, SOIS SUEÑOS, Y YO, QUIEN AFIRMO QUE LO SOIS, LO SOY TAMBIÉN.

Eso dice. Y luego firma. C.T.

Ezequiel desprende la mirada del calendario y se concentra en la supervisora. Que está dándole otra vez la mandanga. Que si todos, en aquella estación de Claxton, son un equipo y que siempre lo han sido. Y, entonces, los turnos. Para todos iguales salvo que haya alguna causa excepcional. Que ella es comprensiva y que los compañeros lo son. Y, entonces, si hay esa causa excepcional, pues que Ezequiel puede ir y hablarlo con ella. Pero no lo otro. Porque a eso, sigue la mujer, que es como una muñeca de cristal a la que alguien le hubiera puesto un disco, se le llama mangonear a los compañeros. Y que si él lo entendía.

—¿Entiendes, Ezequiel?

—Entiendo.

—Entonces, ¿tienes algún problema con los turnos de noche?

—No.

—Bien, pues no la lées, por favor.

A Ezequiel lo que más lo ha fastidiado es aquel «por favor» de la supervisora. Porque ha sido como si una tipa lista le estuviera perdonando cualquier cosa. Lo ha mascullado largo rato, andén arriba y andén abajo. Y la cabrona, desde detrás de su mesa, mirándolo de aquella manera. A la hora del almuerzo revisa el teléfono y se encuentra el mensaje del hermano.

—Vente a casa, que vamos a hacer un asado.

Ezequiel mira largo rato la pantalla del terminal y luego dice que no. Pone una excusa aunque al final queda de todas maneras con el hermano. Pero no en la casa, no, en un asador que hay un poco más allá del Buenavista. Allí pasan la tarde. Primero con el lechón y luego con las copas. El hermano lo mira.

—Oye, ¿os pasa algo a Sandra y a ti?

Y no, qué le va a pasar, cómo se le ocurre al hermano.

—Es que le he dicho a Sandra que ibas a venir a comer a casa —dice el hermano—, y ella se ha echado a reír.

—¿Se ha reído?

—Sí. Se ha reído. Y de una forma muy loca. Yo le he preguntado de qué se reía.

—¿Y qué?

—Nada. Pero ha dicho que estaba segura de que tú no comías en la casa.

Ezequiel niega saber nada de eso. Lo niega pero siente los colores subiéndole por los brazos y el pecho. Estar con el hermano le ayuda a no pensar. Como le ayuda la cerveza. Así que varias. Y otras dos más tarde, ya de vuelta en casa. Tarda en oscurecer, pero luego lo hace como si la noche fuera una nube de tinta que alguien hubiera esparcido sobre un papel poroso y húmedo. Es al surgir las primeras estrellas cuando empieza el sonido. Llega de lejos, desde la zona donde está la rambla, y viene como una ola. Ezequiel no se asoma pero sabe que en las terrazas, en los patios, se está amontonando la gente.

Ezequiel pone la televisión en un canal de noticias. Porque quiere saber. Dónde. Quién. Porque a él no lo engañan. Él sabe lo que están haciendo. Porque no es por protestar o por reclamar por lo que están batiendo las ollas. No. Lo que están es celebrando otro muerto. Y pasa que ellas, las cabronas, lo saben aun antes de que lo digan las televisiones y las radios. Lo saben

y se van pasando la información por canales monstruosos e incomprensibles. Y es eso lo que van transmitiendo. Su loca alegría de corro de brujas. Es ya tarde, sobre las doce, cuando lo dicen. Siempre hay un nombre. Una ciudad.

El nombre es Sebastián Antúnez.

Y la ciudad es Biloxi. A ciento cincuenta kilómetros de donde se encuentra el sillón desde el que se aterriza.

Ezequiel Silva ve la fotografía del hombre y ve más. El cordón de la policía, los uniformes, la cinta amarilla. Y luego la sábana y la entrevista al sheriff. «Las Alegres de Biloxi», está diciendo. La tercera víctima allá. Ezequiel lo ve todo y siente que se le estremece el hígado y durante largos minutos es como si estuviera roto por dentro. Mientras resuena en su cabeza la loca alegría de las cacerolas y vuelve a oír las palabras que Sandra, la esposa de su hermano, pronunció aquella otra tarde, no hace tanto. Más tarde, cuando se acueste, seguirá prestando el oído a la noche y esperará por si algo gime, o se lamenta, o pulsa, o dobla. Lo hará mientras mira interminablemente al pedazo de pelusa que pende del techo y que agitan las aspas del ventilador. Mientras se sume, cerca ya del amanecer, en confusas visiones en las que su cuerpo forma parte de una llanura o de un barranco, en que su cuerpo se hincha y es depósito de larvas de moscas que lentamente lo devoran y que a su vez son engullidas por avispas y escarabajos, en que su cuerpo se deshace y se reduce y se convierte en el campo de batalla de seres monstruosos.

60
Alessandro

—Estás preocupado, te lo noto.

—¿Preocupado? No, mamá.

—No me mientas.

—No lo hago.

La mamá vacila. Hoy la ha levantado de la cama y la ha llevado al salón y la ha sentado en el butacón. La mamá vacila.

—¿Es por lo que han dicho de una iglesia?

—¿Qué iglesia, mamá?

—Lo han dicho antes. Que han atacado una iglesia.

—¿Y por qué iba a preocuparme eso, mamá?

—No lo sé. Dímelo tú.

La mamá pone las manos sobre el vientre y toma aire y Alessandro se encuentra de pronto lleno de una piedad infinita. La mamá le ha rozado la muñeca con un dedo.

—No soy tan bebé —dice la mamá.

—Nadie ha dicho eso.

Las imágenes de la televisión, en cualquier caso, dejaban poco lugar a la duda. Las primeras habían sido nada más que capturas de la gente con sus teléfonos desde las ventanas. Entonces apareció aquel grupo de sombras que eran hombres enmascarados que se movían por un patio. Entonces las amenazas y al poco las primeras llamaradas, las advertencias, el cura de la cara temblorosa surgiendo del interior. Y más gritos. Porque todo había quedado registrado desde los balcones, desde el mismo patio. Alguien zarandeó al cura y el hombre cayó, y se propagó el incendio y los cristales de la iglesia saltaron por los aires y la gente como una turba amontonada, y la alta columna de humo que lentamente lo iba presidiendo todo. La policía llegó por fin. Todo eso fue anoche, ahora él ha quitado la televisión para que la mamá no oiga. Y para qué necesita la mamá saber de los cadáveres de las mujeres aquellas que estaban escondidas en la iglesia. Para qué quiere ver ella al cura cuando lo sacan en camilla por las escaleras o cuando lo suben a la ambulancia.

Carbonizadas. Así estaban. Muertas en el incendio y porque les habían atrancado las puertas desde fuera.

La mamá todavía tiene los ojos cubiertos pero ya se levanta casi todos los días. A ratos está tranquila.

—¿Dónde está mi teléfono?

—¿Tu teléfono, mamá?

—Sí.

—Lo tiré por la ventanilla del bus, ¿no te acuerdas?

La conversación sucedió durante los primeros días de instalados allí. Alessandro sabía, aquello también decía la red que era típico, que la mamá quería su teléfono para llamar al papá. Y era precisamente por eso que lo había hecho desaparecer. El de la mamá y el suyo también. La mamá se había enfadado mucho aquellos días.

—Dame tu teléfono.

—No tengo, mamá.

—No me mientas. Alguno tienes que tener. ¿O cómo te comunicas con la enfermera y con el cura?

Aquellos días la mamá se había enfadado mucho. Un día incluso había sido capaz de levantarse y de buscarlo, a ciegas y a manotazos, a través de la casa. Alessandro había huido por el pasillo y se había escapado al rellano y había cerrado detrás de sí. Allí se quedó, medio temblando y cada dos minutos levantándose para encender la luz y hasta que la mamá se calmó.

Alessandro conduce la mano de la mamá sobre el plato. Con su propia cuchara le amontona el arroz y luego la ayuda a que cargue bien. La mamá ha notado que no hay gambas hoy. Ni casi nada. Que ni una cebolla ha podido Alessandro freír. Pero no dice nada. Porque lo entiende. Y eso es importante, que la mamá vaya surgiendo. Importante que él no se encuentre tan solo.

—A lo mejor —dice la mamá— la policía consigue que la gente se vaya a sus casas.

—A lo mejor.

—Entonces abrirán las tiendas otra vez.

—Sí —dice Alessandro—. Eso sí.

—O si no, podríamos pedir que desde alguna tienda nos trajeran la comida a casa —la mamá sonríe—. Sería un poco más caro...

La mamá se calla a mitad de frase y a Alessandro le lleva varios segundos darse cuenta de que, en realidad, estaba pretendiendo bromear. Solo que se le ha quedado todo a medias. La frase lo mismo que la sonrisa. Alessandro se dice que tal vez la expresión que la mamá tiene ahora en el rostro sea semejante a la que tuvo, en su día, cuando era feliz con el papá. Lo piensa pero no dice nada, tampoco le cuenta que la noche antes ha soñado con una incomprensible nota en la que se hablaba de una niña que había sido encontrada, sola, llorando en mitad de las gradas abarrotadas de un estadio. La nota, que era un papel blanco garabateado con bolígrafo azul, dejaba constancia del hecho pero no hacía constar la adopción de ningún tipo de medida al respecto. Al contrario, la olvidaba y pasaba a otras consideraciones. Cuántas bombillas se habían encendido en el estadio aquella tarde. Cuántos perritos calientes se habían vendido. Cuántas mujeres rubias mayores de cuarenta años habían asistido. Cuántos hombres pelirrojos mayores de sesenta. Una cuestión tras otra pero nada más al respecto de la niña que lloraba en las gradas. En el sueño Alessandro había dado mil veces la vuelta al papel y casi había enloquecido de terror. Ahora es la mamá la que ha roto a llorar.

—Es mi culpa —dice—, es mi culpa.

La mamá le pide que la perdone y los ojos de Alessandro vuelven a llenarse de piedad.

—No digas eso, mamá, ¿cómo va a ser tu culpa?

Un rato la está mirando todavía. La mamá que se va convirtiendo poco a poco en un pellejo sudoroso. La mamá inmóvil y agotada, tan diferente de las fotografías que él ha visto de cuando era joven. Cuando era hermosa y morena y tenía las mejillas tan llenas de vida.

—¿Cuánto dinero queda? —preguntó la mamá otra la tarde—, ¿vamos bien?

—Sí —contestó Alessandro—, muy bien.

Por supuesto era mentira. La realidad es que en el fondo del tarro quedan doscientos veinte pesos y un vacío inmenso. Pero Alessandro no lo quiere pensar. No ahora. Tampoco va a ir él a pedirle a la enfermera ni a nadie. Así que aprieta los dientes y recoge el plato de la mamá y lo lleva todo a la cocina y luego friega y después se sienta cerca de la ventana y mira hacia la calle. Abajo se prepara otra tarde de protestas y la única tienda abierta es la de Giuseppe Marconi, que está, como siempre, sentado en su silla a la puerta. Entonces sucede aquello tan inusual. Y es que Giuseppe, de improviso, alza la mirada hacia su ventana y los dos se miran un momento, entonces el hombre levanta el brazo y le señala más allá de donde está la pizzería y Alessandro mira lo justo para ver a una muchacha que camina por el centro de la calle. Es una muchacha rubia, de pelo corto, que lleva un vestido de verano. Pero lo inusitado no es ni su pelo ni su vestido sino su manera de andar. Porque es como si bailara, como si anduviera caminando desnuda por un prado bañado por el sol. Una muchacha despreocupada caminando por un mundo en el que no existiera el peligro. La muchacha evita a una bicicleta y pasa por delante de la grocería y, sin mirar a nadie, tuerce a la derecha y se pierde por Porturas. Entonces, Alessandro vuelve a mirar hacia donde está Giuseppe. Los ojos tan hondos del otro están ahora clavados en él y el muchacho siente que por algún motivo le arde la cara.

El papá de Alessandro

Ezequiel Silva mira la hora cada poco. Mientras hace pasadas por los andenes, por la zona comercial, cuando la estación, en la madrugada, semeja un monstruo al que la vida se le escapó por los poros. Hay dormitantes presencias en los bancos de color gris y grupos de jóvenes cerca de lo de los tallarines y las sopas. Los sonidos caminan por el aire como si tuvieran miedo a ser rotos.

—¿Firmaste? —le dice Cesarini.

Cesarini es el compañero. Y lo ha sobresaltado. Por eso el respingo de Ezequiel. Se han encontrado los dos en las escaleras mecánicas y ahí se han parado un momento. Cesarini lleva los ojos cansados y Ezequiel tiene la mirada perdida en el parking que se extiende más allá del ventanal.

Los coches allí. Y la neblina que va bajando lentamente, que casi va ya rozando los techos húmedos.

—Te he dejado un parte ahí —dice Ezequiel Silva.

El compañero levanta las cejas y Ezequiel le da una somera explicación que engloba el hecho de que la cinco no expulsa bien el jabón. Dos hombres, uno de ellos extrañamente alto, van cruzando entre los coches rumbo a las luces de los taxis que esperan a lo lejos. Ezequiel los mira y sus dedos tamborilean contra el marco de la ventana. O lo hacen hasta que nota que el compañero se ha fijado en el hecho. Entonces retrae la mano, la esconde.

—Ya me voy —dice.

En los vestuarios se pone la ropa de calle pero se queda aún un rato sentado en un banco, las manos sobre las rodillas, mirando cada poco la hora.

—Cabrán, sí que te demoraste hoy —le dice Cesarini al entrar, y lo vuelve a sobresaltar—. ¿Que no quieres ir a casa o qué historia?

—No, perro, es que me dio un mareo.

—Pues cuídate, ¿o qué?

Ezequiel sonríe y sale, la luz helada de la luna lo baña un instante y vuelve a mirar la hora.

Tú eres el siguiente. Lo hemos hablado.

Por supuesto Ezequiel sabe que es mentira, que es por completo absurdo. Lo ha discutido largas noches consigo mismo, mientras observaba sin fin la pelusa que aleteaba a impulsos del ventilador. Una noche apartó la cama y trajo la escalera y se subió con la escoba y anduvo barriendo todo el techo. Luego devolvió la cama a su sitio. Sin embargo eso no le apartó el pensamiento ni le trajo el sueño.

Tú eres el siguiente.

Aquellas palabras y los ojos de la cuñada. Que de pronto habían sido tan fijos, tan oscuros. Aquella risa de bruja. Y aquel gesto que le había captado en el reflejo de la puerta.

Ridículo. Imposible.

Ridículo pero las cacerolas seguían batiendo incansables por las noches, sabiendo de los hombres asesinados desde antes que fuera posible saberlo.

Ezequiel Silva ha olido su propio sudor y ha sentido un vértigo clavado donde los riñones y ha vacilado largos segundos ante la salida al parking. Aún está ahí. El cielo, cuando lo mira, tiene cualidades cristalinas y más allá de las tapias se amontonan edificios dormidos y pareciera que las estrellas estuvieran más cercanas o más volcadas. Espera aún un momento. Por si saliera alguien, por si fuera capaz de presentir algún movimiento, alguna sombra dentro de un coche. Sin embargo todo está en calma y al final se decide. Antes de echar a andar mete la mano en el bolsillo y le quita la tapa al bote de espray de defensa. Luego comprueba que el chorro está debidamente orientado y pone el dedo en posición de disparo. Solo entonces avanza, con el espray abajo, enfundado en la palma de la mano. El asfalto lo recibe con crujidos de areniscas que le parecen delatores y estruendosos. Nada se mueve, en cualquier caso, entre las filas de coches y al poco tiene a la vista el suyo. Está más allá, justo después de un claro, aislado de los demás. Diez, quince metros de soledad, eso le queda. Ezequiel lleva la cabeza baja y el oído presto y se apresura. Lo hace tanto —¿o no es que allí al fondo ha percibido un movimiento?, ¿o no es que algo ha crujido cerca de la garita?, ¿o no es que las sombras en el rincón más alejado son desproporcionadamente intensas?— que los últimos metros va casi corriendo. Cuando está junto al coche le tiemblan tanto las manos que las llaves se le caen al suelo. Gime mientras tantea en la oscuridad, por el suelo lleno de grava, mientras la luna fría lo mira y lo juzga.

62
Alessandro

—Te lo ha hecho otra vez —dice Alessandro.

—No —dice la prima.

—Sí.

—No.

La prima dice que no pero lo ha tenido en los ojos. Y tampoco es que ella pueda estar engañándolo todo el tiempo. Así que Alessandro ataca.

—Entonces quítate eso del cuello.

—Mejor pasa de mí.

Los dos se quedan callados un rato. Cada uno en su ciudad y bajo la luz de su propio flexo. Si yo, eso sabe Alessandro que está pensando la prima, no me meto en tus mierdas, ¿por qué vienes tú?, o ¿crees que yo me creo tus mentiras? No. Juego a que me las creo. Y ese es el acuerdo. El juego. Así que pasas de mí. Ahorita. Eso está pensando la prima, o eso cree Alessandro. Pero ahora Andrea ha levantado los ojos y lo ha mirado.

—A mí me gusta —dice—. Me gusta cuando me lo hace.

Alessandro la mira pero se queda callado. La prima presiente la protesta y entonces sonrío. Más bien se le alza un labio. A Alessandro le duele el desprecio.

—Pero ¿tú qué vas a saber?, *niño*...

Lo de «niño» no se refiere a su género sino al hecho de que él es más pequeño que ella. Y que por eso no entiende de las cosas. Alessandro parpadea y mira hacia la ventana que Andrea tiene tras ella. Porque él, se dice, sí entiende. Precisamente él, sí. Y es la prima la que no. Pero Andrea sigue, sin que parezca entender que está tratando de justificarse. Que sí, que a veces se quiere a alguien como se quiere al aire. Que hay mil zorras por ahí, sueltas y al acecho. Que una tiene que defender su amor. La prima habla y Alessandro sigue en silencio mientras piensa en el estarcido de la azotea.

ESTO NO LO APRENDEN APRENDIENDO, decían las letras rojas.

Y firmaba C.T.

Alessandro ha acostado a la mamá y ha fregado los cacharros y ha mirado la hora. Entonces, con la cacerola y la cuchara, se ha sentado junto a la ventana. Ahí se convierte en algo que espera. Si se asoma puede ver que los balcones y las azoteas están llenos de gente. Hay abuelos en desvaídos pijamas lo mismo que señoras con los rulos puestos. Niñas de ojos serios y recogidos cabellos lo mismo que muchachones de camisetas tensas y pelos de colores. Ojos claros lo mismo que oscuros. Pero ya llega aquello. Por Riquelme y luego Martinete y Porturas.

Y entonces empezar. Acompasarse a aquella respiración.

Dos. Uno.

Dos. Hubo un hombre muerto en Claxton.

Uno. Pero no era él.

Dos. Tal vez mañana haya otro hombre muerto en Claxton.

Uno. Y quizá esta vez sí que sea él.

Alessandro golpea y golpea. Sigue haciéndolo cuando empiezan los gritos al otro lado de la pared, sigue haciéndolo cuando siente que el vecino ha salido de la casa al rellano. También cuando el otro empieza a aporrear la puerta y la mamá empieza a gritar. Qué pasa. Qué pasa. Cuando mira, Alessandro se da cuenta de que se ha meado en los pantalones, como le pasaba allí en Claxton. Sin embargo sigue. Mientras le fluyen las lágrimas y se espanta y siente las piernas húmedas y calientes.

[Del documental *Más allá de aquel verano*. (Fragmento.)]

... Salvatore Rosales llegó a la torre de oficinas a las siete y veinticinco. Aparcó su coche en su plaza y entró. En las cámaras de seguridad se pudo apreciar que subió al ascensor a las siete y treinta y dos. Es a las siete y treinta y cuatro, a la altura de la octava planta, cuando le sucede el ataque. Según los testigos Rosales «empezó a sentirse mal y era evidente que sudaba». De pronto Rosales se desplomó en el suelo y estuvo privado de consciencia durante al menos quince minutos.

Más significativo fue el caso de Roger Stanford, de Simpson. Roger Stanford tenía cuarenta y dos años y era padre de familia. Aquel día había estado trabajando con normalidad y luego regresó a su domicilio. Pasó la tarde viendo la televisión y sobre las diez de la noche su esposa le indicó que saliera a tirar la basura a los contenedores. Más tarde, la mujer referiría que Stanford «se había sentido, de alguna manera, molesto con aquel encargo, como si no le apeteciera en absoluto hacerlo». Al parecer los dos habrían tenido una breve discusión y luego Stanford habría salido con la bolsa de basura. Pero pasaban los minutos y Stanford no regresaba, así que su esposa fue a buscarlo. Lo encontró hecho un ovillo entre los contenedores, muerto. La autopsia estableció que Stanford, que no había tenido problemas cardíacos hasta ese momento y que tampoco figuraba en grupo de riesgo alguno, murió de un ataque al corazón.

Ambos casos fueron usados más tarde por el doctor De Marco en su controvertido artículo «¿Estamos ante un trastorno del hombre vigilante?», que publicó la revista *Mental*. En dicha publicación De Marco acreditaba, mediante tablas estadísticas, que el consumo de ansiolíticos entre los hombres de Simpson se había incrementado en un 19,27 por ciento. Del mismo modo De Marco alegaba que a las consultas estaban llegando un gran número de pacientes, siempre hombres, que presentaban los mismos síntomas: malestares psicológicos intensos combinados con dificultad para conciliar el sueño, embotamiento de la reactividad, sensación de desapego e irritabilidad.

La hipótesis de De Marco fue que el factor que había causado la muerte de Roger Stanford había sido una combinación de dos factores, uno: el encontrarse a solas en el exterior y por la noche; y dos: las noticias sobre hombres muertos por grupos afines a Las Alegres que aquellos días reproducían a todas horas las televisiones. También sugirió, y luego fue refrendado por las cámaras de seguridad de las torres de oficinas en Biloxi, que el ataque de pánico sufrido por Salvatore Rosales pudo deberse al hecho de que aquella mañana tuvo que compartir el ascensor con nueve mujeres, siendo él el único hombre.

La publicación de De Marco, inicialmente muy contestada por Wayne y Bordaberry, se vio sin embargo rápidamente refrendada por la aparición de sucesivos casos. Así, Pierre Ortiz refiere...

AGRADECIMIENTOS Y ADVERTENCIA

El autor quiere agradecer la colaboración de Mari Luz Riquelme, Alejandra Rabadán y Yolanda Abellón en la configuración del presente relato. Sin ellas la tarea habría sido mucho más ardua. Y qué decir de Cristina Morano. Pues peor. El autor quiere indicar, igualmente, que la presente obra es ficción y que de ningún modo anda enaltecendo, justificando, defendiendo o alabando ningún tipo de conducta violenta ni pretendiendo su difusión. Tampoco intenta desacreditar, menospreciar o humillar a ningún tipo de víctima. Y, en caso de que hubiera fallado en esto último, quisiera expresar mis más humildes disculpas. Por supuesto las opiniones que manifiestan los personajes son de ellos y no del autor.

Las Alegres
Ginés Sánchez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Patricia Bolinches

© Ginés Sánchez, 2020

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

ISBN: 978-84-9066-835-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

